

Trabajo de grado:
Prácticas cotidianas y naturaleza no-humana: la construcción local de una paz alternativa en el
Territorio de Convivencia y Paz de Lerma, Cauca

Presentado por:
Valeria Ordóñez Arias

Dirigido por:
Óscar Eduardo Valencia Mesa

2020-2
Pontificia Universidad Javeriana Cali
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Departamento de Ciencia Jurídica y Política
Ciencia Política

Agradecimientos

A la Pontificia Universidad Javeriana Cali y a la carrera de Ciencia Política, por la apertura de espacios de construcción de pensamiento en campo tan significativos para el desarrollo social de nuestra región.

Al profesor Óscar Valencia, por sus aportes, dedicación, seguimiento y evaluación permanente del proceso de investigación.

A la comunidad del corregimiento de Lerma, quienes con su participación directa y activa han sido actores y protagonistas de generación de conocimientos y acciones para su transformación y desarrollo autónomo, evidenciando las posibilidades a nivel nacional y regional en Colombia de alcanzar procesos de construcción de paz desde, con y para la comunidad.

Abstract

Este trabajo de investigación tiene como propósito analizar el proceso de construcción de paz desde lo local del corregimiento de Lerma, Bolívar, en el departamento del Cauca, que lo ha consolidado como Territorio de Convivencia y Paz. Específicamente, se pregunta por el significado de la paz y la forma en que esta se ha construido desde las prácticas cotidianas en Lerma. Así, basada en una investigación etnográfica desarrollada en dos visitas al territorio durante los años 2019 y 2020 que incluye siete entrevistas semiestructuradas y dos grupos focales, argumento que esta comunidad ha definido y construido la paz a partir de dos ejes: por una parte, la reconciliación y reconstrucción de las relaciones entre los miembros de la comunidad, a través de estrategias centradas en la organización comunitaria, la educación y la actividad artística; y por otra parte, la reconciliación y reconstrucción de las relaciones con la naturaleza, en especial con la hoja de coca. Lo anterior, permite evidenciar una concepción amplia de la paz que no se reduce a la no colaboración con los actores armados, sino que va más allá al considerar la necesidad de una reconciliación con la naturaleza no-humana como parte de la construcción de paz. Esto supone una transformación en la construcción local de paz que invita a constituir nuevas prácticas en las que lo humano y no humano confluyan en pro de una paz alternativa, que sea sostenible y duradera.

Tabla de contenido

Introducción	1
Marco teórico	5
Estado del arte	10
Metodología	17
Capítulo I. Lo local en la construcción de paz: un medio de construcción efectivo y emancipador	20
El giro de lo internacional a lo local	21
Lo local como un medio de construcción efectivo de la paz: una visión desde lo internacional	26
Lo local como un medio de emancipación: la esfera local por derecho propio	34
Capítulo II. Una aproximación a la paz desde lo local en Colombia	43
El rol de los actores externos	44
La importancia del contexto	49
Zonas de paz, comunidades de paz y territorios de paz en Colombia	52
Capítulo III. Reconciliación entre la comunidad y con la naturaleza: la paz que se construye en el Territorio de Convivencia y Paz de Lerma, Cauca	64
Entre la hoja de coca, la bonanza y la violencia	65
Lerma “Territorio de Paz”	69
Organización comunitaria.	71
Educación.	74
Actividad artística.	76
Construcción de paz con la naturaleza: la Escuela Agroambiental Arraigo	79
Conclusiones: Las cotidianidades y la naturaleza no-humana como paz alternativa	83
Bibliografía	90
Anexos	97

Índice de tablas y figuras

Figura 1. Actores y enfoques de la construcción de paz	23
Figura 2. División político-administrativa de Lerma	65
Tabla 1. Pilares del proceso en Lerma, prácticas y actores	78

Introducción

La construcción de paz ha sido un constante objeto de estudio tanto a nivel internacional como nacional. Desde las organizaciones internacionales, las instituciones estatales y la academia, se ha debatido ampliamente sobre la vía más adecuada para construir y mantener la paz en sociedades que atraviesan conflictos violentos. Por un lado, están quienes hablan de una *paz liberal*, asegurando que la paz es un asunto que concierne a las altas esferas estatales y a la comunidad internacional, lo que implica necesariamente la garantía del orden, la seguridad, la democracia liberal y la economía de mercado, siendo el Estado la principal unidad política y económica capaz de proveerla (Mac Ginty, 2010). Por otro lado, están quienes han sostenido que la construcción de la paz debe incluir a la sociedad civil en su conjunto y en especial a quienes han padecido las consecuencias directas del conflicto, considerando que el mayor recurso para mantener la paz en el largo plazo reside en dichos actores (Lederach, 1997). Es desde esta última corriente que los estudios de paz han pasado de tener como protagonistas al Estado y a los actores internacionales, a tener a los actores locales como los principales agentes de paz.

Sin embargo, dentro de este último planteamiento existen a su vez dos tendencias que lo sustentan: una en la que lo local es entendido como un medio de construcción efectivo de la paz, en tanto que le otorga legitimidad y permite la apropiación de los procesos externos (Mac Ginty y Richmond, 2013; Donais, 2009; Roberts, 2011); y otra, en donde lo local es visto como un medio de emancipación (Leonardsson y Rudd, 2015), que construye paz en sí mismo a partir de sus prácticas cotidianas y de las relaciones que establece con la naturaleza no-humana. Desde este punto de vista, las prácticas cotidianas refieren a las estrategias y reglas informales que surgen al interior de las comunidades como una forma de hacer llevadero el conflicto y garantizar no solo su seguridad sino también sus necesidades básicas (Mac Ginty, 2014; Naucke, 2017), mientras las relaciones con la naturaleza no-humana, aluden a las interacciones entre la vida humana y los ecosistemas, reconociendo su papel en la construcción de una paz sostenible y duradera (Lederach, 2017; Courtheyn, 2016; 2017).

Es este último ideario el que constituye el objeto de estudio desde el cual se sitúa la presente investigación, que supone un estado del arte en torno a la construcción local de paz a la luz de un

caso ilustrativo: el corregimiento de Lerma en el municipio de Bolívar, departamento del Cauca, Colombia. El caso de Lerma es una iniciativa de paz desde lo local reconocida como el primer Territorio de Convivencia y Paz en Colombia por el concejo municipal en 2013 y por la asamblea departamental en 2016. Se trata así de una muestra de que, independientemente del conflicto y los acuerdos de paz a nivel nacional, en Colombia ya se han venido adelantando avances significativos en materia de una paz construida desde abajo o *bottom-up* concebida por actores no estatales, como los territorios de paz.

Ahora, como se mencionaba, gran parte de la literatura especializada tanto a nivel internacional como nacional ha tendido a centrarse en el análisis de lo local dentro de la construcción de paz como un medio que garantiza efectividad en los procesos e intervenciones de paz (Mac Ginty y Richmond, 2013; Roberts, 2011). En ese sentido, se ha defendido un modelo híbrido en el que intervienen actores estatales e internacionales, pero también actores locales (Mac Ginty, 2010; Belloni, 2012). Con todo, otra parte de la literatura ha advertido que esos modelos, aunque parecieran incluir y escuchar la esfera local, se limitan a comprender lo local sujeto a lo internacional, priorizando nuevamente un modelo de *paz liberal* centrado en el fortalecimiento del Estado (Paffenholz, 2015). Por tal razón, recientemente se ha propuesto visibilizar las prácticas cotidianas de comunidades locales constructoras de paz, a fin de reconocer el potencial que éstas tienen para construir paz en sus propios términos y por sus propios medios.

Lo novedoso de esta propuesta de la literatura radica en que incluye aportes de los enfoques antropológicos de la paz, introduciendo elementos metodológicos como el trabajo de campo en espacios locales, así como elementos conceptuales útiles para definir y comprender lo local como una construcción cultural (Bräuchler y Naucke, 2017) y de relaciones entre las sociedades y el entorno natural. Esto permite postular nociones alternativas del territorio y de la paz, vinculando además el concepto de ontologías relacionales para hablar de las interacciones entre los seres humanos y la naturaleza no-humana (Courtheyn, 2016; Lederach, 2017). Bajo este supuesto, la vida humana y no humana se transforman e influyen mutuamente, por lo que tanto la violencia como la paz se entienden como algo más que humano, constituyendo así un planteamiento que va más allá de los enfoques que privilegian una *paz liberal*.

Frente a lo anterior, la naturaleza no-humana precisa ser observada como producto de la relación histórica que en el devenir del conflicto se genera. Es innegable que en un territorio donde hay un conflicto armado, existe también un conflicto ambiental que se materializa en acciones como la deforestación, cultivos ilícitos, fumigaciones, economías ilegales, apropiación y extracción de recursos, entre otros (Rojas-Robles, 2018). Luego, en un proceso de construcción de paz desde lo local, el reconocer estas afectaciones del conflicto armado a la naturaleza, supone que la paz debe ser también un proceso de reconciliación y reconstrucción de las relaciones con ella.

Bajo este orden de ideas, el proceso de consolidación del Territorio de Convivencia y Paz en Lerma se muestra como un caso significativo objeto de estudio desde un enfoque antropológico de la paz como el mencionado anteriormente. Este caso da cuenta de cómo una comunidad local ha sido capaz de tomar sus propias decisiones a partir de sus experiencias para promover la reconciliación entre los miembros de la comunidad, pero también con la naturaleza.

Históricamente, Lerma fue reconocido como un territorio que, además de desarrollar diversidad de cultivos para el sustento de sus habitantes, desarrollaba el cultivo de la hoja de coca con fines medicinales. No obstante, a finales de los años setenta, con la llegada de personas externas a la comunidad y en un contexto de auge del narcotráfico, se le dio un sentido diferente al cultivo y uso de la coca, ahora con fines ilícitos, que generaron en Lerma una ola de violencia entre sus habitantes y una tierra preparada y utilizada para el monocultivo. Desde esta perspectiva, es posible observar cómo desde un conflicto armado por la comercialización de la hoja de coca, se generó igualmente un conflicto con la naturaleza, en este caso con la tierra, el cultivo, los productos tradicionales y principalmente el uso de la hoja de coca.

Frente a este panorama que hace evidente tanto el conflicto entre las personas como el conflicto con la naturaleza, la comunidad emprendió un proceso orientado a construir paz a través de la reconstrucción de las relaciones que se vieron deterioradas, especialmente en dos niveles: entre la misma comunidad, y entre la comunidad y la naturaleza. Por una parte, se determinaron tres pilares para el proceso de paz entre los habitantes de Lerma, a saber, la organización comunitaria, la educación y la actividad artística, que se constituyeron en aquello que denominamos prácticas cotidianas. Por otra parte, referente al proceso de paz con la naturaleza, se implementaron

propuestas de cultivos alternativos como una forma de reconciliarse con ella. Además, para el caso específico de la hoja de coca, se implementaron nuevas formas de procesamiento para su uso a través de una escuela agroambiental.

De esta manera, la importancia de asumir el caso de Lerma como un caso de construcción de paz desde lo local radica en que, si bien el Estado diseña e implementa políticas que apuntan a procesos de reconciliación y paz, esta investigación rescata, estudia y reflexiona las propias acciones que desde las comunidades surgen para garantizar un proceso de paz autónomo, que no solo involucre la condición humana, sino que también rescate la importancia de incluir la naturaleza no-humana como un factor determinante en una construcción duradera, estable y sostenible.

Teniendo en cuenta lo anterior, la pregunta que guía este trabajo de investigación es: ¿cómo se construye la paz desde la comunidad del Territorio de Paz en el corregimiento de Lerma? El objetivo general es analizar el proceso de construcción de paz desde lo local del corregimiento de Lerma, Bolívar, departamento del Cauca, que lo consolida como Territorio de Paz. Luego, los objetivos específicos son:

- Reconocer la manera en que los enfoques de construcción de paz en los ámbitos internacional y nacional han estimado el significado y práctica de la paz desde lo local.
- Conceptuar el significado de la paz en el Territorio de Convivencia y Paz de Lerma a partir del contexto, sus actores y prácticas.
- Explicar el proceso de reconciliación llevado a cabo en el corregimiento de Lerma entre los miembros de la comunidad, y entre la comunidad y la naturaleza no-humana.

Basada en una investigación etnográfica desarrollada en dos visitas al corregimiento de Lerma durante los años 2019 y 2020, que incluye siete entrevistas semiestructuradas y dos grupos focales con actores clave involucrados en el proceso de construcción de paz, argumento que la comunidad del Territorio de Convivencia y Paz en el corregimiento de Lerma ha definido y construido la paz en el territorio a partir de dos ejes centrales: por una parte, la reconciliación y reconstrucción del tejido social por medio de estrategias concebidas por la misma comunidad centradas en la organización comunitaria, la educación y la actividad artística y cultural; y por otra parte, la

reconciliación y reconstrucción de las relaciones con la naturaleza, específicamente con la hoja de coca, recuperando sus costumbres, mostrando sus usos alternativos y garantizando soberanía alimentaria. Esto da cuenta de una concepción de la paz que no se limita a la no colaboración con los actores armados y a la reconstrucción de las relaciones afectadas entre los seres humanos, sino que va más allá al considerar también la necesidad de una reconciliación con la naturaleza no-humana como parte de la construcción de paz.

Marco teórico

Como punto de partida es importante definir los conceptos que dan sustento teórico a este trabajo de investigación. En ese sentido y teniendo en cuenta los objetivos planteados, la teoría de la construcción de paz orientada a la transformación de conflictos y algunas de las categorías que de ella se derivan, resultan pertinentes para analizar el caso del corregimiento de Lerma, Cauca, como una iniciativa de paz desde lo local en Colombia. Según Reimann (2004) existen tres enfoques diferentes para la gestión de conflictos: Regulación, Resolución y Transformación. Estos, no son necesariamente sistemas teóricos excluyentes, y sus diferencias tienen origen en su comprensión del conflicto. Así, a diferencia de las teorías de regulación y resolución, la teoría de construcción de paz orientada a la transformación de conflictos parte del supuesto de que el conflicto constituye un hecho social habitual positivo para lograr el cambio social y, por lo tanto, es posible transformar la conducta violenta en una conducta pacífica (Lederach, 1995; Paffenholz, 2014).

De esta manera, “la transformación de conflictos se refiere a los esfuerzos de construcción de la paz a largo plazo orientados a resultados, procesos y estructuras, que tienen como objetivo superar verdaderamente las formas reveladas de violencia directa, cultural y estructural” (Reimann, 2004). Este enfoque, haciendo énfasis en el proceso y no solo en sus resultados, posibilita incluir a la población civil como sujetos activos en los esfuerzos de construcción de paz, al comprender esta construcción como una iniciativa sostenida en el tiempo, que tiene como finalidad “promover procesos transformadores de cambio constructivo, que permitan en un contexto de alta conflictividad y/o conflicto armado pasar de una situación negativa –crisis, vulneración de derechos, violencia–, a otra positiva –paz sostenible–” (Paladini Adell, 2011). Siguiendo a Lederach (2008), ese cambio social constructivo consiste entonces en “el intento de desplazar las

relaciones de aquellas definidas por el temor, la recriminación mutua y la violencia hacia las caracterizadas por el amor, el respeto mutuo y el compromiso proactivo”.

Desde esta óptica, la construcción de paz está orientada no solo a superar una situación negativa de violencia sino también a promover dinámicas constructivas de transformación social. En un inicio, el concepto de construcción de paz (*peacebuilding*) fue propuesto por Johan Galtung (1976), quien la definió como “un emprendimiento político que tiene como objetivo crear paz sostenible enfrentando las causas estructurales o profundas de los conflictos violentos a partir de las capacidades locales para la gestión pacífica de los mismos”. Esta noción se difundió ampliamente en documentos de Naciones Unidas, y se incorporó a los instrumentos ya establecidos en el mandato para la paz de la organización: el mantenimiento de la paz (*peacekeeping*), y el establecimiento de la paz (*peacemaking*).

Sin embargo, en la *Agenda para la Construcción de Paz*, esta última se define como “una intervención externa en apoyo de los procesos de paz nacionales en países en conflicto, con el objetivo de poner fin a la violencia y reconstruir los Estados después de las guerras” (Paffenholz, 2015). Es a partir de ahí que surge lo que se ha denominado en la literatura como la paz liberal, esto es, “la forma dominante de establecimiento y construcción de la paz con apoyo internacional que es promovida por Estados líderes, organizaciones internacionales líderes e instituciones financieras internacionales” (Mac Ginty, 2010). El concepto de paz liberal, por un lado, supone una visión fundamentalmente negativa de la paz en la medida que tiene como propósito poner fin a la guerra y a la violencia, y por otro lado, se basa en la retórica liberal para conseguir la paz. Esto es resultado de la idea de que el liberalismo necesariamente promueve la paz, y en consecuencia, las intervenciones de apoyo a la paz con base en ideales liberales como la primacía del individuo, la democracia, el buen gobierno, la economía de mercado, el fortalecimiento del Estado, el estado de derecho, la protección de la propiedad privada, entre otros, serán más propensas a garantizar paz y seguridad.

En ese sentido, “la paz liberal puede concebirse como una cadena de transmisión de arriba hacia abajo de ideas, lenguaje y prácticas pacifistas. Los agentes principales pueden coaccionar e incentivar cierto grado de cumplimiento” (Mac Ginty, 2010). Es por eso que el concepto también

puede ser utilizado para definir la paz que se construye con una lógica desde arriba hacia abajo (*top-down*), en donde los actores externos son quienes cuentan con el conocimiento técnico y recursos necesarios para la paz. De acuerdo con Mac Ginty y Firchow (2016), “los agentes de paz liberales a menudo comprenden a los actores más poderosos a nivel internacional y nacional y, por lo tanto, pueden estar bien ubicados para asegurarse de que su narrativa se vuelva hegemónica”. Ahora bien, es posible afirmar que la manera en la que se construye la paz liberal resulta inherentemente inestable, por cuanto el Estado y sus instituciones dependen en gran medida del apoyo internacional y el compromiso de las élites, lo cual hace que los procesos carezcan de legitimidad local, pues la inclusión de lo local no es su fuerza motriz (Richmond, 2013).

Considerando lo anterior, aparece el concepto de la construcción de paz desde lo local o de una paz desde abajo hacia arriba (*bottom-up*), que es dentro del cual se enmarca este trabajo de investigación. Se trata, entonces, de una mirada alternativa de construcción de paz que privilegia lo local y los procesos adelantados desde las comunidades y los territorios afectados por el conflicto, es decir, es una construcción que se logra “con, junto y desde los actores locales, con visiones y procesos transformadores en lo político, lo económico, lo cultural, lo social y lo ambiental” (Paladini Adell, 2011). De este modo, la construcción de paz local, aunque puede o no incluir ayuda internacional y/o estatal, se caracteriza más por tener en cuenta el contexto y las normas e instituciones locales, así como por reconocer en los sujetos de las comunidades una capacidad de agencia como protagonistas de los procesos de transformación de los conflictos (Hancock, 2018). De ahí que elementos como la cultura, la historia, la identidad, la agencia y la resistencia son claves para la consecución de la paz.

Como lo plantea Paladini Adell (2011), este modelo *bottom-up* “enfatisa el apoyo al desarrollo de las capacidades, los recursos y los activos de los actores locales para la transformación no violenta de la conflictividad local”. Esa transformación no violenta no es pasiva, y por el contrario, puede incluir métodos de diálogo, protesta, nocooperación e intervención (Sharp, 2014; Dudouet, 2012). Esta concepción particular de la construcción de paz es a la que responden la mayoría de las iniciativas de paz desde lo local, entendidas como “aquellas que encuentran su origen en una pluralidad de actores, como comunidades, organizaciones no gubernamentales del movimiento por la paz, iglesias en desarrollo de su mandato religioso, autoridades locales y alianzas entre éstas”

(Hernández, 2002). Debe señalarse que son iniciativas civiles que, aunque compuestas por una multiplicidad de actores, tienen como protagonistas las comunidades locales, en especial aquellas que se encuentran en contextos de violencia y/o conflicto armado. Dentro de estas iniciativas “cabe la formulación de proyectos productivos, la revisión de relaciones con actores armados del entorno y la organización política autónoma y diferenciada. Estas tienen su propia agenda y gestionan sus recursos” (Mahecha, 2018), adelantando actividades encaminadas a la transformación del conflicto y la construcción de paz “a partir de mecanismos como la organización comunitaria, el ejercicio de autonomía y/o autodeterminación, y la no colaboración” (Hernández, 2009).

Según Hernández (2002), dentro de las iniciativas de paz desde lo local en Colombia pueden identificarse al menos seis tipos: iniciativas de paz desde el movimiento por la paz, propuestas por organizaciones no gubernamentales del movimiento por la paz; iniciativas de paz desde autoridades locales, gestadas por los alcaldes y gobernadores en sus entidades territoriales; iniciativas de paz desde la alianza de autoridades locales, como esfuerzos orientados a la protección de la población civil desde la articulación de autoridades locales; iniciativas de paz desde las iglesias, es decir, que encuentran su origen en los representantes de las iglesias en el territorio; iniciativas de paz desde diferentes sectores de la población, que son aquellas jalonadas por diversos segmentos poblacionales, como los jóvenes o las mujeres; y las iniciativas de paz desde la base, que son aquellas que surgen en “comunidades que soportan en forma directa el impacto del conflicto armado o de la corrupción administrativa. También en sus procesos organizativos y en su opción por la paz desde la no violencia, la resistencia civil y la democracia” (Hernández, 2002). Esta última, caracterizada por la reconciliación y la solidaridad (Lederach, 2007; Hernández, 2002), ha sido jalonada por comunidades indígenas, campesinas y negras, en su mayoría en contextos rurales, y es la que resulta más apropiada para analizar el caso en Lerma.

También denominadas iniciativas civiles de paz de base social, estas pueden entenderse como “escenarios de construcción de paz desde abajo, generadores de ‘paces imperfectas o inacabadas’, construidas desde el ‘empoderamiento pacifista’ de pueblo, comunidades y sectores poblacionales que asumen y transforman la realidad desde los valores de sus culturas y capacidades” (Hernández, 2008). De esta manera, la paz es entendida no solo desde la definición dual que propone Galtung sobre la paz negativa –ausencia de guerra– y la paz positiva –estado ideal–, sino más bien desde

aquellas definiciones matizadas como la de Muñoz (2003), que la presentan como una realidad inacabada, contextual, que se da a partir de las prácticas cotidianas y que por lo tanto se encuentra en permanente construcción. Se trata así de una paz denominada imperfecta, que reconoce la diversidad de experiencias que se dan en el día a día para la transformación pacífica de los conflictos, permitiendo hablar a su vez de una pluralidad de paces en la realidad.

En ese orden de ideas, se instaura además un proceso que advierte un repensar la construcción de paz desde lo que llamamos la naturaleza no-humana, que más allá de pensarse como una forma de reconciliación entre el hombre y su ambiente ecológico próximo, implica identificar las oportunidades que desde la naturaleza en sus múltiples formas y denominaciones (tierra, espacio, suelo, subsuelo, territorio, aguas, ríos, clima, etc.) (Rojas-Robles, 2018), se presentan para garantizar en ese ejercicio de reconciliación una paz sostenible y duradera, que invita incluso a constituir nuevas prácticas en las que lo humano y no humano confluyan en pro de la paz.

Como lo plantea Carrizosa (2018), la construcción de paz en Colombia debe ser necesariamente una cuestión ambiental. El país posee una gran diversidad cultural, pero también una diversidad en su geología, su aspecto físico y biológico, que amerita pensar en la complejidad de los procesos de paz en ella, en tanto reúne las condiciones físicas apropiadas para el desarrollo de formas ilícitas del cultivo y comercio de productos como la hoja de coca, como sucede en Lerma. En ese sentido, si bien el conflicto armado presenta diferentes aristas en el cese del mismo, es claro que para el tema que nos convoca, están enmarcadas en el papel de los recursos naturales como factor determinante para dicho proceso.

Este panorama, en el que el medio ambiente y especialmente la naturaleza no-humana resultan ser determinantes para el deterioro o no de los procesos de paz que se adelantan, es una forma decisiva que asume lo humano en la madurez y el empoderamiento desde las mismas oportunidades que el territorio ofrece a las comunidades para acercarse a nuevas formas de reconciliación y de garantía de su bienestar en los nuevos procesos de paz. De esta manera, pensar la paz desde las cuestiones anteriores, es mirar integralmente las interrelaciones entre factores determinantes como lo son la naturaleza y la vida en comunidad, y enfrentar de cara a la construcción de la paz, nuevas alternativas de reconciliación entre dichos factores.

Esa noción integral de la paz es, entonces, la que se ha adoptado en la mayoría de los territorios de paz, un ejemplo por excelencia de iniciativas de paz desde lo local en Colombia. Los territorios de paz, también conocidos como comunidades de paz, pueden definirse como “territorios en los que la población civil establece ciertas reglas para los civiles y todos los actores armados que operan allí con el fin de reducir los efectos negativos de la violencia armada” (Idler, Mouly y Garrido, 2018). En ellos, la comunidad local se declara neutral procurando persuadir a los actores externos, armados y no armados, a través de medios no-violentos, de cumplir ciertas reglas (Idler, Garrido y Mouly, 2015). Es un ejercicio de neutralidad activa, en donde ser neutral no implica guardar silencio, sino que implica la defensa de su posición y el rechazo de cualquier intento por parte de los actores armados de involucrar a miembros de la comunidad en el conflicto armado (Burnyeat, 2017). Este concepto es el equivalente al término zonas de paz empleado en la literatura más amplia, para referirse a espacios que, bajo la idea de santuario, representan un método viable para la construcción de paz durante y después de los conflictos, abordando tanto la causa como el efecto de los mismos (Hancock, 2013).

Estado del arte

Dentro de la literatura especializada sobre la construcción de paz desde lo local es posible identificar al menos tres momentos, que se dan a partir de las formas de concebir la esfera local y de entender su relevancia dentro de la construcción de paz y la transformación de los conflictos. El primero, con autores representativos como John Paul Lederach (1997) y Adam Curle (1994), es el que introduce la discusión sobre lo local en el debate en torno a la construcción de paz, dando así inicio a la investigación sobre la temática. Posteriormente, la literatura subsecuente se desarrolla a partir de las bases teóricas establecidas en ese primer momento, pero agregando supuestos y lecturas más críticas frente a la forma tradicional de construir paz basada en ideales liberales. Esto da lugar a un segundo y tercer momento en la literatura que, aunque críticos de la construcción de paz desde arriba, se diferencian en su comprensión del ámbito local.

Por un lado, puede encontrarse en la literatura autores que comprenden lo local como un medio de construcción efectivo de la paz, es decir, que definen la esfera local a partir de su valor dentro de procesos de construcción de paz más amplios. Particularmente, los trabajos de Roger Mac Ginty

y Oliver Richmond (2013), Roger Mac Ginty (2010; 2015), Timothy Donais (2009), David Roberts (2011), Roberto Belloni (2012), Roger Mac Ginty y Malgorzata Polanska (2015), y Annika Björkdahl y Kristine Höglund (2013), se enmarcan en esta tendencia. Las investigaciones de estos autores se centran en reflexiones teóricas sobre la efectividad que tiene incluir lo local en los procesos e intervenciones de paz, argumentando que permite superar las limitaciones que presenta la paz desde arriba. Asimismo, tomando algunos estudios de caso, la literatura aquí defiende aproximaciones como la apropiación local de la construcción de paz y la paz híbrida, en la medida que posibilitan reducir los costos de las intervenciones de paz, generándose así legitimidad y estabilidad.

Por otro lado, se tienen autores en la literatura que entienden lo local como un medio de emancipación, esto es, que reconocen y abordan la esfera local a partir del valor intrínseco que esta posee para construir paz, defendiendo que esta cuenta con agencia por derecho propio. Investigaciones como las de Thania Paffenholz (2015), Christopher Courtheyn (2016; 2017a; 2017b), Philipp Naucke (2017), Landon E. Hancock y Christopher Mitchell (2018), Birgit Bräuchler y Philipp Naucke (2017), Landon E. Hancock (2018), Roger Mac Ginty (2014), Annette Idler, María Belén Garrido y Cécile Mouly (2015), y Catalina Rojas (2004), hacen parte de esta tendencia. Los trabajos de estos autores se ocupan de analizar iniciativas de paz que nacen desde lo local y que construyen paz en los territorios en sus propios términos, sin estar sujetos a ver lo local solo como un componente que fortalece la construcción de paz desde arriba. De este modo, la literatura revisada le apunta a escuchar las voces de “abajo”, estudiando y visibilizando las prácticas cotidianas constructoras de paz al interior de las comunidades locales, quienes desde sus conocimientos, cultura, normas y acuerdos basados en el contexto, logran superar lógicas de violencia y construir una paz alternativa, que involucra incluso a la naturaleza no-humana.

Como se mencionó, el primer momento identificado en la literatura es el que sitúa las discusiones sobre lo local dentro de los estudios de paz y conflictos, poniendo en un primer plano a la sociedad civil y a los actores locales como agentes de paz. A este cambio de enfoque, se le ha denominado ampliamente como un “giro a lo local” (*local turn*) en los estudios de construcción de paz, puesto que se pasa de tener como protagonistas a las altas esferas estatales y a los actores internacionales, a tener a las comunidades locales como el principal actor dentro de la construcción de paz. Desde

la escuela de la transformación de los conflictos, es Lederach (1997) quien impulsa este cambio, destacando la necesidad de empoderar a la población local como sujetos activos en la transformación del conflicto. Siguiendo un método inductivo y considerando los resultados de sus experiencias como mediadores en procesos de paz, tanto Lederach como Curle hacen énfasis en el potencial que tienen las comunidades en la construcción de paz a largo plazo.

Lederach (1997) parte del hecho de que la reconciliación en todos los niveles de la sociedad debe ser el propósito de la construcción de paz. De este modo, siguiendo a Curle (1994), plantea que la teoría sobre resolución de conflictos que se tenía hasta el momento no siempre correspondía con la práctica en contextos de violencia y conflicto, lo cual se veía reflejado en la ineffectividad que presentaban las intervenciones externas de paz adelantadas en la década de los años noventa. Es por eso que esta literatura sobre la construcción de paz argumenta en favor de un giro a lo local, bajo el supuesto de que son las personas que han vivido las consecuencias del conflicto quienes pueden ofrecer respuestas más adecuadas para generar los cambios en las relaciones que permitan la reconciliación en el largo plazo.

Así, la sociedad civil se ve no solo como receptora de la paz, sino como un recurso valioso que redundará en una paz más estable y efectiva. Esto permite hablar de un enfoque holístico para la construcción de paz, pues si bien es cierto que los actores internacionales son importantes, también se hace evidente que los actores domésticos en los distintos niveles de la sociedad permiten fortalecer las intervenciones de paz diseñadas externamente. Los autores que se adhieren a esta tendencia recalcan en sus investigaciones que son los actores locales quienes deben decidir la paz que quieren construir, y que el rol de los actores externos debe ser el de considerar dichas visiones de paz, adaptando sus intervenciones para que se ajusten a ellas y brindando las herramientas necesarias para su consecución.

A partir de esos planteamientos, y en especial después de los fracasos de la construcción de paz internacional y los proyectos de construcción de Estado en Afganistán e Irak (Paffenholz, 2015), las investigaciones sobre la construcción de paz local asumieron una postura mucho más crítica con respecto a la manera en que se estaba implementando la paz en la práctica, una paz liberal o desde arriba, en donde los postulados de Lederach eran empleados principalmente de manera

retórica. Es así como se presenta en la literatura un segundo “giro a lo local” que se fundamenta sobre las bases del primero, pero va más allá al hablar ya de una inclusión de lo local en la construcción de paz como una forma de resistencia frente a los poderes hegemónicos de los actores de la paz liberal, poniendo en el centro de la discusión cuestiones como la agencia local, la legitimidad de los actores y la emancipación. Debe señalarse que dentro de las investigaciones que se ubican en este segundo giro es posible identificar además dos dimensiones, correspondientes al segundo y tercer momento en la literatura enunciados más arriba, a saber, aquellos que abordan lo local como un medio de construcción efectivo de la paz y aquellos que conciben lo local como un medio de emancipación (Leonardsson y Rudd, 2015).

De esta manera, se tiene primero un grueso de investigaciones que se ocupan de abordar el concepto y la idea de lo local en contraposición a lo internacional. Considerando la evidencia empírica, se parte del hecho de que la paz liberal, adelantada desde arriba, desde el Estado y desde los actores externos ha instrumentalizado lo local (Mac Ginty y Richmond, 2013; Mac Ginty, 2015). Luego, la sugerencia es deconstruir ese conocimiento sobre la construcción de paz, y reconocer que incorporar el ámbito local resulta esencial para que la construcción de paz sea sostenible, por lo cual es indispensable tener en cuenta el contexto, las normas e instituciones locales, entendiendo a su vez que los sujetos que son objeto de intervención cuentan con capacidad de agencia.

De ahí que se argumenta que la esfera local es efectiva en generar la legitimidad de la que carecen las intervenciones externas de paz dentro de las poblaciones afectadas, a la vez que ayuda a reducir los costos de esas intervenciones. La literatura se centra particularmente en el análisis y desarrollo de la noción de la apropiación local o *local ownership*, para discutir el grado en el que los actores locales deben apropiarse del diseño e implementación de las políticas de construcción de paz (Donais, 2009). No obstante, se advierte que la apropiación local aplicada en la práctica se ha convertido en un ejercicio predominantemente retórico, por lo que la respuesta más adecuada debe ser encontrar un balance entre los aspectos positivos de la paz liberal y la paz desde la base, en lugar de comprenderlas como procesos mutuamente excluyentes (Roberts, 2011).

Es por eso que la literatura aquí defiende un modelo híbrido de paz que reúna elementos de lo internacional y lo local (Mac Ginty, 2010), o liberales e iliberales (Belloni, 2012), dado que existen actores que impulsan el cambio social positiva y negativamente en todos los niveles de la sociedad (Mac Ginty y Polanska, 2015). Al converger en torno a un mismo proyecto que involucre tanto las prioridades globales como las locales, se genera una paz híbrida que es dinámica, a diferencia de los procesos de consolidación de la paz monolíticos y hegemónicos de la comunidad internacional. De lo anterior se derivan implicaciones tanto ontológicas como metodológicas. Por una parte, se trasciende la idea de que el Estado es el único actor central en la construcción de paz y, por otra, se empieza a definir lo local no como un lugar específico, sino como un entramado de prácticas, creencias, redes y relaciones constructoras de paz. En ese sentido, se hace manifiesto que la construcción de paz tiene que ver con dinámicas de poder, y que los actores internacionales y los locales no son homogéneos y mantienen enfoques generalmente contradictorios hacia la construcción de paz, por lo que la interacción entre lo internacional/global y lo local se entiende como conflictiva (Björkdahl y Höglund, 2013).

Con todo, esta dimensión de la literatura se ve limitada en la medida que se circunscribe a entender lo local sujeto a lo internacional, es decir, aunque se critica la construcción de paz liberal y se le apuesta a una paz híbrida, se continúa pensando en lo local como un componente de un proceso *top-down*, proponiendo, en últimas, alteraciones o modificaciones a la paz liberal más no alternativas. Considerando este panorama, otras investigaciones se han encargado de subrayar que es necesario reconocer el valor intrínseco de la esfera local para la construcción paz, reivindicando las iniciativas locales de paz independientes o por derecho propio. A esta reciente dimensión de la literatura subyace la idea de que los modelos híbridos tienden a reproducir unas dinámicas de poder asimétricas donde sigue prevaleciendo lo internacional, mientras lo local es conceptualizado solo débilmente (Paffenholz, 2015). De ahí que se empiezan a priorizar los análisis de una paz construida desde abajo o *bottom-up*, así como un estudio multidisciplinario que supere los enfoques centrados excesivamente en los actores estatales e internacionales occidentales.

En este punto, los aportes de los enfoques antropológicos resultan fundamentales, al ofrecer elementos metodológicos y conceptuales para entender lo local, argumentando que la investigación antropológica presenta un enfoque basado en el lugar que puede ser útil para los

estudios de paz (Bräuchler y Naucke, 2017). Metodológicamente, la antropología se basa en el trabajo de campo en espacios locales específicos y, conceptualmente, lo local se comprende como una construcción cultural que es relativa al contexto, a las ideas y a las prácticas específicas de una comunidad. Así, la literatura insiste en una mayor investigación etnográfica dentro de los estudios de paz, que constata la capacidad de los actores locales para adelantar y sostener procesos independientemente de otros actores.

Aquí, se introduce entonces el concepto de la paz cotidiana o *everyday peace*, para caracterizar esos métodos que utilizan a diario los individuos para transitar y continuar con sus vidas en sociedades divididas debido al conflicto (Mac Ginty, 2014). Se incorpora así la idea de analizar las cotidianidades como una forma de democratizar la construcción de paz (Roberts, 2011), dado que eso permite, por un lado, promover un conocimiento localizado empático, intuitivo y basado en la observación, que confronta la narrativa dominante que asocia el conocimiento formal a los actores externos y, por otro lado, entender que la paz que se construye desde los territorios evidencia un alto grado de agencia local (Hancock, 2018), al procurar no solo la seguridad de las comunidades en medio de la violencia, sino también la satisfacción de sus necesidades básicas, como el acceso a servicios, educación, alimentación, etc. En ese sentido, las investigaciones hacen especial énfasis en estudiar el establecimiento y desarrollo en la práctica de las zonas de paz (Hancock y Mitchell, 2018), también nombradas comunidades o territorios de paz (Mouly, Idler y Garrido, 2015), en la medida que representan una forma de construcción de paz desde lo local que supone la transformación pacífica del conflicto, el empoderamiento de las comunidades locales y el ejercicio de una neutralidad activa (Naucke, 2017; Rojas, 2004).

Por otra parte, los aportes desde la geografía también resultan importantes en esta dimensión de la literatura, pues se pone de relieve una conceptualización distinta del territorio y de la paz que puede aplicarse al estudio de las iniciativas locales de paz. El territorio, se entiende como una construcción social a la cual los actores locales le dan significado a partir de sus prácticas y normas (Courtheyn, 2017b), y la paz, como un proceso espacial y político que se nutre de esas prácticas cotidianas (Courtheyn, 2017a). Las implicaciones de esto son significativas para los estudios de paz en la medida que permite ver la complejidad de diversas producciones del espacio político,

posibilitando entonces hablar de la existencia de una pluralidad de paces alternativas e incluso de ontologías relacionales entre comunidades y entre los humanos y la naturaleza no-humana.

Desde esta perspectiva, considerar la naturaleza no-humana resulta clave pues supone tratar las interacciones de la comunidad con el medio ambiente, desde el cual los aspectos geológicos y físicos juegan un factor determinante para los procesos de construcción de paz. Así, tener como punto de partida el hecho de que el conflicto armado está ineludiblemente relacionado con conflictos ambientales (Rojas-Robles, 2018), permite entender que la superación del mismo debe implicar también la reconciliación de las comunidades con la tierra, la naturaleza y el medio ambiente, a través de la construcción de paces que incluyan acciones responsables y de cuidado con el entorno natural.

Ese proceso de reconciliación con la tierra y la naturaleza no-humana, supone entonces una mirada integradora de condiciones ambientales y dinámicas sociales que, en el proceso de una paz duradera, implica que las prácticas cotidianas se materialicen en estrategias definidas y claras frente a la relación de lo humano y lo no humano como factor determinante en el alcance de las iniciativas locales de paz. En ese sentido, estas iniciativas que las comunidades desarrollan desde su cultura y contexto, además de responder a las determinaciones de poner fin a la violencia producto del conflicto, requieren ser problematizadas en torno a la necesidad de reconocer las formas en que las vidas humanas y no-humanas se han visto afectadas (Rojas-Robles, 2018).

De ahí que autores como Rojas-Robles (2018), aseguren que incluir la discusión de lo ambiental no solo es relevante para la construcción de una paz sostenible, sino que resulta ser determinante en los resultados de esta última, en la medida que implica nuevas maneras de pensarnos y relacionarnos los unos con los otros, pero también de poder comprender y asumir las formas de relacionarnos con la naturaleza no-humana, un tema que ha generado a lo largo del tiempo profundas disputas en torno a su uso y apropiación. De este modo, en ese proceso de contingencia para reconocer las afectaciones a la naturaleza no-humana, son los actores locales que asumen iniciativas de paz alternativas quienes deben adelantar el ejercicio de repensarse a través de la validez de aspectos fundamentales como su propia identidad, el costo incuantificable de los ambientes naturales y biodiversos, así como la determinación y funcionalidad de los ecosistemas,

en un contexto donde el conflicto e incluso las políticas del orden nacional han estado encaminadas a promover prácticas que deterioran el medio ambiente en general.

Metodología

Para responder a la pregunta de investigación, se recurre a un enfoque etnográfico. En un primer momento, que obedece al primer objetivo específico de la investigación, se parte de una revisión de la literatura especializada a partir de palabras clave como paz local, paz liberal, paz híbrida, giro local en la construcción de paz, territorios de paz, comunidades de paz y zonas de paz. Para la revisión bibliográfica se tienen en cuenta capítulos de libros y publicaciones de revistas especializadas en el tema a nivel internacional tales como *Third World Quarterly*, *Peacebuilding*, *Security Dialogue*, *Cooperation and Conflict* y *Social Anthropology*, y también a nivel nacional, como la revista *Reflexión Política*. Así, con el propósito de contrastar cómo los enfoques de construcción de paz han comprendido y estudiado lo local, cada documento seleccionado se clasifica en una matriz identificando objetivo, objeto de estudio, argumento, conclusiones, aportes y vacíos. Lo anterior, permite la elaboración del estado del arte en torno a la construcción de paz desde lo local reconociendo sus principales conceptualizaciones tanto a nivel internacional como a nivel nacional, lo cual se ve reflejado en el primer y segundo capítulo respectivamente.

En un segundo momento, correspondiente al segundo y tercer objetivo específico, se tiene como punto de partida una revisión documental a partir de palabras clave como Lerma y territorio de convivencia y paz, donde se incluyen artículos de prensa (*El Espectador*, *El Nuevo Liberal*, *RCN Radio*, *El País*), trabajos de grado y videos. No obstante, es la información obtenida a partir de entrevistas realizadas a actores clave involucrados en el proceso de construcción de paz en el corregimiento de Lerma la que predomina en este trabajo. El trabajo de campo se desarrolló en dos visitas al territorio, una en noviembre de 2019 y otra en enero de 2020, donde se realizaron en total siete entrevistas semiestructuradas y dos grupos focales. El grupo de entrevistados incluye líderes del proceso comunitario y de los procesos de las Juntas de Acción Comunal (JAC) en el territorio, profesores de la institución educativa Alejandro Gómez Muñoz, el líder del proyecto de la Escuela Agroambiental Arraigo y el ex asesor de paz del departamento del Cauca (Ver Anexo 1).

En lo que concierne al análisis de la información, este se divide en dos fases. La primera consiste en la transcripción y lectura inicial de las entrevistas y material secundario recopilado, con el propósito de tener una idea general de los temas centrales abordados por los entrevistados. La segunda fase, consiste en la segmentación del contenido a partir de temas comunes, identificando así categorías como “época de la violencia”, “coca”, “comienzos del proceso de paz”, “organización comunitaria”, “creación del colegio”, “actividad cultural” o “interacción con actores externos”. Es preciso señalar que el establecimiento de las categorías parte de un proceso inductivo, en la medida que surge de los mismos testimonios de los miembros entrevistados de la comunidad sin utilizar esquemas diseñados a priori para clasificar los datos. Este ejercicio se ve reflejado en el tercer capítulo, en donde se presenta la información de forma narrativa y cronológica, complementándose a su vez con unas conclusiones en donde se hace un análisis hermenéutico-crítico conciso que fusiona los significados de los entrevistados con los marcos teórico-conceptuales de la literatura.

El trabajo de investigación está compuesto de tres capítulos. En el primero, se realiza una ampliación del estado del arte sobre la construcción local de paz, revisando la manera en la que los enfoques de construcción de paz a nivel internacional han comprendido el significado del ámbito local. De este modo, se contextualiza y se presenta cómo es que la inclusión de la esfera local se convirtió en un componente importante en los procesos de construcción de paz adelantados por actores internacionales y nacionales. Además, se caracterizan las dos dimensiones que actualmente predominan en la literatura sobre el giro local en la construcción de paz. Seguidamente, en el segundo capítulo, se desarrolla un ejercicio similar pero centrado en reconocer cómo la literatura sobre la construcción de paz se ha acercado a lo local específicamente en Colombia. Así, se exponen las tres perspectivas para comprender la esfera local que sobresalen en las investigaciones realizadas en el país, haciendo énfasis en el estudio de los territorios de paz.

En el tercer capítulo, se presenta y analiza el proceso de construcción de paz en Lerma. A partir de los resultados de la investigación etnográfica, se caracterizan el contexto, los actores y las estrategias utilizadas en la consolidación del Territorio de Paz. En ese sentido, se explica cómo nació la iniciativa y en qué consistió el proceso de reconstrucción tanto del tejido social como de las relaciones de la comunidad con la naturaleza, en especial con la hoja de coca. Finalmente, a

modo de conclusión, se examina el caso a la luz de la literatura revisada en los capítulos previos, evidenciando un contraste entre la teoría y la práctica de la construcción local de paz.

Capítulo I. Lo local en la construcción de paz: un medio de construcción efectivo y emancipador

El objetivo de este capítulo es reconocer y contrastar cómo los enfoques de la construcción de paz en la literatura a nivel internacional han abordado el ámbito de lo local, discutiendo cómo se ha entendido la práctica de la paz desde lo local en los últimos años. El capítulo se desarrolla en tres partes. En una primera parte se argumenta que, por mucho tiempo, se comprendió al Estado y a lo internacional como las únicas instancias relevantes en la construcción de paz, mientras que lo local fue marginado y concebido como algo poco desarrollado, atrasado y susceptible de ser controlado, por lo que fue excluido de los esfuerzos de construcción de la paz. Sin embargo, a raíz de un “giro a lo local” en los estudios de paz y conflictos impulsado por teóricos como Lederach (2007), lo local se puso en un primer plano, como una esfera clave al momento de llevar a cabo procesos de construcción de paz.

Lo anterior, tuvo un impacto en la literatura y en los debates en torno a la conceptualización y caracterización de lo local, donde se generó una corriente con autores como Mac Ginty y Richmond (2013), Leonardsson y Rudd (2015), Paffenholz (2015), Roberts (2011), Hancock y Mitchell (2018) o Courtheyn (2016), quienes asumieron un análisis más crítico de lo local, dentro de lo que se ha conocido como el segundo giro a lo local en los estudios de paz y conflictos. De esta manera, en la segunda y tercera parte del capítulo se presentan las dos dimensiones centrales sobre las cuales se enmarcan las discusiones actuales sobre este giro local en la construcción de paz. Por un lado, lo local ha sido abordado como un medio de construcción efectivo de la paz que los actores de la paz liberal suelen reivindicar a través de nociones como la apropiación local y la hibridación, por cuanto esto permite reducir los costos de las intervenciones de paz y contribuye a generar legitimidad. Por otro lado, lo local también ha sido entendido como un medio de emancipación, reconociendo el valor intrínseco que este posee para construir paz en los territorios desde lo cotidiano, la cultura, la resistencia y la pluralidad de definiciones de paz.

El giro de lo internacional a lo local

En la posguerra fría el interés de los académicos y de la comunidad internacional se centró en el análisis de los conflictos internos y en la resolución de conflictos armados domésticos, lo que implicó necesariamente que se empezara a estudiar detenidamente el tema de la construcción de paz. Así, en la década de los noventa, la consolidación de la paz comenzó a interpretarse en la literatura no solo como el cese al fuego o a las hostilidades entre los actores en disputa, sino también como un medio para la reconstrucción del aparato estatal y de las sociedades que estaban atravesando un conflicto, siendo los Estados y las organizaciones internacionales bajo su mandato los actores fundamentales en la construcción de paz.

La tendencia a situar al Estado en el centro como el pilar sobre el cual debía construirse la paz se extendió ampliamente, bajo el argumento de que este era la principal unidad política, económica y cultural en capacidad de garantizar y mantener el orden después en un conflicto. En términos metodológicos, la consolidación de la paz fue entendida como un asunto de carácter nacional e internacional, encaminada al fortalecimiento del Estado y sus instituciones. De este modo, el mantenimiento de la soberanía estatal era una de las prioridades de los gobiernos, y la paz era un tema que concernía a diplomáticos y a las altas esferas de la sociedad. Esta noción que equipara la paz con la construcción de Estado se justificaba con las ideas del liberalismo que propendían por la seguridad estatal, el libre mercado y las libertades civiles.

A esta forma de construcción de paz se le conoce en la literatura como paz liberal u ortodoxa. Esta constituye el modo dominante de consolidación de paz promovido por los Estados líderes y los actores poderosos del norte global, así como por las organizaciones internacionales (como por ejemplo la Organización de las Naciones Unidas) y las instituciones financieras internacionales. Vista así, la paz conlleva la intervención externa, la mediación y la resolución de los conflictos por medio de la puesta en marcha de valores liberales centrados en el fortalecimiento de las instituciones del Estado. Desde esta óptica, son los actores externos quienes poseen el conocimiento técnico necesario para impulsar la paz, y los actores locales son únicamente los receptores de dicho conocimiento formal.

Es así como la importancia de lo local y de las visiones localizadas de consolidación de la paz eran desestimadas. La naturaleza Estado céntrica de las dinámicas de organización humana reforzaba la idea de que el ámbito local era desordenado, propenso al desastre y violento, pero que al mismo tiempo era pasivo y susceptible de ser controlado. No obstante, la incapacidad de las Naciones Unidas y de la comunidad internacional de mantener una paz estable en países como Somalia o Ruanda a través de sus intervenciones externas de paz, hizo que la academia criticara el orden liberal implementado por el grueso de Estados de la comunidad internacional y empezara a reconocer que la modernidad y los procesos asociados a ella habían marginado a lo local. Esto hizo que se cambiara de perspectiva, abriendo entonces el debate en la teoría y en la práctica de la construcción de paz, pasando de lo internacional a un énfasis en la esfera local.

Como lo ha expuesto Paffenholz (2014; 2015), esto tuvo dos implicaciones en las líneas de investigación sobre la paz. Por un lado, desde la escuela de la gestión de los conflictos, se procuró buscar maneras para mejorar las actuales intervenciones externas de paz, es decir, se incorporó la noción de lo local, pero se continuó con los preceptos de la paz liberal. Por otro lado, desde la escuela de la transformación de los conflictos, se hizo hincapié en el rol que tienen los actores locales y la sociedad civil en la construcción de paz. En otras palabras, se puso en un primer plano a la comunidad como agente de paz, y se subrayó la necesidad de empoderar a la población local como sujetos activos en la transformación del conflicto y la construcción de la paz. En este punto, la idea de paz comenzó a incorporar el contexto y las comunidades locales, resaltando las prácticas locales como impulsoras de paz y dando lugar a la denominada paz desde abajo o local.

Esta tendencia de la escuela de la transformación de los conflictos generó un cambio en los estudios más grandes de paz y conflictos, gracias al trabajo de John Paul Lederach y su teoría de la construcción de paz transformadora. Lederach (2007) parte de la idea de que es preciso ver en la población local y su cultura, recursos valiosos para la consolidación de la paz a largo plazo. Para él, la reconciliación, comprendida como la reconstrucción de las relaciones sociales en sociedades divididas, debe verse como el objetivo de una construcción de paz sostenible; haciendo énfasis en la reconstrucción de relaciones en doble vía, es decir, de arriba hacia abajo (*top-down*) y de abajo hacia arriba (*bottom-up*). Siguiendo sus planteamientos, puede decirse que los actores domésticos en diferentes niveles de la sociedad son igualmente importantes que los actores internacionales.

En su libro *Construyendo la paz: reconciliación sostenible en sociedades divididas*, el autor argumenta que la construcción de paz es un proceso a largo plazo que supone la transformación desde la guerra hacia la paz, donde se hace necesario el establecimiento de infraestructuras que posibiliten la reconciliación en todos los niveles de la sociedad. Es por esto que Lederach formula un modelo analítico que se fundamenta en el supuesto de que las poblaciones que han sido afectadas por un conflicto cuentan con diversos actores y líderes que inciden en la construcción de paz, que pueden clasificarse en una especie de pirámide. En ese sentido, su modelo divide una población afectada en tres niveles de liderazgo: el superior, el medio y el de base.



Figura 1. Actores y enfoques de la construcción de paz. Tomado de Lederach (2007, p. 72).

Según Lederach (2007), el nivel de liderazgo superior cuenta con un número reducido de personas, entre los que se encuentran los máximos líderes políticos, militares y religiosos de una sociedad. El enfoque para la paz que se asume desde este nivel se sustenta en establecer un cese al fuego y

en la puesta en marcha de negociaciones adelantadas por mediadores visibles. Por su parte, en el nivel de liderazgo medio, se encuentran líderes respetados de diversos sectores, como lo son los líderes étnicos, empresariales, académicos y humanitarios, donde destacan las organizaciones no gubernamentales (ONGs). Estos actores se aproximan a la construcción de paz a través de la formación y la ejecución de talleres sobre resolución de problemas, así como a través del establecimiento de comisiones de paz y equipos internos de trabajo. Por último, el nivel de liderazgo de la base, al ser el cimiento de la pirámide, es el que representa a la sociedad civil en general, donde pueden encontrarse líderes comunitarios y líderes de comisiones locales de paz, de ONGs autóctonas y de campos de refugiados. Las actividades de transformación de conflictos que se emprenden desde este nivel están encaminadas a formar a las bases, a ofrecer atención psicosocial y a establecer comisiones locales de paz que contribuyan a la reducción de prejuicios.

Partiendo de la teoría de sistemas, Lederach considera que los líderes del nivel medio de la sociedad son quienes tienen el mayor potencial de consolidación de una infraestructura para la paz, debido a que, por su posición, tienen la oportunidad de influir tanto en el nivel superior o nacional, como en el inferior o de base, favoreciendo al mismo tiempo acciones a corto plazo para frenar el conflicto y acciones a largo plazo que dan lugar a una paz sostenible. De esta manera, lo local en los planteamientos de Lederach es entendido desde el nivel de liderazgo medio, donde “local” hace referencia a un área o esfera que se define por su potencial en la construcción de paz.

Al hablar del rol que juegan los actores externos dentro de este modelo, Lederach plantea que estos deben, por medio de un acercamiento sensible y respetuoso, limitarse a prestar apoyo a lo local (Paffenholz, 2014). De ahí que la relación que se establece entre los actores locales y externos es de colaboración, en donde los actores locales del nivel medio orientan el rumbo de los procesos de paz bajo el apoyo de actores internacionales que ofrecen su conocimiento y recursos a través de capacitaciones que fortalecen las habilidades de los locales para construir paz (Paffenholz, 2015).

Los postulados de Lederach y de la escuela de transformación de conflictos sentaron así las bases para lo que se ha conocido en los estudios de paz como el “giro local”, esto es, la comprensión de que la esfera local juega un rol importante en la construcción de una paz sostenible, y de que el contexto, la agencia y las comunidades locales deben ser tenidas en cuenta en los procesos de

construcción de paz. Este supuesto, que ha significado un cambio de enfoque al centrarse no en lo internacional sino en lo local como elemento esencial de la paz, ha servido de guía en la práctica de las intervenciones internacionales de construcción de paz, al igual que ha influenciado ampliamente la literatura y los estudios de paz. Con todo, en los últimos años esta teoría ha empezado a ser revisada de manera más crítica y algunos aspectos han sido problematizados y profundizados, incluso por el mismo Lederach.

Muestra de ello son los análisis sobre cómo la teoría de la transformación de conflictos se ha extendido en la práctica, advirtiendo de una relación ambivalente. Paffenholz (2014) nota que en los últimos veinte años, pese a que aparentemente se ha utilizado en las intervenciones de paz el modelo propuesto por Lederach, su aplicación no siempre ha redundado en los resultados positivos que se desprenden de la teoría. La autora identifica tres razones: 1) se tiene un entendimiento limitado sobre lo local por parte de lo internacional, romantizando esta esfera como homogénea y benevolente, ignorando su diversidad; 2) desde lo internacional se implementan estrategias de apoyo circunscritas a aspectos técnicos, hecho que contribuye a canalizar los recursos a través de ONGs que tienen un impacto reducido, excluyendo así a la multiplicidad de iniciativas desde la base; y 3) se le ha otorgado un estatus de “mantra” a la teoría de Lederach, por lo que esta suele aplicarse indistintamente sin considerar las repercusiones para las comunidades locales.

En este último punto, Paffenholz (2014) muestra que la evidencia empírica ha develado aspectos que no son examinados a profundidad desde la teoría, como el hecho de que son los actores del nivel de liderazgo superior quienes influyen más en la definición de la paz y no los del nivel medio, o el hecho de que las actividades del nivel de liderazgo medio están supeditadas en gran medida a lo que se proponga desde el nivel superior, y más aún, el hecho de que el nivel de liderazgo de la base ha demostrado un gran potencial en la construcción de paz, independientemente de lo que se realice en los otros dos niveles. En consecuencia, la autora ha invitado a mirar más allá del nivel superior de liderazgo, reconociendo como Lederach que el nivel intermedio es clave, pero también defendiendo que el nivel de base debe ser priorizado en los análisis por derecho propio.

Propuestas como la de Paffenholz, se han enmarcado en lo que se conoce como un segundo giro a lo local que, en esencia, es el fortalecimiento del primero, pero con argumentos más críticos frente

a los poderes hegemónicos de los actores de la paz liberal, abordando así cuestiones como la agencia local, la resistencia y la emancipación. Es así como la discusión crítica sobre qué es lo local, en qué consiste y cuáles son las consecuencias que esto tiene para la construcción de paz sigue vigente. Las percepciones en los últimos años han sido altamente debatidas y controvertidas en la literatura, pues para unos es una estrategia por parte de actores externos para legitimar los procesos de paz y renunciar a la responsabilidad en caso de fracasar en las intervenciones de paz (Mac Ginty y Richmond, 2013), mientras para otros, se trata realmente de una forma de resistencia a los discursos dominantes (Paffenholz, 2015) y de paz alternativa (Courtheyn, 2017a).

Dentro de la literatura es posible identificar dos dimensiones centrales sobre las cuales se enmarcan las discusiones sobre el actual giro local. En línea con lo que plantean Leonardsson y Rudd (2015), la primera dimensión hace referencia a lo local como un medio de construcción efectivo de la paz. La literatura aquí defiende los gobiernos subnacionales como pilares en la construcción de la paz, haciendo hincapié en la apropiación y la capacidad locales. Igualmente, se discuten las relaciones que se establecen entre los actores internacionales, nacionales y locales durante los procesos de construcción de paz, encontrando que lo local puede dar lugar a una paz sostenible en la medida que reduce los costos de las intervenciones de paz y contribuye a generar legitimidad.

La segunda dimensión, por su parte, se centra en lo local como un medio de emancipación expresado a través del énfasis en las voces de abajo (Leonardsson y Rudd, 2015). La literatura aquí examina lo local por derecho propio, argumenta en favor de la inclusión de la agencia local y critica la forma en que lo local ha sido interpretado en la construcción de la paz hasta ahora. De este modo, se ocupa de la construcción de paz desde los eventos cotidianos de las comunidades, así como de los esfuerzos locales de resistencia y de la definición de ‘paces’ alternativas a la tradicional paz liberal o desde arriba.

Lo local como un medio de construcción efectivo de la paz: una visión desde lo internacional

Esta primera dimensión en la literatura se aproxima a lo local tomándolo como una esfera o un actor de paz dentro de procesos para la construcción de esta última en ámbitos de mayor amplitud. Esta tendencia, que es la que ha predominado en los estudios de paz y conflictos continuando lo

propuesto por Lederach, ha centrado sus esfuerzos en teorizar sobre el valor de reconocer lo local como un componente en los procesos de construcción de paz, es decir, se ocupa específicamente del concepto y la idea de lo local en relación o contraposición a lo internacional. Así, es posible agrupar aquí autores como Roger Mac Ginty y Oliver Richmond (2013), Timothy Donais (2009), David Roberts (2011) y Annika Björkdahl y Kristine Höglund (2013), que incluyen en sus discusiones cuestiones que dan cuenta del giro al ámbito local en la construcción de paz y su importancia en la consolidación de intervenciones de paz efectivas, sostenibles y legítimas.

Desde esta dimensión, se argumenta que el giro local se presenta como una respuesta a los desaciertos de la paz liberal, y que este propende por una construcción efectiva de la paz por medio de la inclusión de lo local, es decir, la incorporación de las organizaciones y procesos de base de las comunidades locales dentro de las intervenciones de paz del norte global con el fin de fortalecerlas y hacerlas sostenibles (Mac Ginty y Richmond, 2013). La premisa es que la construcción de paz adelantada por el Estado o por actores internacionales bajo premisas occidentales no necesariamente se traduce en una paz efectiva o racional y que, por el contrario, es posible que no tenga en cuenta el contexto, las normas e instituciones locales, ni vea en los sujetos de paz que son objeto de intervención, una capacidad de agencia.

En ese sentido, los actores de la paz liberal han instrumentalizado lo local, procurando incluir esta esfera debido a que permite la reducción de los costos de sus intervenciones, posibilita encausar racionalmente los recursos destinados a la construcción de paz y les otorga legitimidad a los procesos de paz dentro de las comunidades (Mac Ginty y Richmond, 2013; Mac Ginty, 2015). En otras palabras, considerando que las medidas liberales de corte *top-down* asumidas por los actores internacionales para manejar los conflictos domésticos resultaron ser insuficientes al momento de consolidar la paz en sociedades que acababan de superar un conflicto, se aboga por un papel más central de lo local en estos procesos, que permita superar varias limitaciones: incluir la esfera local mejora la legitimidad de la que carecen las intervenciones externas de paz dentro de las poblaciones afectadas, a la vez que ayuda a reducir costos.

En contextos de posconflicto, los recursos suelen ser limitados tanto para los Estados como para los donantes internacionales, por lo que orientarlos de manera racional es imprescindible. Es en

este punto donde el potencial de lo local para transformar los conflictos resulta efectivo en la construcción de una paz estable, al mejorar la legitimidad, la participación de las comunidades y el diálogo entre actores. Es por esto que en la literatura de esta dimensión se ha respaldado la puesta de marcha de alteraciones a la paz liberal, es decir, de proyectos que integran los aspectos positivos de la paz liberal y la paz desde la base (Roberts, 2011), reconociendo que no son mutuamente excluyentes (Donais, 2009).

De esta manera, al contextualizar el giro local, la literatura estudia las conexiones que existen entre lo local y lo internacional, sosteniendo que estas relaciones son extremadamente complejas y se encuentran en constante cambio (Mac Ginty y Polanska, 2015), y que esa interacción supone la fricción entre ideas, actores y prácticas dentro de la construcción de paz (Björkdahl y Höglund, 2013). Esta dimensión que define a lo local como un medio que posibilita la construcción efectiva de la paz, propone entender este concepto, entonces, como una construcción de un sistema de creencias y prácticas que las comunidades y redes pueden adoptar (Mac Ginty, 2015), haciendo que la paz, la seguridad y el desarrollo en las sociedades que emergen de conflictos violentos tienda a ser un híbrido entre lo externo y lo local (Mac Ginty, 2010) donde la intervención externa da lugar a una condición en la que coexisten elementos liberales e iliberales, democráticos y antidemocráticos (Belloni, 2012).

Donais (2009) analiza la noción de *local ownership* o apropiación local, definida como el grado en que los actores locales controlan tanto el diseño como la implementación de las políticas de construcción de paz. El autor argumenta que, pese a que se ha extendido el supuesto de que la paz no puede estar impuesta por actores externos y debe estar, más bien, en conexión con las realidades locales, la noción de apropiación local aplicada en la práctica se ha convertido en un ejercicio predominantemente retórico, que ha invisibilizado las tensiones que surgen entre la imposición externa y la apropiación local en los procesos de construcción de paz.

Al analizar dicha tensión, el autor afirma que el debate no debe girar en torno a la prevalencia de lo local o lo internacional, sino que debe procurar una comprensión más matizada de cómo pueden interactuar los actores internacionales y locales conjuntamente frente a los objetivos de una construcción de paz sostenible. De esta manera, en lugar de propender por un proceso enteramente

impuesto por los actores externos o uno enteramente apropiado por actores locales, es preferible encontrar un balance que, por un lado, siga los principios fundamentales del internacionalismo liberal y, por otro lado, sostenga un grado significativo de apropiación local.

Para desarrollar su argumento, Donais (2009) comienza planteando que la incidencia de la apropiación local en los procesos de construcción de paz sostenibles es indiscutible. Aunque es cierto que los actores externos comprenden que la paz debe fundamentarse en lo local y promueven su participación, la realidad es que, por lo general, dichos actores no ceden su rol de autoridad en la toma de decisiones. En ese sentido, la apropiación local termina siendo la transferencia de la responsabilidad de la implementación de políticas de paz definidas externamente a los actores locales. En lugar de reivindicar el valor de lo local, esta retórica despoja la autonomía de los actores locales esperando a que estos adopten sin problema políticas que han sido previamente delineadas por actores ajenos a su realidad.

Según el autor, esta dinámica se fundamenta en tres supuestos: primero, prevalece la idea de que son los expertos externos quienes poseen el conocimiento técnico necesario para implementar políticas en línea con los parámetros de los donantes; segundo, se sigue viendo lo local en términos negativos, por lo cual se piensa que es necesario implementar medidas paternalistas; y tercero, se tiene en cuenta el factor tiempo en la construcción de paz. Este último punto es clave pues considera que, si bien se sabe que las intervenciones de paz requieren un compromiso por parte de los actores externos a largo plazo, también se sabe que los recursos de los donantes son limitados, por lo que los actores externos optan por recurrir a medidas a corto plazo que puedan generar resultados tangibles, mientras relegan a un segundo plano cuestiones como la sostenibilidad de la paz y la inclusión efectiva de lo local, que requieren de más dedicación y tiempo.

Ante este panorama de tensión, Donais (2009) sostiene que es indispensable reconocer que ni los actores locales ni los externos son un cuerpo coherente y homogéneo y que, por el contrario, son diversos en sus intereses y capacidades. La paz sostenible se consigue, entonces, con la participación efectiva de una masa crítica de la sociedad en capacidad de objetar las políticas diseñadas externamente, incorporando elementos arraigados localmente. De este modo, es preferible ver la construcción de paz como un intercambio cultural, donde confluyen elementos

externos y locales, creando un orden más estable. Reconciliar las realidades domésticas con las normas internacionales es una solución lógica teniendo en cuenta, por un lado, que tanto los recursos internacionales como locales son necesarios para la construcción de paz exitosa y, por otro lado, que ni la apropiación local ni la imposición externa en excesos son deseables.

De lo anterior, se deriva la conclusión de que los procesos de paz exitosos deben terminar necesariamente en una hibridación negociada, lograda a través de consensos horizontales y verticales, es decir, entre la variedad de actores locales, pero también entre los actores nacionales e internacionales (Donais, 2009). Este planteamiento es retomado por Roberts (2011), quien igualmente sugiere que lo internacional y lo local son esferas que no funcionan del todo bien por sí mismas, por lo que es útil buscar un balance entre ambas. El autor explica que entre los académicos existe la tendencia a pensar que estas esferas son mutuamente excluyentes, hecho que no permite ofrecer soluciones viables a las tensiones entre los promotores de la paz liberal y los promotores de las corrientes críticas. Sin embargo, ambas propuestas pueden converger en torno a un mismo proyecto que reúna al mismo tiempo las prioridades globales y las locales.

Roberts (2011) propone que es posible concebir un proceso de construcción de paz en donde se fusionen componentes, intereses y valores de la paz liberal y de la paz desde la base. Aunque el autor reconoce que hay elementos de la paz liberal que excluyen la participación de los contextos locales, también hay aspectos de la ideología liberal que no deben ser desestimados, como su inclinación por los derechos humanos y la democracia. Es por esto que la convergencia de esos aspectos positivos, junto con las ideas de la paz desde lo local que privilegian un enfoque que atiende las necesidades locales, puede dar lugar a una paz más robusta que la población vea como legítima. De este modo se plantea que, si las instituciones liberales logran atender la voluntad popular y si la investigación crítica aporta en relación a los métodos para identificar esa voluntad, se podrá materializar una paz legítima que sirva a los intereses internacionales y locales.

Vale señalar que, si bien una paz que integre lo local y lo internacional en un mismo proyecto es el ideal, tanto Donais (2009) como Roberts (2011) advierten que la inclusión de lo local en las intervenciones de paz es algo que no siempre se evidencia en la práctica. A diferencia de la teoría sobre la construcción de paz, en la práctica se refleja un desbalance de poderes entre los actores

externos e internos. Por lo general, el ámbito internacional es el que controla los recursos materiales y centraliza la toma de decisiones, haciendo que la participación de lo local sea mínima o que su involucramiento sea retórico. Lo anterior, supone un riesgo en el alcance que puedan tener los proyectos en pro de la paz, así como en la legitimidad de los mismos, pues se aliena a la población local. Este dilema que se presenta entre apropiación e imposición deja ver un vacío entre la capacidad de creación de instituciones por parte de los actores internacionales y su poca habilidad para hacer que estas sean efectivas y legítimas (Donais, 2009). Es allí donde incluir lo local, no como un sujeto pasivo, sino como un agente central en la transformación de los conflictos, redundan positivamente en la construcción de paz a largo plazo.

En línea con esa lógica, en la literatura se presentan una variedad de autores que como Donais y Roberts, proponen la constitución de un modelo híbrido de paz, que involucre aspectos internacionales y locales. Mac Ginty (2010) y Belloni (2012), por ejemplo, analizan la construcción de la paz híbrida, definiéndola como el resultado de la cooperación y competencia de diversos actores internacionales y locales en diferentes agendas temáticas, lo que implica la coexistencia o el choque entre normas, prácticas e instituciones liberales e iliberales. En ese sentido, se entiende que lo local no es necesariamente incompatible con lo internacional, sugiriendo que la noción de paz híbrida propone una paz que es dinámica, fluida y que se encuentra en constante cambio, a diferencia de los procesos de consolidación de la paz monolíticos y hegemónicos de la comunidad internacional.

Desde esta óptica híbrida, ni lo local ni lo internacional son estáticos, por lo que es posible concebir a los procesos de paz y desarrollo como un compuesto de fuerzas exógenas y endógenas. De ahí que la hibridación de las instituciones liberales y democráticas formales a través de la presencia e influencia de las formas tradicionales y locales de gobierno haya proporcionado un grado de integración y estabilidad en contextos de posconflicto. La importancia de las estructuras híbridas al momento de construir paz radica, entonces, en que se reconoce que la paz no supone la implementación de una visión unidireccional y *top-down* donde los Estados y los actores internacionales son quienes imponen o determinan el curso de las intervenciones de paz, sino que la paz supone considerar la agencia de los actores locales, quienes tienen la capacidad de incidir significativamente en la calidad, la legitimidad y el grado de estabilidad de la paz.

Es por eso que esta dimensión de la literatura, al hacer especial énfasis en la paz híbrida, puede entenderse como una manera de pensar en alteraciones a la paz liberal, haciendo que esta sea más cercana a lo local y represente a un mayor número de personas. Las implicaciones de esto van en doble vía: a nivel ontológico, conlleva superar el imaginario de que el Estado es el único actor central en la construcción de paz, develando que los actores, contextos y visiones locales resultan valiosos en la construcción de paz; a nivel metodológico, ha significado comprender lo local no como un lugar o zona específica, sino como un entramado de prácticas, creencias, redes y relaciones. De esta manera, la noción de hibridación supone un rechazo a la visión universalista de que los preceptos liberales son aplicables en todos los contextos, evidenciando que lo local debe ser atendido particularmente, pero también sugiriendo que los actores locales tienen agencia para moldear o rechazar las intervenciones de paz.

Con todo, la conceptualización de la paz híbrida presenta algunas limitaciones. Como lo ha señalado Paffenholz (2015), existe una ambivalencia sobre el rol del Estado y los actores internacionales, en relación a si estos deben predominar más con el fin de proveer bienes o si solo deben ser un apoyo a lo local. La realidad es que la noción de hibridación reproduce unas dinámicas de poder asimétricas donde sigue prevaleciendo lo internacional, hecho que genera dudas sobre la clase de paz híbrida que se va a implementar, así como sobre la calidad de gobernanza que esta pueda sostener. Luego, existe una débil conceptualización de lo local dentro de las estructuras híbridas, que desconoce aspectos como el rol de las élites locales, el riesgo de que lo local sea cooptado, el hecho de que lo híbrido puede socavar la agencia local o que lo internacional puede chocar con estructuras existentes de gobernanza locales. Aún más, aunque se plantea que la paz híbrida puede ser beneficiosa, esto no se operacionaliza y ni se refleja en la práctica, lo que demuestra la ambigüedad para abordar cómo se genera la hibridación de los actores externos a la luz de las tensiones que se presentan con los actores locales.

Autores como Mac Ginty y Polanska (2015) y Björkdahl y Höglund (2013) hablan precisamente de esa interacción y de las tensiones que se presentan entre los actores, los discursos y las prácticas involucradas en la construcción de paz. De acuerdo con los autores, reconocer dichas tensiones permite reorientar nuestras concepciones con el fin de tener un mayor entendimiento de cómo lo

local y lo internacional se relacionan entre sí. Analizar estos dos niveles, revela que hay actores que impulsan el cambio social positiva y negativamente en todos los niveles de la sociedad.

Björkdahl y Höglund (2013) emplean el concepto de fricción para dar cuenta de las dimensiones conflictivas que surgen de la interacción entre lo internacional/global y lo local. Las autoras argumentan que la interacción “friccional” entre actores, discursos y prácticas da lugar a nuevas realidades que comprenden tanto elementos globales como locales, alterando así las relaciones de poder, transformando la agencia, y mediando las prácticas relacionadas con la construcción de paz. De este modo, el concepto desafía una comprensión simplista de los procesos de consolidación de la paz y, en cambio, reconoce los elementos conflictivos inherentes de tales esfuerzos.

La noción de fricción que proponen Björkdahl y Höglund (2013) destaca las relaciones verticales y asimétricas entre lo global y lo local, mostrando que los encuentros entre estas dos esferas generalmente tienen como objeto una lucha por el poder, que da paso a un proceso desigual e incierto en el que confluencia lo global y lo local para mediar y negociar, creando nuevas dinámicas, agencias y estructuras. No obstante, la fricción como concepto, va más allá y supera algunas limitaciones que supone la noción de hibridación con respecto a la calidad de la paz híbrida y si esta es una alternativa aceptable para los actores locales. Luego, la fricción arroja luz sobre aspectos que la hibridación deja relativamente poco teorizados, como lo es el potencial que tienen los encuentros conflictivos entre los actores de la construcción de paz, tanto para el empoderamiento o “desempoderamiento” de los actores locales.

Hasta aquí se ha pretendido argumentar que el aporte de esta primera dimensión identificada en la literatura radica en que esta asume una postura más crítica frente al rol de lo local en la construcción de paz. Desde esta dimensión, se va más allá de los planteamientos que en un inicio sugirió Lederach, cuestionando sustancialmente la paz liberal, adelantada desde arriba, desde el Estado y desde los actores externos. Así, se defiende que la inclusión de lo local en los esfuerzos de paz contribuye no solo a reducir los costos de las intervenciones y a orientar racionalmente los recursos, sino que permite aumentar la efectividad y la legitimidad de los procesos de construcción de paz. Esto hace que la paz no se trate de un ejercicio unidireccional impuesto por actores ajenos a las realidades locales, sino que sea un híbrido entre lo local y lo internacional.

Con todo, una limitación de esta dimensión es, precisamente, que no deja de ver lo local sujeto a lo internacional, es decir, pese a que se critica el proyecto liberal de construcción de paz, se continúa pensando en lo local como un componente de un proceso más grande o *top-down*. Esto tiene como consecuencia que en la literatura se presenten propuestas que abogan por alteraciones a la paz liberal y no a la búsqueda de alternativas a esta última, lo que sugiere una dependencia a las dinámicas de los actores internacionales que restringe la agencia de los actores locales.

Lo local como un medio de emancipación: la esfera local por derecho propio

La segunda dimensión identificada en la literatura en torno al desarrollo de la noción de lo local asume una postura aún más crítica sobre la manera en la que lo local ha sido abordado en los estudios de paz. Pese a que esta dimensión se encuentra estrechamente ligada a la primera, este enfoque se caracteriza más por aproximarse a lo local desde el valor intrínseco que este ámbito posee para construir paz en los territorios. Es decir, a diferencia de la primera dimensión que tiende a evaluar cómo lo internacional ha involucrado a las comunidades y contextos locales en sus intervenciones de paz con la finalidad de fortalecerlas y revestirlas de legitimidad, esta segunda dimensión hace hincapié en la importancia de reconocer las iniciativas locales de paz independientes o por derecho propio, poniendo en un primer plano factores que hasta el momento habían sido considerados secundarios como la resistencia, la agencia, la cultura o el territorio.

De esta manera, la literatura que se enmarca en esta dimensión presenta alternativas a la paz liberal, recalcando la necesidad de escuchar las voces de “abajo”, de las comunidades, y de percibir críticamente las agendas internacionales de construcción de paz en la medida que estas ignoran lo local, más allá de incluirlo retóricamente en sus documentos de política o en sus intervenciones (Leonardsson y Rudd, 2015). Se defiende, entonces, una paz construida desde abajo y un estudio multidisciplinario que supere la construcción de lo local y lo internacional como opuestos binarios, pero que también supere los enfoques centrados excesivamente en los actores internacionales occidentales (Paffenholz, 2015).

Lo anterior, supone una transformación del giro local hacia un compromiso más profundo con la cultura, donde los aportes de los enfoques antropológicos son fundamentales en tanto

conceptualizan lo local más allá de un nivel más de administración política (Bräuchler y Naucke, 2017). Igualmente, cobran relevancia aquí los aportes de la geografía, al replantear las nociones tradicionales de la paz y el territorio, formulando nuevas concepciones más allá de la paz liberal moderna. Específicamente, se desafía la noción de paz como una condición alcanzada, y en cambio, se define la paz como un proceso espacial y político (Courtheyn, 2017a), abriendo el espacio para hablar de la existencia de una pluralidad de paces.

La literatura ubicada en esta dimensión argumenta así en favor de lo local como un medio de emancipación (Leonardsson y Rudd, 2015), expresado en las reglas, acuerdos, redes y relaciones que tienen lugar en las comunidades que han atravesado un conflicto. Desde esta óptica, la construcción de paz local se explica a partir de las prácticas cotidianas, definidas como los métodos que utilizan a diario los individuos para transitar y continuar con sus vidas en sociedades profundamente divididas (Mac Ginty, 2014). Estas prácticas tienen como propósito no solo la autoprotección de las comunidades frente a la violencia producto del conflicto, si no también la satisfacción de sus necesidades básicas, como el acceso a servicios, alimentación, educación, entre otros. Así, aunque estas prácticas no pueden por sí mismas acabar con la violencia, no se puede negar que son fundamentales a la hora de mejorar la calidad de vida de las comunidades.

En otras palabras, se trata de estrategias que, ante el conflicto y la ausencia del Estado, las comunidades ponen en marcha en sus territorios para mejorar sus condiciones de vida a partir de sus propios conocimientos y experiencias. Como se verá más adelante y en el segundo capítulo, casos como los de las comunidades en San José de Apartadó o en Samaniego, han dado cuenta de cómo la misma población, desde prácticas surgidas en una esfera informal, ha logrado proveerse su seguridad y bienestar en medio del conflicto. Estos casos, asimismo, evidencian la incorporación de la agencia local en las discusiones sobre la construcción de paz, entendiéndola como una necesidad humana que los individuos luchan por obtener y utilizar (Hancock, 2018).

Retomando y teniendo en cuenta los argumentos de esta dimensión, Leonardsson y Rudd (2015) y Paffenholz (2015), comienzan por hacer una lectura crítica del giro local en la construcción de paz, examinando sus debilidades y fortalezas. Paffenholz (2015) sostiene que, aunque el giro local ha sido una tarea relevante y muy necesaria para desafiar la investigación y práctica ortodoxa de

construcción de la paz, los debates dominantes dentro de la literatura sufren de una serie de problemas y contradicciones que limitan su relevancia, entre ellos, la construcción de lo local y lo internacional como opuestos binarios o como esferas irreconciliables en constante yuxtaposición.

De ahí se derivan otras cuestiones problemáticas como lo son la débil conceptualización de lo local, el énfasis en los actores internacionales occidentales y la interpretación romántica de las estructuras híbridas en la construcción de paz. En otras palabras, Paffenholz (2015) sugiere que el giro local se ve obstaculizado por una comprensión esencialista de lo local y lo internacional, que se presentan como los únicos lugares relevantes de poder o resistencia. Así, la recomendación es una comprensión matizada de los actores involucrados en la paz y la construcción del Estado, que se base en un mayor componente empírico y un enfoque multidisciplinar.

Bajo ese supuesto, Bräuchler y Naucke (2017) llevan el debate del giro local en los estudios de paz a otra disciplina, incorporando así elementos de la antropología con el fin de entender cómo lo local puede ser un importante punto de referencia en los estudios de paz. De este modo, los autores aseguran que la antropología puede ofrecer un potencial emancipador, en la medida que introduce a la discusión cuestiones como la tradición, la cultura, la agencia individual o los problemas de poder, que ayudan a comprender mejor las conceptualizaciones y construcciones actuales de lo local en la construcción de la paz por parte de actores locales, nacionales e internacionales. Además, algo fundamental que se resalta de esta disciplina, es que insiste en la necesidad y la importancia de la investigación etnográfica al momento de estudiar la construcción de paz desde lo local.

De ahí que Bräuchler y Naucke (2017) sostienen que la contribución central de la investigación antropológica en los estudios de paz reside en su enfoque basado en el lugar, que combina la dimensión metodológica y conceptual de lo local. A nivel metodológico, la antropología se sustenta en el trabajo de campo en espacios locales específicos, mientras a nivel conceptual, lo local se entiende como una construcción cultural que es relativa al contexto, a las ideas y a las prácticas específicas de una comunidad. Las implicaciones de esto son significativas en la teoría y en la práctica, pues permite resaltar las habilidades que tienen los actores locales para construir

paz independientemente de otros actores, es decir, su capacidad para adelantar y sostener procesos por derecho propio.

Igualmente, Naucke (2017) añade que un aporte de la antropología se hace desde el estudio del Estado. El autor explica que los enfoques tradicionales de la paz se basan en un modelo normativo que defiende la existencia de un Estado soberano, occidental, democrático y garante de la seguridad y la paz, ignorando que en la práctica los Estados son diversos. Según Naucke, buena parte de los profesionales y académicos de la construcción de la paz, dan por sentado que el Estado tiene interés en el orden público pacífico, y que los actores locales no tienen potencial para la transformación de la paz.

En contraste, la antropología, gracias a su amplia investigación empírica, ofrece una mejor conceptualización del funcionamiento del Estado y de las prácticas de las comunidades locales. La antropología no sigue modelos normativos para estudiar al Estado, si no que lo considera a partir de como este funciona realmente en la práctica. En ese sentido, plantea que el Estado es un entramado de instituciones con múltiples intereses que pueden ser contradictorios entre sí, por lo que no se trata de una entidad monolítica como lo postulan los modelos tradicionales, sino que se trata más bien de una compleja articulación de instituciones que no tienen un propósito de existencia a priori como lo es la construcción de paz o la seguridad (Naucke, 2017). Esto permite explicar por qué prácticas como la corrupción o las violaciones de derechos humanos por parte de la fuerza pública, que desde un modelo normativo del Estado son consideradas como señal de fracaso, pueden ser entendidas de hecho como prácticas racionales que las instituciones estatales despliegan basándose en sus intereses reales.

En Colombia, por ejemplo, la violencia perpetrada por los grupos armados generalmente se ha explicado desde argumentos que aluden a la ausencia o debilidad del Estado en el territorio. Sin embargo, la antropología ha demostrado que la debilidad de esas instituciones estatales no necesariamente se traduce en una ausencia de gobernanza y, por el contrario, se trata de una estrategia que responde a unos intereses deliberados del Estado para garantizar dicha gobernanza en medio de la guerra. Muestra de ello, es la coexistencia e incluso alianza que se ha dado entre

las instituciones estatales y los grupos paramilitares en el país, que ha posibilitado que el Estado sea eximido de cualquier responsabilidad por la violencia.

Es por eso que Naucke (2017) sostiene que en la práctica los Estados no están forzosamente interesados en la paz, lo que abre el espacio para hablar de iniciativas de paz desde la base, que él llama “construcción de paz al revés”. Los análisis empíricos desde la antropología han evidenciado que, por lo general, estas iniciativas locales parecen ser las únicas con actores interesados y con potencial en la transformación pacífica de los conflictos. En San José de Apartadó, por ejemplo, las relaciones entre las comunidades y el Estado se han caracterizado por la desconfianza y la represión, por lo que estas comunidades frente a la violencia de los actores armados, en lugar de colaborar con ellos o irse de la región, han optado por una tercera vía, independiente de todos los actores en el conflicto, incluido el Estado; se trata de una opción que cuestiona las vías armadas al construir paz por iniciativa propia y desde sus experiencias.

De esta manera, en San José de Apartadó la comunidad ha decidido declararse en ruptura con el Estado en tanto lo considera ilegítimo, a raíz de que históricamente los encuentros entre esta comunidad y las instituciones estatales han estado marcados por promesas incumplidas, corrupción, violencia y opresión, lo cual se ha corroborado precisamente desde investigaciones de tipo etnográfico (Burnyeat, 2017). Al generarse esta ruptura, la comunidad ha generado un proceso interno de construcción de paz orientado no solo a la garantía de su seguridad frente a la violencia derivada del conflicto armado, sino también a garantizar educación, formas de economía local basadas en la solidaridad y la soberanía alimentaria, participación y toma de decisiones colectivas. Por tanto, Naucke (2017) sostiene que los enfoques antropológicos permiten reconocer esas definiciones de la paz de las comunidades locales, quienes la entienden como asumir una posición independiente de los actores armados estatales y no estatales, optando por no colaborar activamente con ellos y centrando sus esfuerzos en mejorar sus condiciones de vida por medio de medidas autosostenibles.

Por su parte, los aportes desde la geografía también son significativos en este punto. Courtheyn (2017b), por ejemplo, sugiere una forma alternativa de conceptualizar el territorio, entendiéndolo como una construcción social a la cual los actores locales le dan significado a partir de sus prácticas

y normas. El autor utiliza el término *alter-territorialidades* para analizar diversas formaciones territoriales, centrando su atención en los sujetos políticos producidos por el conjunto de prácticas, lugares y valores espaciales de un territorio determinado. Courtheyn (2017b) explica que, en contraste con la noción de territorialidad estatal del control sobre la tierra y la población, que produce sujetos nacionalistas y capitalistas, los proyectos de paz de las comunidades producen sujetos comunitarios y solidarios que nutren una territorialidad relacional entre los humanos y la naturaleza, así como entre todas las comunidades que resisten la violencia estatal-corporativa. Es así como un enfoque más amplio y sistemático para conceptualizar el territorio nos permite ver la complejidad de diversas producciones del espacio político y permite pensar en una paz alternativa.

Considerando lo anterior, es posible concebir imaginarios a partir de los cuales analizar la paz y formular nuevas concepciones más allá de la paz liberal moderna. Courtheyn (2017a) da cuenta de los aportes que en ese sentido pueden brindar las geografías de paz y la investigación de la paz trans-racional, como subcampos de los estudios de paz. Los enfoques geográficos de la paz permiten entender que la paz no es una condición lejana que es alcanzada solo a través de los Estados, sino que se trata de una construcción social, esto es, un proceso espacial y político que se nutre de las prácticas cotidianas de las comunidades locales. Es por esto que puede postularse la existencia de una pluralidad de paces, que son únicas y se construyen desde las realidades temporales, espaciales y culturales de una población.

Ahora bien, Courtheyn advierte que no todas las paces son intrínsecamente buenas, es decir, no todas están necesariamente encaminadas a una construcción de paz real. El autor formula, entonces, un marco normativo para evaluar esa multiplicidad de paces, para lo cual el concepto de *paz radical trans-relacional*, entendida como dignidad ecológica creada a través de redes de solidaridad de movimientos sociales, puede ser útil, al dar cuenta de un aspecto clave que supone la paz local, como lo es la idea de una ontología relacional, tanto con la naturaleza no-humana como con las demás comunidades en resistencia.

Ese tipo de paces alternativas de las que habla Courtheyn, son las que se construyen en la gran mayoría de zonas de paz o territorios de paz, como el de San José de Apartadó mencionado más arriba. Así, varios autores han postulado la idea de que estas comunidades construyen la paz en

sus territorios desde sus prácticas cotidianas, como una forma de procurarse protección de la violencia de actores armados. Según Roberts (2011), lo "cotidiano" hace referencia a las formas socialmente sancionadas por medio de las cuales las personas superan las limitaciones de su entorno, asegurando su propia supervivencia a la luz de una autoridad inadecuada, desinteresada e incompetente. Es decir, son las prácticas que utilizan las comunidades para proveerse por sí mismas sus necesidades básicas, su organización social e incluso sus leyes.

Siguiendo a Roberts (2011), la idea de lo "cotidiano" tiene que ver con una comprensión más amplia de lo que es la seguridad, a diferencia de la idea de seguridad privilegiada en la construcción de paz ortodoxa. Esta última, asigna el monopolio legítimo de la fuerza a las instituciones estatales ignorando que, en contextos de posconflicto, generalmente la seguridad y la paz no se encuentran asociadas a la institucionalización de corte liberal, sino más bien, a la superación individual de contingencias rutinarias y cotidianas que son desconocidas para la mayoría de los formuladores de políticas internacionales en el campo de la consolidación de la paz.

Un ejemplo para la ilustrar lo anterior puede encontrarse en los resultados que arrojó un estudio realizado en comunidades locales en Sudáfrica, Sudán del Sur, Uganda y Zimbabwe. El proyecto tenía como objetivo identificar indicadores comunitarios de paz y de amenazas a la paz. Así, a través de grupos focales, se alentó a las personas a desarrollar su propio conjunto de indicadores. En especial, hubo un indicador de inseguridad que llamó la atención y fue el ladrido de los perros. Para estas comunidades, que los perros ladraran en la noche era señal de posibles ladrones o intrusos y, por lo tanto, de inseguridad (Mac Ginty y Firchow, 2016). Es en ese sentido que Roberts explica que la seguridad se torna subjetiva, por lo que hablar de lo "cotidiano" permite que la población local identifique y defina lo que es seguridad e inseguridad bajo sus propios términos.

Con eso en mente, la propuesta de Roberts (2011) es la construcción de una paz que tenga en cuenta las prioridades locales que se derivan de las vidas cotidianas de la población, que él llama paz popular. El autor sostiene que la satisfacción de las necesidades de la población local es fundamental para generar durabilidad, estabilidad y, en especial, legitimidad local en los procesos de construcción de paz. Esa legitimidad no se genera mediante la creación de instituciones que ignoren estas prioridades, por lo que incorporar la idea de lo cotidiano supone la democratización

de la construcción de la paz al hacerla genuinamente participativa, de modo que la voluntad popular determine la naturaleza de la paz que se construirá.

En la misma línea, Mac Ginty (2014) se refiere al concepto de *everyday peace* o paz cotidiana. El autor define las cotidianidades como las prácticas y normas que son implementadas por individuos y grupos en sociedades profundamente divididas con el fin de evitar y minimizar los conflictos. Es así como la paz cotidiana, centrada en dichas medidas *bottom-up*, se muestra como una alternativa ante la deficiencia de los enfoques *top-down* (Mac Ginty, 2014). De este modo, la paz cotidiana permite confrontar la narrativa dominante que asocia el conocimiento formal a los actores externos, y le apunta más bien a un conocimiento localizado empático, intuitivo y basado en la observación, el sentido común, las habilidades interpersonales, el contexto específico, la ubicación y el tiempo. Como lo dice el autor, se trata de una paz a menudo subalterna, marginal y no particularmente obvia.

A modo de ilustración, Mac Ginty (2014) cita el caso de Irlanda del Norte donde, pese a que se logró un acuerdo de paz a nivel nacional, las diferencias étnicas entre algunas comunidades persistieron. No obstante, ante esta sociedad dividida, estas comunidades encontraron formas de evitar el conflicto a través de reglas no escritas e informales, como lo era hablar del clima para evitar discutir sobre la guerra civil, o identificar a partir de la forma vestir y expresarse, la identidad o afiliación del otro para saber cómo tratarlo y evitar confrontaciones. Para el autor, este tipo de escenarios sugieren una considerable capacidad de innovación, creatividad e improvisación, así como también una agencia individual fortalecida con respecto al poder que poseen las élites estatales.

En efecto, la paz cotidiana puede entenderse como una forma de agencia, que empodera a las comunidades locales. Otras investigaciones se han ocupado de estudiar este tema, pero desde el análisis de cómo funciona la agencia específicamente en las zonas de paz. Hancock (2018), por ejemplo, parte de la idea de que la agencia aquí debe verse es a través de la idea del poder, es decir, como la posibilidad de actuar y establecer objetivos que sean independientes de factores externos limitantes, como los deseos de los financiadores o de la comunidad internacional. En ese sentido, Hancock y Mitchell (2018) y Hancock (2018), argumentan que la evidencia empírica ha

demostrado que dos aspectos son determinantes en las zonas de paz exitosas, a saber, el control y la apropiación *bottom-up*, así como el desarrollo de actividades encaminadas a abordar más que solo la reducción de la violencia (Hancock, 2018). Lo anterior pone de relieve la necesidad de que sean los actores locales quienes lideren la construcción de paz en sus territorios, a través de medidas que contribuyan al mejoramiento de sus condiciones de vida en lo económico, político, educativo, ambiental, etc.

Este último aspecto, referente al mejoramiento de las condiciones de vida de las comunidades a partir de sus cotidianidades como una forma de paz, ha adquirido importancia recientemente en Colombia gracias a que algunas investigaciones en el país han comenzado a articular la construcción de paz cotidiana con la naturaleza no-humana. Como se vio con Courtheyn (2017b) más arriba, y se verá más adelante con Angela J. Lederach (2017), algunos autores parten de un marco relacional entre las comunidades y la naturaleza, que permite entender que la violencia producto del conflicto armado es experimentada no solo por los seres humanos, sino también por la naturaleza no-humana, siendo un ejemplo de ello la deforestación, los cultivos ilícitos, fumigaciones, extracción de recursos, entre otros. En ese sentido, la construcción de paz se convierte en un ejercicio que debe implicar necesariamente la reconciliación de las comunidades con la tierra, la naturaleza y el medio ambiente.

Hasta este punto, se ha querido demostrar que el aporte de esta segunda dimensión identificada en la literatura es que supera las limitaciones encontradas en la primera, esto es, ver lo local supeditado a lo internacional. La literatura de esta dimensión da cuenta, entonces, de alternativas a la paz liberal, lo que se traduce en la reivindicación de “paces” alternativas, reconociendo las iniciativas locales de paz independientes o por derecho propio. Aquí, son fundamentales los aportes que se han hecho desde la antropología y la geografía, que han conceptualizado de manera más crítica lo local y el territorio. De este modo, se concibe a los procesos adelantados desde lo local no solo como una forma de resistencia a la dominación de actores externos, sino también como una construcción social que contribuye a la generación de condiciones de vida digna, desde la cultura y las cotidianidades. Como se verá en el segundo capítulo, Colombia ha sido epicentro de estos cambios en la construcción de paz, repensando la paz a nivel local desde las conexiones entre lo humano y no humano.

Capítulo II. Una aproximación a la paz desde lo local en Colombia

En los últimos años, en parte gracias al Acuerdo de Paz firmado entre el gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), las experiencias de construcción de paz encaminadas a reducir la violencia derivada del conflicto armado han sido el centro de atención del país y de la comunidad internacional. Sin embargo, es claro que desde hace décadas en Colombia ya se han venido dando avances en materia de una paz construida desde abajo. Pese a los obstáculos, las iniciativas de paz desde lo local se han gestado incluso en las regiones más golpeadas por la violencia. Es así como la literatura en torno a estas iniciativas en Colombia se ha enfocado principalmente en el análisis de los territorios de paz, definidos como territorios en los que la comunidad local se declara neutral procurando persuadir a los actores externos, armados y no armados, a través de medios no-violentos, de cumplir ciertas reglas con el propósito de mitigar los efectos negativos del conflicto (Idler, Garrido y Mouly, 2015).

En el contexto colombiano, el concepto de territorio o comunidad de paz se ha utilizado como el equivalente al de zonas de paz en la literatura más amplia, por lo que los autores especializados han tendido a hacer uso de estos términos de manera intercambiable para referirse al estudio de la construcción de paz desde el nivel local. El objetivo de este capítulo es, entonces, identificar la manera en que la literatura a nivel nacional ha estimado el significado y práctica de la paz desde lo local, haciendo énfasis en el análisis de los territorios de paz. Se argumenta que en la literatura especializada lo local ha sido abordado desde al menos tres perspectivas.

La primera perspectiva es aquella que se ocupa de estudiar lo local a través de la interacción que se da entre los actores locales y los actores externos no estatales (Idler y Paladini Adell, 2015; Idler, Mouly y Garrido, 2018; Hancock y Mitchell, 2018; Idler, Garrido y Mouly, 2015; Alther, 2006). Los autores ubicados en esta línea tienen como punto de partida el hecho de que para entender la construcción de paz desde lo local, deben examinarse primero las relaciones y dinámicas que se establecen entre las comunidades locales y los actores ajenos a su comunidad, como por ejemplo los grupos armados o las organizaciones no gubernamentales (ONGs), dado que los esfuerzos locales no se producen en un vacío y, por el contrario, se encuentran inmersos en un contexto con una multiplicidad de actores que presentan estrategias e intereses distintos.

La segunda perspectiva que es posible identificar en la literatura corresponde a aquellas investigaciones que se aproximan a lo local a partir de su interacción con el contexto o nivel nacional (Mouly y Garrido, 2018; Mitchell y Rojas, 2012; Rodríguez, 2012). Al igual que en la primera perspectiva, los autores en este punto advierten que las iniciativas de paz a nivel local surgen dentro de un contexto específico, por lo que la necesidad de estudiar la interacción entre los niveles nacional y local es un aspecto que contribuye a comprender los factores a nivel nacional que pueden potenciar o debilitar los esfuerzos locales de paz.

La tercera perspectiva, hace referencia a aquellos autores que ponen de relieve a las comunidades locales, sus procesos, sus percepciones, sus prácticas cotidianas y concepciones de paz en el centro de la discusión, destacando el papel clave que juega lo local a la hora de concebir la construcción de paz (Courtheyn, 2016; 2017b; Naucke, 2017; Burnyeat, 2017; 2013; Rojas, 2004; Mouly, Idler y Garrido, 2015). La literatura aquí se ha centrado en el análisis de casos puntuales de esfuerzos de paz que han emprendido las comunidades locales, examinando experiencias conocidas en el país como las de los territorios de paz en San José de Apartadó en la región de Urabá, en Samaniego en el departamento de Nariño, y en Mogotes en el departamento de Santander. Lo novedoso de esta reciente propuesta de la literatura en Colombia es que ha empezado a incorporar nociones alternativas de la paz y el territorio que vinculan lo humano con la naturaleza no-humana como parte de la construcción de paz, incluyendo así dentro de sus análisis cuestiones como la paz transrelacional (Courtheyn, 2017a) y los enfoques multispecies (Lederach, 2017).

Vale aclarar que aunque se presentan como separadas, las tres formas de acercarse a lo local son complementarias y apuntan todas a estudiar los alcances y limitaciones de las iniciativas locales de construcción de paz, así como a determinar los factores que inciden en los resultados de estas. El capítulo se desarrolla en tres partes correspondientes al argumento.

El rol de los actores externos

El desarrollo de las iniciativas locales de paz puede verse afectado por las dinámicas de actores ajenos a las comunidades. Es por eso que al abordar el fenómeno de lo local en la construcción de paz en Colombia la literatura ha comenzado por centrarse en analizar las interacciones de los

actores locales con actores externos y no estatales, como lo son los grupos armados o las organizaciones no gubernamentales (ONGs). De esta manera, se parte de la premisa de que los esfuerzos locales de paz no operan en un vacío, sino que se encuentran inmersos en un contexto donde confluyen más actores con cursos de acción y estrategias diferentes (Idler y Paladini Adell, 2015) que pueden afectar de manera positiva o negativa las interacciones entre los actores involucrados (Idler, Mouly y Garrido, 2018; Hancock y Mitchell, 2018; Alther, 2006), incidiendo así en los resultados de la consolidación de la paz.

Dentro de las dinámicas del conflicto existen una variedad de actores con una variedad de cursos de acción posibles que, a su vez, difieren en sus concepciones e ideas para construir la paz. Esto es abordado por Idler y Paladini Adell (2015) que, tomando como caso de estudio el departamento de Nariño, hacen un contraste entre las distintas estrategias que adoptan los actores involucrados directa e indirectamente en el conflicto. Los autores argumentan que en el contexto colombiano, actores como el gobierno nacional, los grupos insurgentes y los interesados locales, tienen diferentes enfoques, estrategias, políticas y argumentos en torno a la manera de transformar la violencia y el conflicto y la forma de lograr la paz a nivel local y nacional.

Por mucho tiempo el enfoque del gobierno y las FARC-EP para poner fin al conflicto se dio desde una perspectiva estatal y militar centralista que demostró estar fundada en la seguridad nacional en lugar de la seguridad humana. No obstante, actores importantes como los gobiernos locales, cooperación internacional y la sociedad civil, incluidas las comunidades étnicas, han tenido por años sus propios enfoques para transformar políticamente el conflicto, proponiendo agendas alternativas intermedias basadas en concepciones distintas de la seguridad, el desarrollo, las necesidades cotidianas y la participación ciudadana. Según Idler y Paladini Adell (2015), estos enfoques subrayan la importancia de centrarse en la seguridad humana, y la necesidad de abordar el fin del conflicto desde un nivel local a través de alianzas entre actores. Estas agendas, muestran que hay vías alternativas para transformar el conflicto con soluciones inclusivas, considerando que poner fin al conflicto no concierne únicamente al gobierno nacional y a los grupos armados, sino que requiere de la participación de sectores como los gobiernos y comunidades locales, los grupos étnicos, los movimientos sociales, organizaciones comunitarias, etc., quienes por años le han apostado a estrategias no-violentas para transformar su realidad.

Ahora bien, emprender estos esfuerzos locales de paz es complejo y no siempre depende de la disposición de las comunidades, sino que existen otros actores y factores que pueden incidir positiva o negativamente en los resultados de sus estrategias de paz. En ese sentido, estudiando el caso de una comunidad en Las Mercedes en el departamento de Norte de Santander, Idler et. al (2018) examinan las diversas formas de orden local que pueden darse en un territorio a raíz de la presencia de actores externos, y cómo esto influye en las posibilidades de que la población emprenda iniciativas de paz. Durante el conflicto armado, el corregimiento de Las Mercedes fue objeto de enfrentamientos entre militares, paramilitares y guerrilla, hecho que terminó en el control territorial por parte de la entonces guerrilla de las FARC. Esto dio lugar al establecimiento de lo que las autoras llaman *shadow citizenship* o ‘ciudadanía sombra’, que refiere a “una relación en la que los grupos violentos no estatales proporcionan bienes y servicios públicos y definen las reglas de comportamiento apropiado, mientras que los ciudadanos aceptan estas reglas y reconocen socialmente a la autoridad ilícita” (Idler como se citó en Idler et al., 2018).

Este orden basado en las percepciones de la comunidad que reconoce a los grupos violentos como una autoridad se extendió por años, hasta que algunos miembros de la sociedad civil tomaron la decisión en 2007 de establecer un territorio de paz como forma de resistencia civil frente a los actores armados estatales y no estatales, haciendo que estos se ajustaran a las reglas de juego de la comunidad. Con todo, dos años después, sus esfuerzos se vieron afectados y Las Mercedes retornó a las dinámicas de una ‘ciudadanía sombra’. Nuevamente, dicho orden persistió por varios años, hasta que en 2013 resurgió el territorio de paz en Las Mercedes, en parte gracias al apoyo de actores no estatales como la Iglesia y la Organización de los Estados Americanos (OEA), quienes contribuyeron en los esfuerzos locales, pero también ayudaron a cambiar las percepciones que tenía la comunidad sobre los actores externos, que fue lo que los llevó a tolerar una ‘ciudadanía sombra’ en primera instancia.

Este caso analizado ampliamente por Idler et al. (2018) deja algunas lecciones en torno al rol de los actores externos, ya sean nacionales o internacionales, armados o no armados, en las iniciativas locales de construcción de paz. En primer lugar, actores no estatales como la Iglesia y las organizaciones internacionales, como la OEA, pueden ser catalizadores de la paz al brindar apoyo a las iniciativas de los territorios de paz. Estos actores suelen ser vitales al impulsar la agencia de

la comunidad y servir de intermediarios, pero también al asumir funciones de protección e incluso de gobernanza. En segundo lugar, si bien los esfuerzos a nivel local y el apoyo que estos puedan recibir de actores externos son importantes para frenar escenarios como el de una ‘ciudadanía sombra’, es indispensable reconocer que, en últimas, el Estado debe intervenir y asumir funciones de gobierno llenando el vacío que dejan los grupos armados, evitando así que ganen legitimidad nuevamente entre la población local.

Otra importante lección tiene que ver con la legitimidad como factor determinante en las interacciones entre los actores que intervienen en la construcción de paz local. Idler et al. (2018) y Hancock y Mitchell (2018), son enfáticos en señalar la importancia que tiene la legitimidad y las percepciones que tienen los actores entre sí, entendiendo que la legitimidad no se trata de un juego de suma cero y que es más un concepto relacional donde hay múltiples fuentes y receptores de esta. Así, puede decirse que la legitimidad de un actor externo depende de los otros actores involucrados en la construcción de paz, quienes al mismo tiempo deben considerar las percepciones de los demás para mantener su legitimidad.

Para el caso de Las Mercedes, Idler et al. (2018) explican que la legitimidad del Estado y de los grupos armados estaba fundamentada en la coerción, y pese a que en un principio fue tolerada, el establecimiento del territorio de paz supuso cuestionar dicha coerción a través de estrategias no-violentas. Por su parte, actores no estatales como la Iglesia y la OEA, quienes eran percibidos positivamente por la comunidad, apoyaron el territorio de paz y ayudaron a cuestionar la legitimidad del orden impuesto por la guerrilla. Lo anterior, demuestra que la legitimidad no es una noción estática y varía constantemente, por lo que un actor externo receptor de legitimidad puede perderla o ganarla dependiendo de las percepciones que la comunidad tenga de él, de sus motivos e incluso de su habilidad para proveer funciones de gobernanza.

De manera similar, Hancock y Mitchell (2018) argumentan que, para poder involucrarse en los esfuerzos locales de paz, los actores externos buscan obtener legitimidad de la comunidad local con base en tres aspectos, a saber, una identidad compartida, unos valores e ideologías afines, o por medio de un contrato social. Generalmente, la base inicial para otorgar legitimidad son la identidad y los valores similares, pero como estos no suelen ser suficientes, deben reforzarse con

una base contractual. En Colombia, por ejemplo, existe una tendencia a que los actores locales otorguen legitimidad a partir de valores afines de la mano de componentes contractuales, como es el caso con actores como la Iglesia (valores religiosos afines) o actores como las ONGs internacionales (valores similares como los derechos humanos).

Hancock y Mitchell (2018) también destacan que en esa dinámica para obtener legitimidad se presentan al menos dos escenarios que evidencian el carácter cambiante de esa noción. Por un lado, puede darse un escenario donde existan muchas fuentes de donde obtener legitimidad. Ejemplo de ello es que para lograr establecer una zona de paz, sus impulsores generalmente deben procurar obtener legitimidad de su propia comunidad, de los actores armados, de ONGs o del gobierno nacional, y lo mismo sucede para cada uno de estos actores. Por otro lado, también puede suceder un escenario en donde se tengan muchos actores compitiendo por obtener legitimidad. Es el caso donde la comunidad es una fuente de legitimidad, determinando así a cuáles actores externos les otorga esa legitimidad. Es preciso anotar que obtener legitimidad de la población local es la base para conseguir legitimidad de otras fuentes, por lo que actores externos que no cuentan desde un inicio con apoyo local, no son tan efectivos en sus esfuerzos de paz.

Este último punto es relevante teniendo en cuenta que, aunque en Colombia los actores externos como ONGs nacionales e internacionales tienden a ser percibidos como legítimos por los actores locales gracias a su trabajo como garantes de protección y gobernanza, la intervención de estos no siempre tiene resultados positivos en la construcción de paz. Al respecto, Idler et al. (2015) sostienen que si bien es claro que los actores externos juegan un rol importante en los esfuerzos locales de paz al brindar apoyo financiero, técnico y legal, así como al darle visibilidad a los procesos de base, también es cierto que estos pueden obstaculizar dichos esfuerzos. Esto significa que el papel que juegan los actores externos es ambiguo, en tanto pueden limitarse a prestar apoyo y a fortalecer las iniciativas de base, al igual que pueden llegar a ser bastante influyentes en el escenario local, imponiendo sus propias reglas y obstruyendo el proceso. De ahí que es importante que los actores locales y demás partes interesadas examinen de manera constante y decidan ellos mismos la medida en que los actores externos estarán haciendo parte de sus iniciativas.

Precisamente, a partir del análisis de los casos de San José de Apartadó, El Congal, Mogotes y el de la Guardia Indígena, Alther (2006) se ocupa de examinar los factores que pueden fortalecer las iniciativas locales ofreciendo recomendaciones sobre el rol de las ONGs como un apoyo a tales esfuerzos. La autora argumenta que a nivel nacional e internacional algunas iniciativas de paz y derechos humanos se han encontrado con entornos hostiles a la paz, viendo así sus esfuerzos reprimidos. Sin embargo, los movimientos y las comunidades de paz han optado por resistir de manera no violenta proponiendo soluciones pacíficas al conflicto. De este modo, las iniciativas de paz de base han creado una tercera opción más allá de tomar las armas o no tomarlas pero aceptar las reglas de los actores armados, y es desarrollar procesos neutrales de resistencia y paz.

No obstante, al elegir esa tercera opción, estas iniciativas se enfrentan a obstáculos que ponen en riesgo su supervivencia, como lo son las constantes amenazas de los actores armados estatales y no estatales. Para Alther (2006), es ahí donde las ONGs nacionales e internacionales y los grupos religiosos pueden brindar su apoyo, manteniendo vivos los procesos al proteger a los actores locales y fortalecer su resistencia, y mejorando los mecanismos de autoprotección de la comunidad.

La importancia del contexto

La segunda perspectiva desde la cual la literatura ha analizado lo local en la construcción de paz en Colombia es aquella que considera el contexto dentro del que se enmarcan las iniciativas locales de paz como un factor clave que incide sus alcances y limitaciones. Aunque se ha dado en menor medida, esta literatura se ocupa de analizar las interacciones entre los niveles local y nacional, a la luz de los contextos y realidades que estén teniendo lugar en ambos niveles (Mouly y Garrido, 2018; Mitchell y Rojas, 2012; Rodríguez, 2012). Mouly y Garrido (2018), por ejemplo, indagan sobre el impacto del contexto nacional en los procesos adelantados desde la base. Las autoras encuentran que se trata de una influencia de doble vía, es decir, lo que sucede a nivel nacional en materia de paz puede impactar de manera positiva en el nivel local, pero también, lo que sucede a nivel local puede enriquecer los procesos a nivel nacional. De este modo, procesos de paz a nivel nacional pueden servir de catalizadores de procesos a nivel local, en la medida que se da un entorno

favorable para que las iniciativas tomen impulso y prosperen, lo que a la larga deriva en un aporte mayor a los procesos nacionales.

En Colombia, el citado caso de Las Mercedes muestra que, aunque el apoyo de actores externos fue fundamental para que resurgiera el territorio de paz en 2013, las negociaciones de paz a nivel nacional que se llevaban en ese momento entre el gobierno colombiano y las FARC-EP fueron un factor que contribuyó de manera indirecta en los esfuerzos de la comunidad, al darle esperanza a sus pobladores y al promover el diálogo con los actores armados. El Acuerdo incorporó la noción de ‘paz territorial’ para aludir a la idea de que la paz debe construirse desde las regiones de todo el territorio colombiano y no únicamente desde el nivel central, potenciando así las iniciativas locales que ya estaban en marcha. Esto permite, por un lado, aprender de los aciertos y desaciertos de las experiencias locales y, por otro lado, dar difusión a sus esfuerzos para que sean replicados, lo que en últimas redundó en el fortalecimiento de los procesos a nivel nacional con una apropiación local.

Igualmente, es claro que el contexto nacional incide en los resultados de los territorios de paz al catalizar dichos esfuerzos o al ponerles obstáculos. Esto es abordado por Mitchell y Rojas (2012), quienes analizan las implicaciones del gobierno de Álvaro Uribe y su política de seguridad democrática en las comunidades de paz, específicamente en los casos de San José de Apartadó, Mogotes, Samaniego y Tarso. Se parte del hecho que desde los años noventa en Colombia se venían presentado una variedad de iniciativas agenciadas desde la sociedad civil con el apoyo de organizaciones religiosas y universidades, que promovían la paz en los territorios y una salida pacífica al conflicto armado. Incluso se puso en marcha el proyecto de crear ‘100 municipios de paz’ con el respaldo de la Red de Iniciativas Ciudadanas por la Paz (REDEPAZ) entre 1998 y 2002, en un contexto nacional paralelo de negociaciones políticas tentativas.

Sin embargo, este escenario se vio alterado a raíz de la llegada del gobierno Uribe y su cambio de enfoque para conseguir la paz. La Política de Seguridad y Defensa Democrática puso fin a cualquier posibilidad de una salida negociada al conflicto, privilegiando la vía armada. Si bien esta medida consiguió cierto reconocimiento y aceptación, especialmente en las zonas urbanas, al debilitar a los grupos insurgentes, también fue duramente criticada por sus implicaciones sobre los

derechos humanos y por los efectos adversos, sobre todo en las zonas rurales, que hizo que las comunidades tuvieran que abandonar sus hogares y sus esfuerzos de paz, teniéndose que ajustar a las reglas de juego del ejército y los grupos insurgentes. Lo que sostienen Mitchell y Rojas (2012) es que la política del gobierno a nivel nacional iba en contravía de todo lo que defendían las comunidades de paz. El enfoque de ‘mano dura’ del gobierno se estaba utilizando no solo contra los grupos armados ilegales sino también contra organizaciones de la sociedad civil que defendían una oposición no violenta. Esto hizo que las iniciativas locales de paz se vieran fuertemente afectadas y reducidas, aguantando los costos de la intervención militar.

Ser desestimadas, o peor aún, ser reprimidas, no son los únicos riesgos que enfrentan las iniciativas de construcción de paz local a la luz de lo que sucede en el contexto nacional y los enfoques del gobierno de turno. En ese sentido, Rodríguez (2012) examina la “nacionalización” de las iniciativas locales de paz, presentando una mirada adicional a la ofrecida por Mitchell y Rojas (2012) en torno a las interacciones entre los niveles nacional y local. Como se mencionó, en la década de los noventa hubo un aumento de iniciativas regionales y locales de paz, lo cual llamó la atención a nivel nacional e internacional. Por un lado, ser objeto de interés a nivel nacional las hizo más vulnerables a los efectos del conflicto mientras, por otro lado, el interés del nivel internacional se manifestó en apoyo financiero. Ahora bien, durante las presidencias de Álvaro Uribe hubo cambios. El gobierno incluyó en la agenda nacional dos tipos de iniciativas locales de construcción de paz: los Programas de Desarrollo y Paz (PDP) y los Laboratorios de Paz (LP). No obstante, estas iniciativas eran gestionadas a través de la agencia gubernamental Acción Social, que funcionaba como puente entre el nivel local, el nacional y la cooperación internacional.

A partir del análisis de casos en las regiones del Magdalena Medio, el Oriente Antioqueño y los Montes de María, Rodríguez (2012) argumenta que mediante la creación de Acción Social durante el gobierno Uribe, el nivel nacional fue exitoso en cooptar los esfuerzos regionales y locales de construcción de paz presentando como suyos los logros que las comunidades habían conseguido por sí mismas con los PDP y los LP, y controlando los fondos de cooperación internacional. Todo este escenario muestra que la atención que reciben las iniciativas locales de paz es al mismo tiempo positiva y negativa, en tanto puede significar financiación y acompañamiento, pero también puede hacer a las comunidades más vulnerables o hacer que sus esfuerzos sean cooptados.

De esta manera, Rodríguez (2012) afirma que los cambios en las iniciativas de las comunidades responden a cambios políticos como un nuevo gobierno con nuevas políticas, o al financiamiento disponible. Sin negar la necesidad de que las iniciativas locales sean reconocidas, la autora sostiene que la visibilidad de estas puede tener dos efectos desafortunados: primero, la cooptación de esfuerzos, llegando incluso a corromper los propósitos iniciales de los actores locales; y segundo, al generar interés de actores financiadores externos, aunque vital, puede derivar en una competencia innecesaria entre las organizaciones locales para acceder a los fondos.

Zonas de paz, comunidades de paz y territorios de paz en Colombia

La literatura no solo ha analizado las interacciones entre actores locales y externos, y las interacciones entre el nivel nacional y local, sino que también ha estudiado las dinámicas internas de los territorios de paz, el ejemplo por excelencia de iniciativas de paz desde lo local en Colombia. De este modo, algunas investigaciones que se han realizado en el país se han interesado más en el estudio de casos en los que las comunidades han establecido territorios de paz, analizándolos desde diferentes aristas: desde la influencia de la ubicación geográfica en los alcances de estas zonas (Mouly, Idler y Garrido, 2015), desde el empoderamiento que estos esfuerzos locales de paz suponen para la población civil (Burnyeat, 2013; Rojas, 2004), desde sus estrategias y prácticas de paz, como la neutralidad e incluso la ruptura con los actores del conflicto (Naucke, 2017; Burnyeat, 2017), y más importante aún, desde sus interpretaciones alternativas del territorio y la paz, que conllevan un entendimiento relacional entre la vida humana y no humana (Courtheyn, 2016; 2017b; Lederach, 2017). Este último aspecto, referente al rol fundamental que juega la naturaleza no-humana en la construcción de paz, ha empezado a adquirir relevancia en años recientes en el país, partiendo del supuesto de que en un territorio donde hay un conflicto armado existe también un conflicto ambiental (Rojas-Robles, 2018), por lo que paz debe implicar necesariamente un proceso de reconciliación amplio, que involucre a la naturaleza no-humana.

Para empezar, hay que señalar que el trabajo de Idler et al. es clave en la medida que identifica una serie de factores que son relevantes para explicar el éxito o el fracaso de las zonas de paz, aplicándolos en un análisis comparado de dos iniciativas de paz comunitarias, una en Samaniego en el departamento de Nariño y otra en Las Mercedes en el departamento de Norte de Santander.

Así, teniendo en cuenta aportes de diferentes autores en la literatura, Idler et al. (2015) definen tres dimensiones que influyen en los alcances que puedan tener de las zonas de paz: la primera, tiene que ver con los aspectos internos del movimiento de resistencia civil, como su grado de cohesión, de participación masiva de la comunidad y de liderazgo colectivo; la segunda, se refiere a la relación que se establece entre la comunidad y los actores armados en el territorio; y la tercera, concierne a la forma en que los actores externos interactúan con la comunidad.

Idler et al. (2015) señalan que esas tres dimensiones representan factores que permiten explicar por qué iniciativas de paz con objetivos y contextos similares, pueden arrojar resultados distintos, como lo muestra la evidencia de las experiencias en Samaniego y Las Mercedes. Estas comunidades se encuentran ubicadas en dos de los departamentos más afectados por el conflicto armado, donde confluyen actores armados estatales y no estatales. Por esto, ambas constituyen territorios estratégicos tanto para el cultivo como para el tráfico de drogas, a la vez que comparten un contexto de marginalización por parte del Estado, reflejado en la deficiencia en la provisión de bienes y servicios públicos, en los altos niveles de pobreza y en las precarias vías de transporte y comunicación. Sin embargo, al analizar las dos comunidades a la luz de las tres dimensiones, resulta claro por qué la de Samaniego consiguió mantener firme su zona de paz, mientras que la comunidad de Las Mercedes, pese a sus esfuerzos, continuó siendo objeto de violencia por parte de los actores armados.

Mouly et al. (2015), agregan otro aspecto objeto de análisis de estas dos zonas de paz y es el hecho de que se encuentran ubicadas en áreas de frontera. Las autoras ahondan en la comprensión de las zonas de paz estudiando su surgimiento, evolución y sus aportes a la construcción de paz a partir de las zonas en Las Mercedes (fronteriza con Venezuela) y de Samaniego (fronteriza con Ecuador). El argumento apunta a que la ubicación geográfica puede incidir negativa o positivamente en la emergencia de iniciativas de construcción de paz, dado que el territorio es un lugar estratégico que puede estar sujeto al control de una diversidad de actores y que el conflicto se experimenta de diferente manera dependiendo de la región que se esté analizando.

En ese sentido, Mouly et al. (2015) sostienen que el establecimiento de zonas de paz en áreas de frontera puede explicarse por una combinación de factores estructurales y agencia. En lo que se

refiere a los factores estructurales, las autoras explican que las características de las zonas de frontera –como la distancia de los centros políticos y económicos del Estado, y la transnacionalidad– dan lugar a un contexto de sistemas de gobernanza estatal débiles, un entorno de alta oportunidad y de bajo riesgo e impunidad. Esto hace que las zonas sean más propensas a atraer el interés de grupos armados estatales y no estatales, generándose así un contexto de violencia sin ninguna protección del Estado. Con todo, también es cierto que este escenario puede influir en el surgimiento de una zona de paz, pues la comunidad puede tomar la decisión de asumir un rol activo y organizarse para mitigar los efectos de la violencia. Es allí donde la agencia juega en papel importante, puesto que es lo que explica por qué hay comunidades que bajo las mismas circunstancias de violencia se organizan y resisten, mientras otras normalizan la violencia y asumen un rol pasivo.

Ahora bien, es preciso señalar que, aunque las características de las áreas de frontera pueden incidir en la emergencia de zonas de paz, también existen algunos obstáculos que pueden ponerlas en riesgo. Por un lado, su ubicación en territorios estratégicos para actividades ilícitas hace que los actores armados no respeten la neutralidad y, por otro lado, las pocas oportunidades económicas de estos entornos hacen que la población se involucre con los actores armados, impidiendo así la imparcialidad de las zonas de paz. Mouly et al. (2015) concluyen, entonces, que las zonas de paz ubicadas en áreas de frontera generalmente están limitadas a la protección básica de la comunidad local, en tanto es difícil producir un cambio estructural que produzca una paz positiva.

Otras investigaciones mencionan que además de considerar la ubicación geográfica de las zonas de paz, es igualmente importante estudiar zonas en donde, independientemente del lugar, la comunidad se declara en ruptura no solo con los actores violentos sino con el Estado en general. En uno de sus trabajos realizado en la Comunidad de Paz en San José de Apartadó, Burnyeat (2017) rastrea etnográficamente los conceptos de “neutralidad” y “ruptura”, evidenciando que la genealogía de estas ideas ha constituido una “narrativa radical” bajo la cual la Comunidad enmarca las acciones que asumen el Estado y sus instituciones. La autora argumenta que, particularmente, la construcción de la idea de “ruptura” a través de los años en la Comunidad de Paz ha funcionado como un marco interpretativo para percibir el accionar del Estado, que se fundamenta en el rechazo ético de la legitimidad de este.

Burnyeat (2017) emplea un enfoque antropológico que concibe al Estado como culturalmente constituido, tanto material como imaginativamente. Esto supone que las comunidades se hacen una idea específica del Estado a partir de encuentros sociedad-Estado, compuesta por una dimensión material y otra imaginativa. Para el caso en San José de Apartadó, los encuentros que se han dado con el Estado y sus instituciones a lo largo de los años han estado caracterizados por violencia, amenazas, estigmatización, violaciones de derechos humanos e incumplimiento de promesas. Esto ha generado que la posición de “neutralidad” de la Comunidad se articule con la idea de “ruptura” con el Estado, dando lugar a una narrativa más radical que se reproduce en los encuentros sociedad-Estado, y que funciona para evaluar todas las acciones del Estado como ilegítimas. De esta manera, Burnyeat (2017) explica que la "ruptura" consiste en una objeción de conciencia que rechaza un sistema que la comunidad considera corrupto, mientras la "neutralidad" representa una negativa a permitir que las prácticas de espacialización de los actores del conflicto conviertan sus tierras en una geografía de guerra.

Este caso resulta útil para ilustrar la importancia de tener en cuenta las percepciones históricamente formadas del Estado que tienen las comunidades locales, en miras de entender la necesidad de que las acciones emprendidas desde el Estado, sus instituciones y funcionarios, deban ser más sensibles al contexto, con el objetivo de reparar daños que contribuyan a la generación de relaciones de confianza. Este tema es profundizado por Burnyeat (2013) en otra de sus investigaciones, en donde analiza iniciativas comunitarias en el Urabá antioqueño, como la Comunidad de Autodeterminación, Vida y Dignidad (CAVIDA), que le apuesta a la construcción de paz local defendiendo los derechos humanos como medio de resistencia a la opresión. La autora argumenta que es necesario reconocer las luchas de las iniciativas comunitarias pacíficas, en tanto estas no solo se reducen a sus propios contextos, sino que, por el contrario, constituyen actos autónomos de defensa de los derechos humanos. Estos actos, a la larga, pueden traducirse en estrategias de resistencia y protección con una resonancia más amplia aplicable en otros contextos.

Burnyeat (2013) sostiene que algunas zonas de Colombia se han caracterizado por el surgimiento de procesos organizativos comunitarios, a raíz de olas de violencia padecidas por las comunidades debido a intereses económicos y militares en su territorio. Es por esto que es clave identificar cómo estas iniciativas han logrado desarrollar modos de resistencia pacífica y de construcción de paz

que, si bien son específicos de su contexto, pueden ser pioneros en el derecho a no participar en un conflicto armado. Estas comunidades locales entienden la paz no solo como la ausencia de la violencia, sino también como el establecimiento de unas condiciones sociales, políticas y económicas que permitan el crecimiento de la comunidad sobre la base del respeto a los derechos humanos. Lo anterior, supone un precedente de cómo las comunidades tienen la capacidad de exigir derechos para construir la paz, obteniendo justicia y no participando en el conflicto. Para la autora, se trata entonces de “batallas nacionales, incluso mundiales, que estas comunidades luchan a nivel local” (Burnyeat, 2013).

Otras aproximaciones a los procesos organizativos comunitarios en el país se han enfocado en el estudio del ejercicio de la neutralidad activa y los cambios de identidad de las comunidades que resisten a la violencia. Particularmente, Rojas (2004) examina cómo el establecimiento de comunidades o zonas de paz en Colombia ha contribuido en los cambios de identidad de las víctimas del conflicto, que las lleva a asumir un rol más activo en la construcción de paz. A partir del análisis de caso de tres municipios, Mogotes en Santander y Samaniego y San Pablo en Nariño, la autora argumenta que los procesos locales de resistencia, al promover la neutralidad activa en estas comunidades, han llevado al establecimiento de zonas de paz que permiten el empoderamiento de la población civil, en la medida que pasan de identificarse únicamente como víctimas pasivas e indefensas de la violencia, a identificarse como líderes de la reconstrucción del tejido social de sus comunidades.

Se parte del supuesto de que, en contextos de conflicto armado como el colombiano, los civiles son y han sido los más vulnerables al quedar atrapados en medio de la violencia. Rojas (2004) plantea, entonces, la necesidad de procesos de empoderamiento que les permitan a las comunidades declararse como activamente neutrales frente a los actores en conflicto, sentando así las bases para la construcción de paz desde abajo. De esta manera, el establecimiento de zonas o territorios de paz ha sido una muestra de que es posible transformar el dolor en resiliencia como una forma de resistencia. La autora explica que si bien el proceso para consolidar una zona de paz puede iniciar de varias maneras (puede ser iniciativa de los mismos integrantes de la comunidad, o puede ser decisión de una autoridad local o de una organización, o incluso una combinación de todo lo anterior), lo fundamental de estas zonas radica en el fortalecimiento de la población civil,

que transforma la victimización en empoderamiento, permitiendo así la reconciliación entre las comunidades más afectadas y la resolución de los conflictos desde una perspectiva activa.

A esa necesidad de empoderamiento de la población civil que posibilite la transformación del conflicto, la construcción de paz y la reconciliación, Courtheyn (2017b) le agrega otra variable fundamental. A partir del caso mencionado en San José de Apartadó, el autor introduce el análisis de la territorialidad relacional producida por las comunidades de paz. Courtheyn argumenta que, históricamente, el territorio se ha asociado a la idea de control y dominación de un espacio determinado. Es decir, la noción clásica de territorio hace referencia a un área delimitada y controlada por un individuo o grupo, generalmente el Estado Nación. Por consiguiente, la prevalencia del Estado Nación capitalista-liberal ha llevado a comprender el territorio en función de ideas como la seguridad nacional y el desarrollo capitalista basado en el control de los recursos naturales, promoviendo a su vez prácticas y valores como la exaltación de la historia nacional, la competitividad y el fortalecimiento de la policía y el ejército.

Desde este punto de vista, el autor sugiere que el Estado Nación es intrínsecamente monopolizador, en tanto produce una territorialidad violenta que reproduce sujetos individualistas y capitalistas. Lo anterior implica así mismo el establecimiento de dualismos que distinguen entre el yo y el otro (naturaleza/cultura, humano/no humano, etc.), denotando una relación de poder. Esta noción, es la que ha prevalecido en los gobiernos colombianos, con un enfoque hacia la paz entendida como el fortalecimiento del orden y la provisión de seguridad, que permita un modelo de desarrollo basado en el extractivismo y las exportaciones.

En los últimos años en la práctica, y en consecuencia en la literatura, se ha puesto el foco sobre las demandas territoriales por parte de poblaciones indígenas y afrodescendientes en Colombia. La importancia de esta tendencia radica en que para estas comunidades el territorio es indispensable para la producción de la vida y la cultura, y es mucho más que tierra o un área controlada por el Estado. Esto ha tenido por lo menos dos implicaciones. Por un lado, se ha dejado en evidencia que las nociones tradicionales del territorio son insuficientes para analizar la construcción de paz a nivel local y, por otro lado, se han generado nuevas perspectivas sobre el concepto de territorio,

que abarcan imaginarios más amplios y complejos que ven más allá de una definición basada en lo físico y lo estático.

Partiendo de lo anterior, Courtheyn (2017b) explica que esas territorialidades distintas no se limitan únicamente a los grupos étnicos mencionados, y que existen experiencias desde los campesinos, como los de la Comunidad de San José de Apartadó, que producen una territorialidad relacional. El autor argumenta que la comprensión de la paz de esta comunidad supone una forma alternativa de conceptualizar el territorio, que se entiende como *alter-territorialidad*. Se trata así de otra forma de territorialidad que trasciende al Estado, y que postula el territorio como un espacio de creación de colectividad, esto es, un espacio donde se relacionan los seres humanos, los animales y la naturaleza, y donde se busca la sostenibilidad entre todos los seres, en contraposición a la tendencia estatal que busca dominar.

De esta manera, Courtheyn (2017b) explica la *alter-territorialidad* como una relación distinta con el espacio, donde el territorio produce y es producido por unos sujetos políticos colectivos como resultado de prácticas, valores y lugares específicos. El autor, por ejemplo, destaca la singularidad de la Comunidad de Paz en San José de Apartadó, y es que, desde su creación, han decidido colectivamente no ser reconocidos como una zona de reserva campesina registrada por el Estado. Este hecho muestra que, pese a tener los instrumentos legales para reclamar su territorio, la Comunidad se sostiene en su idea de territorialidad alternativa y crítica frente a la territorialidad estatal. En otras palabras, la Comunidad es autónoma y se mantiene en su comprensión distinta a la del Estado, pues al decidir no reclamar territorio, demuestran no querer estar inmersos en la lógica estatal que concibe el territorio como algo material.

A partir de su concepción y práctica en la Comunidad de Paz, Courtheyn (2016) analiza además la noción de paz que se deriva de esa *alter-territorialidad*, pues en últimas, se entiende lo local como una forma de consolidar una paz alternativa. El autor argumenta que, al definir la paz como una negación a colaborar con los grupos armados y como la construcción de comunidad a través del trabajo colectivo, la experiencia campesina en la Comunidad de Paz constituye la construcción de una paz “otra” o alternativa. Su noción de paz está compuesta de dos partes: la primera, supone acciones de negación y ruptura, al decidir no participar en el conflicto armado ni a colaborar con

los actores enfrentados, mientras que la segunda parte, supone una perspectiva activa y empoderada de la construcción de paz, que incluye la creación cotidiana de paz a través del trabajo comunitario. Así, Courtheyn (2016) señala que la Comunidad de Paz muestra que la paz es un proceso que puede ser producido por actores no estatales, por medio de prácticas cotidianas para sembrar condiciones dignas de vida.

A través del caso en San José de Apartadó, el autor evidencia que la paz debe y puede empezar desde lo local, siendo este un ejemplo de que la paz no siempre se hace desde la diplomacia estatal o por la vía militar y que, por el contrario, las comunidades tienen la capacidad de crear paz en sus propios términos, generando alternativas para reducir los efectos violentos del conflicto. Así, se plantea que la paz no se trata de una condición lograda con acuerdos ni de un estado ideal caracterizado por la ausencia de la violencia, sino que se trata, más bien, de un proceso compuesto de prácticas cotidianas que no tiene fin.

Es por eso que, según Courtheyn, la Comunidad en San José de Apartadó afirma que el Acuerdo de Paz entre el gobierno nacional y las FARC-EP es consistente con la visión clásica de la paz como una condición alcanzada cuyo fin es el control de la tierra y la población. Por esto, la Comunidad de Paz toma fuerza como una alternativa campesina autónoma de la dependencia del Estado, que resiste a los mercados capitalistas, que privilegia a la naturaleza, y que produce por sí misma la paz sin estar sujeta a las decisiones tomadas por el Estado y los grupos armados.

Desde esta óptica, la paz se entiende como dignidad ecológica entre la comunidad, pero también con otras comunidades y con el territorio. Courtheyn (2016) desarrolla así el concepto de *paz radical trans-relacional*, como una definición holista de la paz que supera la noción de paz tradicional basada en la dominación del territorio. Este concepto, permite pensar en proyectos divergentes con componentes políticos, sociales y ecológicos que privilegian valores como la colectividad, la solidaridad, la colaboración y la horizontalidad. Asimismo, la noción de relacionalidad hace referencia a las ontologías relacionales, superando los dualismos jerárquicos de la modernidad y abogando por la paz como dignidad no solo entre los vivos, sino también con los seres no vivos y la biosfera. Es decir, se entiende la paz como autodeterminación y poder

emancipador para salir de las relaciones de poder moderno-coloniales, pero también como una relación de reciprocidad, donde todos los seres se nutren entre sí.

Esa noción de ontologías relacionales es retomada por Angela J. Lederach, una autora que, al igual que Courtheyn, a través de un estudio de caso analiza las prácticas de construcción de paz desde un enfoque multiespecie que permite develar las conexiones de la vida humana y no humana en contextos de violencia y paz. Lederach (2017) argumenta que las prácticas de paz territorial puestas en marcha por el Proceso Pacífico de Reconciliación e Integración de la Alta Montaña, en los Montes de María en Colombia, surgen dentro de un marco relacional en donde el nexo entre los campesinos y el campo demuestra que tanto la violencia como la paz pueden ser entendidas y experimentadas como algo más que humano. Esta visión, contrasta con los enfoques técnicos o *top-down* para la construcción de paz que han predominado en el país y en especial en esa región, por lo que la autora aboga por un análisis académico de la paz territorial a partir de las formas en las que los campesinos construyen la paz desde el establecimiento de relaciones mutuas de cuidado entre todos los seres.

Se trata, entonces, de un enfoque antropológico de multiespecies para la construcción de paz, que surge de un análisis ontológico relacional que se ocupa de las dinámicas cotidianas de los humanos y el medio ambiente. Lederach (2017) explica que, al reorientar la investigación teórica humana hacia la relacionalidad, la antropología multiespecies puede ofrecer un aporte significativo a los estudios de paz y conflicto, en la medida que pone de relieve las formas en las que la violencia y el conflicto pueden afectar e interrumpir múltiples vidas y relaciones, no solo las humanas. La autora sostiene que este enfoque puede encontrarse dentro del discurso y las prácticas de paz territorial del Proceso Pacífico de la Alta Montaña, lo que proporciona una visión crítica sobre la paz que se centra en sus dimensiones sociales y ecológicas, a la vez que problematiza los enfoques tradicionales para la construcción de esta.

Lederach (2017) plantea que al analizar las relaciones humanas y no humanas, es posible identificar las limitaciones de las iniciativas y proyectos de construcción de paz fundamentados en la separación de la “naturaleza” y la “cultura”. Estos proyectos tienen como punto de partida un enfoque lineal para la construcción de paz que contiene marcos técnicos desarrollados por actores

que están fuera del territorio. Es decir, generalmente son proyectos adelantados desde el Estado y el sector privado en la región, e implementados por actores considerados expertos. Sin embargo, recalca la autora, la paz territorial no debe consistir en la apropiación local de proyectos diseñados externamente, sino que debe ser una construcción desde el territorio a partir de las prácticas cotidianas de la vida, que evidencian una comprensión íntima de las relaciones constitutivas entre los campesinos y el campo.

De este modo, la paz territorial requiere de una comprensión de la construcción de paz como un proceso continuo, que se construye a través de prácticas multidireccionales, emergentes y cotidianas de creación de lugares (Lederach, 2017). En el Proceso Pacífico de la Alta Montaña, por ejemplo, se tienen prácticas que emergen de una imaginación ecológica distinta, que contiene interpretaciones alternativas de la temporalidad, la relacionalidad y el territorio. Así, el enfoque antropológico de multiespecies es clave para evidenciar cómo los campesinos tienen un acercamiento más relacional, procesal y dinámico para construir la paz local. Siguiendo esta idea, Naucke (2017) manifiesta que en algunos casos las iniciativas y actores locales son los únicos interesados en la transformación pacífica de los conflictos, pero por lo general, su potencial para la construcción de paz es subestimado.

Después de estudiar el caso en San José de Apartadó, también analizado por Courtheyn, Naucke (2017) argumenta que las estrategias y prácticas implementadas por esta Comunidad no solo consisten en un medio de protección de la violencia derivada del conflicto en Colombia, sino que también contrarrestan las causas del conflicto mismo. Esto significa que, al ser autónoma, la Comunidad de Paz no toma parte en las dinámicas de amigo-enemigo del conflicto, y pese a que no pueden eliminar del todo la violencia, sí pueden mejorar las condiciones de vida de sus pobladores, respondiendo así a algunos problemas estructurales que subyacen al conflicto. De esta manera, es posible hablar de una paz construida “al revés”, donde las comunidades locales son los principales actores de transformación, mientras el Estado permanece ausente. Así, estas visiones de paz que se desarrollan desde las comunidades van en contravía de las visiones liberales de la paz desde arriba, lo que permite hablar de liderazgos locales para construir la paz desde abajo, en lugar de la simple apropiación de una paz diseñada externamente.

Naucke (2017) explica que, paradójicamente, en las regiones de Colombia que han sido más golpeadas por el conflicto armado es donde los actores locales han creado estrategias para sobrevivir y mejorar sus condiciones de vida sin el apoyo del Estado. Muestra de ello, es la experiencia en San José de Apartadó, así como la del proyecto Nasa en el Cauca, la de los campesinos del Carare y la de las comunidades afrodescendientes en la costa pacífica. Estos casos dan cuenta de la agencia de las comunidades locales que, pese a ser objeto de la violencia por parte de grupos armados, élites regionales e intereses económicos, le apuestan a la paz sin contar con el apoyo estatal. Aunque la población civil suele ser vista como víctima pasiva, el caso de la Comunidad de Paz en San José de Apartadó evidencia que la población tiene otra opción más allá de colaborar con los actores armados o irse de su territorio y es, precisamente, asumir la transformación del conflicto en sus propios términos, adoptando una agenda independiente de los intereses tanto de los actores armados como del Estado, incluso si esto implica ir en detrimento de los intereses de algunas de sus instituciones, como el ejército.

Hasta este punto, se ha querido mostrar las perspectivas desde las cuales se ha estudiado la esfera local en la construcción de paz en Colombia, haciendo énfasis en la diversidad de argumentos encontrados en la literatura especializada. De esta manera, es claro que gran parte del estudio de lo local ha girado en torno al análisis específico de las iniciativas locales de construcción de paz, en especial aquellas que han promovido el establecimiento de territorios/zonas/comunidades de paz como mecanismo de resistencia no violenta con el fin de mitigar los efectos negativos del conflicto armado.

Así, teniendo como fundamento empírico casos emblemáticos de iniciativas en el país como las de San José de Apartadó, Samaniego, Mogotes, Las Mercedes, Montes de María, entre otras, la literatura ha dado cuenta de los esfuerzos de las comunidades locales por rechazar la violencia y procurar sobrevivir en medio del conflicto, apuntándole a construir paz desde su cotidianidad y en sus propios términos: desde sus prácticas de resistencia, desde su ruptura con el Estado y desde el empoderamiento. Además, han sido importantes los componentes que los nuevos enfoques en la literatura en Colombia han introducido a la discusión, como se vio con la paz trans-relacional, las alter-territorialidades o el enfoque multiespecies. Estos elementos, han puesto de relieve el rol que juega la naturaleza no-humana en la construcción de paz, al considerar que la violencia y la guerra

afectan no solo las vidas humanas, sino también las no humanas, por lo que cualquier esfuerzo de construcción de paz sostenible y duradero debe suponer la reconstrucción de las relaciones afectadas tanto entre las comunidades, como entre las comunidades y la naturaleza no-humana.

Capítulo III. Reconciliación entre la comunidad y con la naturaleza: la paz que se construye en el Territorio de Convivencia y Paz de Lerma, Cauca

El objetivo de este capítulo es explicar y analizar el proceso de reconciliación llevado a cabo en el corregimiento de Lerma en el municipio de Bolívar, Cauca. Este caso, se presenta como una experiencia particular en donde los actores locales han sido el centro y protagonistas de la construcción de paz, definiendo esta última a partir de sus prácticas cotidianas y el uso de la hoja de coca como fuente de paz. Siguiendo un enfoque etnográfico, la intención es evidenciar que el proceso de construcción de paz en el corregimiento se ha dado desde dos ejes centrales: primero, la reconciliación entre los miembros de la comunidad a través de estrategias concebidas por ellos mismos para frenar la violencia en el territorio y reconstruir las relaciones sociales afectadas; y segundo, la reconciliación con la naturaleza no-humana, a través de proyectos alternativos que recuperan sus costumbres y reivindican la hoja de coca, a la vez que aseguran soberanía alimentaria. Lo anterior, permite evidenciar que el territorio de paz en Lerma no solo se ocupa de establecer reglas para los actores armados, sino que va más allá, al involucrar la relación con la naturaleza dentro de su visión de la paz.

El capítulo se desarrolla en tres apartados. En una primera parte, se hace una breve caracterización del corregimiento, haciendo especial énfasis en el carácter histórico del uso y cultivo de la hoja de coca en el territorio. Se expone cómo en los años ochenta se conocieron en Lerma otros usos de la hoja de coca a partir de su procesamiento, hecho que dio lugar a dos momentos significativos en la historia del corregimiento, a saber, una época de bonanza cocalera, que desencadenó a su vez en una época de violencia que transformó las formas de vida de los lerreños.

En la segunda parte, se presenta el proceso de construcción del Territorio de Paz en Lerma, que consistió en una iniciativa emprendida desde la comunidad local. En este punto, se destacan los tres pilares sobre los cuales se fundamentó el proceso comunitario adelantado entre 1988 y 1998 en el corregimiento: la organización comunitaria, la educación y la actividad artística. Por último, en la tercera parte, se muestra cómo la construcción de paz en el corregimiento se ha hecho también con la naturaleza, evidenciando una relación estrecha entre el campesino y la tierra a través de proyectos como el de la Escuela Agroambiental Arraigo.

Entre la hoja de coca, la bonanza y la violencia

El corregimiento de Lerma se encuentra ubicado al nororiente del municipio de Bolívar, al sur del departamento del Cauca en el suroccidente de Colombia. Específicamente, Lerma se sitúa en una intersección entre el piedemonte de la cordillera central del Macizo Colombiano y el Valle del Patía, haciendo que su geografía sea predominantemente montañosa, donde sobresalen el cerro de Lerma y el río Sánchez como principal microcuenca. El corregimiento está compuesto de 10 veredas: Aguas Frescas, Buenos Aires, Carbonero, Cascajal, El Hortigo, La Cuchilla, Romerillos, Tambores y Villanueva, incluyendo además a Lerma cabecera. Según *TerriData* (2020), a partir de estadísticas del DANE, el municipio de Bolívar cuenta con una población urbana del 13,2%, mientras que la población rural es del 86,8%; en Lerma la población es 100% rural.

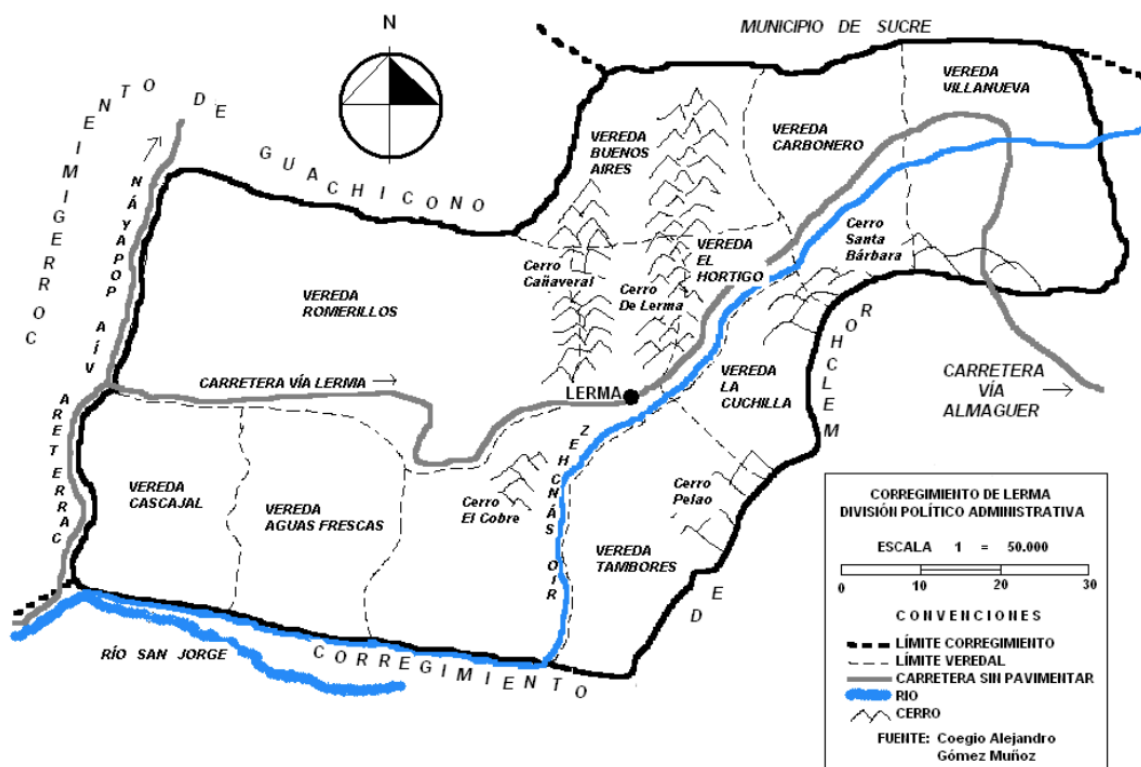


Figura 2. División político-administrativa de Lerma. Tomado de Cárdenas (2018, p. 63)

Se trata de una población mayoritariamente campesina e indígena, con presencia minoritaria de población afro, constituyendo aproximadamente un total de 1500 habitantes en la cabecera

corregimental (*Lermaesvida.org*, 2018). Al igual que en otros corregimientos y municipios en el Cauca, en Lerma cuentan con una economía que gira en torno a la actividad agrícola y pecuaria, basada en el cultivo de productos tradicionales como el maíz, la caña, la yuca y el café. Sin embargo, de acuerdo con sus habitantes, aproximadamente el 90% de la actividad agrícola se concentra en el cultivo de la hoja de coca, que es precisamente símbolo del corregimiento. De esta manera, es claro que uno de los aspectos que más sobresale en el estudio del caso de Lerma es que consiste en un territorio históricamente caracterizado por el uso y cultivo de la coca como producto ancestral y medicinal.

Cuentan sus habitantes que, en un inicio, la hoja de coca se tostaba y se comercializaba a pequeña escala mediante trueque entre las comunidades, que mantenían una relación basada en la solidaridad, las mingas y el respeto a la autoridad y al territorio. No obstante, a inicios de la década de los años ochenta, con la llegada de los cuerpos de paz extranjeros, los pobladores conocieron otros usos de la hoja de coca y aprendieron a transformarla. Según Víctor Collazos,

La coca era usada para el “mambeo”, era usada como remedio [...] ellos aprendieron digamos el hecho de extraer el clorhidrato o formar la pasta a partir de lo que aprendieron de los cuerpos de paz que llegaron hacia el 80 a Lerma, es decir, como que tenían un uso tradicional de la coca y apropian otro tipo de uso más de connotación económica (comunicación personal, 2020).

Esa situación transformó la mentalidad y las formas de vida de los habitantes de Lerma, quienes en su mayoría abandonaron los cultivos tradicionales para dedicarse al cultivo de coca, que se empezó a vender cruda y a procesar para narcóticos, haciéndola más rentable. Sobre esto, Luis Alberto Gómez cuenta que,

Cuando llega acá la nueva forma de trabajar con la coca, que es ya transformar la hoja de coca en cocaína, empieza todo un fenómeno de aculturación para nosotros los lerreños, a cambiar nuestra forma de vida por una forma de vida ajena a las nuestras, como por ejemplo, ya poco a poco la gente que vino a negociar con la cocaína [...] uno escuchaba que venía gente de Medellín, de Pereira, de Bogotá, de Cali [...] entonces esa gente, más otra gente que vino acá de otros lugares, empezaron a traer otra forma de ver el mundo, de entenderlo. [...] Empezaron a traer costumbres que no eran las nuestras, empezaron a

enseñarnos la necesidad por ejemplo de tener electrodomésticos en nuestras casas, entonces se compraban neveras sin tener energía en algunas zonas de las veredas, y esas neveras se terminaban usando como armario para guardar ropa (comunicación personal, 2020).

Es así como, a raíz de la transformación de la coca en cocaína, rápidamente se produjo una bonanza económica en Lerma entre los años 1979 y 1983. Si bien es cierto que, en términos generales, se mejoró la economía del corregimiento y la gente comenzó a comprar electrodomésticos y vehículos, a construir y mejorar sus casas, entre otras cosas, también es cierto que esa mejora en los ingresos económicos de los lerreños, de la mano con la llegada de personas externas a la comunidad, significó la proliferación de armas y cantinas, y un alto consumo de alcohol. Con respecto al negocio que generó la coca, Walter Gaviria comenta que,

Con el mercado que se hizo, Lerma fue uno de los centros de distribución y de producción, y la plata empezó a llegar en cantidades desbordantes. Tanto, que cogió a la gente de sorpresa tanta plata, que no sabían qué hacer. Cosas totalmente absurdas, por ejemplo, comprarse una motocicleta en una vereda donde no había carretera (comunicación personal, 2020).

Fueron entonces aproximadamente cinco años de abundancia y excesos, en donde gran parte de la población experimentó una acumulación de dinero. Sus habitantes afirman que, en poco tiempo, la gente compró armas y se pasó de tener una o dos cantinas en el corregimiento, a tener alrededor de 20. Sin embargo, para 1983, la coca entra en decadencia por la persecución del Estado al narcotráfico, la expansión de los cultivos a nivel nacional y la caída del precio de la coca, afectando la bonanza cocalera en Lerma y dando paso a problemas en sus dinámicas sociales;

La gente pensó que esas cosas le iban a durar todo el tiempo, y por allá en el 83 la coca y el fenómeno del narcotráfico empezó a ser más perseguido en Colombia por la ley, entonces eso empezó a hacer que entraran pocos compradores acá a la zona; también la otra causa por la que entraban pocos compradores era que la coca ya se empezó a expandir casi en todo el territorio nacional, empezó a expandirse a Caquetá, Putumayo y otros sitios de Colombia, entonces al no entrar mucho comprador, la gente de acá empezó a robarse entre ellos mismos y ahí entró ya la etapa como de la violencia, empezaron a robarse, a tumbarse entre las mismas familias, pero como había un ingrediente más grande ahí que era que

como la gente ya se encontraba armada, entonces pues si a mi me van a robar pues yo me defiendo, y a eso se le sumaban unos problemitas internos por acá en las familias y se destapó la guerra en el año de 1983... se destapó una guerra entre nosotros (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020).

Se genera así un fenómeno de descomposición social en Lerma entre los años 1983 y 1988, que los mismos habitantes reconocen como época de la Violencia, caracterizada por el consumo de alcohol, robos, riñas, drogadicción, violencia armada entre familias y violencia sexual. Sobre ese período, cuentan que,

Cada ocho días eran los jueves el día de mercado. [...] Cada jueves en las cantinas había muertos, al punto de que las familias se preguntan, bueno y qué familia pone los muertos del próximo miércoles o jueves. [...] Esa era la forma de vida que había. Para ir los niños a la clase, en un pueblito tan pequeñito, tenían que las mamás llevarlos hasta la escuela e irlos a recoger, o no dar clase los jueves, porque se armaban las balaceras y cada uno corría por su hijo y por su vida también (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020)

Se estima que durante esos años muere una cuarta parte de la población, en especial los hombres. Pese a que los lermeños sostienen que los grupos armados como el M-19 o las FARC-EP no tuvieron mayor incidencia en la zona, afirman que la violencia sí se agudizó durante esa época debido a la llegada de los denominados escuadrones de la muerte, tratándose de las primeras expresiones de los grupos paramilitares (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Con todo, es claro que la violencia se presentó entre los mismos habitantes del corregimiento, en donde según ellos, se perdió el sentido de la vida y se perdieron valores como la solidaridad y la unión, mientras se favorecían el individualismo y la desconfianza. Cuentan que “el protipo de hombre, de ser humano, era aquel que tuviera ya el mejor caballo inicialmente y la mejor arma, y el que tomara más trago, y el que tuviera más mujeres, todo este tipo de cosas” (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Es por eso que sus habitantes insisten en que el narcotráfico, la bonanza y sus consecuencias, marcaron profundamente la historia del corregimiento, dejándolos con un tejido social destruido.

Se rompen así las costumbres entre la comunidad, y más aún, se da un deterioro de la relación entre el campesino con su territorio, la naturaleza y sus costumbres.

Fundamentalmente se cambió la idea de comunidad. Fue una cosa mucho más individual, se trastocaron las formas de ser humano. Ya cada quien se sentía con los recursos suficientes para rehacer su vida como quisiera. Si en una vereda no había acueducto, fácilmente se compraba kilómetros de manguera para una familia, pero la otra familia no aportaba y no hacían una sola conducción de agua hacia la vereda, sino que la otra familia compraba otro tanto de manguera y paralelamente hacia su acueducto particular. O sea, la situación comunitaria se perdió a flor del egoísmo (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Lerma “Territorio de Paz”

A raíz de la descomposición social que se experimentó en el corregimiento, muchos habitantes murieron y otros tantos salieron de la región. Quienes se quedaron en el territorio, se dieron cuenta que de afuera no iban a venir a resolver los problemas de Lerma y que debían ser ellos mismos quienes encontrarán la solución para frenar la violencia generalizada y reconstruir el tejido social. Es preciso señalar que, durante esta época, con respecto a algún tipo de presencia estatal, los habitantes aseguran que “la figura a la que la gente recurría para resolver algunos problemas, de chismes, de robos, eran las Juntas de Acción Comunal y el inspector” (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Así, afirman que,

El Estado hacia presencia era con Telecom, con un puesto de salud, el inspector de policía y el presidente de la Junta. Pero ellos no podían hacer absolutamente nada, ellos tenían que simplemente limitarse a esperar a ir a hacer el levantamiento de los cadáveres (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Es por esto que la comunidad, con reuniones informales y posteriormente en mesas de trabajo, se organiza para encontrar soluciones y generar propuestas que mitiguen los efectos de la violencia en el territorio. Narran que,

Cuando se inició, fue una cosa como de sobrevivencia, como un impulso de sobrevivencia. [...] Nosotros hablábamos de toda esa situación, pero de manera espontánea, no de una manera formal, digamos en una reunión o en una asamblea, sino que uno se encontraba en

la tienda, o en el río, y bueno, preguntándose quién iba a ser la próxima familia o quién iba a ser el próximo muerto, uno por ahí preguntaba y qué hacemos. [...] Esa pregunta empezó a rondar desde esa época en muchas de nuestras cabezas y se empezó a especular sobre salidas. [...] La respuesta para solucionarlo, uno decía pidamos que nos manden un puesto de policía, era una de las primeras discusiones que se tenían. [...] Y bueno, otro estamento, el Ejército. [...] Entonces otros decían y se llegó a plantear, bueno pues hablemos con la guerrilla, que sean ellos que le pongan mano a esto (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Todas esas propuestas, sin embargo, tenían como común denominador recurrir nuevamente a la fuerza y a las armas, por lo que pronto fueron desestimadas por la misma comunidad. Es aquí donde es recordada una anécdota por varios de los habitantes, en donde se narra sobre el día en el que, reunidos algunos miembros de la comunidad, las palabras de Roberto Quiñones ofrecieron algunas pistas con respecto al camino a seguir en Lerma. Walter Gaviria comenta que,

En esas conversaciones, explorando pues toda esa situación, estaba allí y él dijo, qué nos van a meter en medio de las balas, qué nos vamos a meter en medio de la pelotera de estos con estos, los que ya están podridos, decía él, se van a seguir matando, déjenlos que se sigan matando, lo que tenemos que ver es que los que nacen, los pequeñitos, no crezcan pensando en matar ni en morir sino en vivir. Él era gallero, y lo puso en otros términos, dijo “esta culecada ya se nos engüeró, miremos que la próxima culecada no se nos engüere, no se nos dañe, y que crezca bien y que sean buena gente”. Al principio uno decía, bueno, es cosa de galleros, como que no lo entendíamos, pero finalmente eso terminó siendo como el marco teórico de la propuesta (comunicación personal, 2020).

De manera similar, Luis Alberto Gómez explica que,

Don Roberto con los huevos güeros se refería a la gente que estaba en problemas acá, que entonces con esos ya no había nada que hacer, que ellos terminarían matándose en el cementerio, [...] en la cárcel o yéndose del pueblo, esas eran las opciones que les quedaban. [...] Y cuáles son los huevos nuevos, pues los niños, los huevos buenos ya son las futuras generaciones. [...] Y ahí es donde se dice “bueno y para trabajar con los niños cómo

hacemos”, pues crear un colegio. Pero para crear ese colegio se necesitaba algo primero, que era la organización comunitaria (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020).

Es así como para el año 1988 se pone en marcha en Lerma un proceso de autogestión comunitario fundamentado en tres pilares: primero, la organización comunitaria, que ha tenido como base las Juntas de Acción Comunal, las denominadas “Fuerzas Vivas” y otros tipos de liderazgos como el de las mujeres; segundo, la educación, que refiere al proceso educativo y de creación de un colegio; y tercero, la actividad artística, que tiene que ver con un quehacer cultural fuerte alrededor de la música, la danza y el teatro reflexivo de la propia cultura e identidad lerreña (Víctor Collazos, comunicación personal, 2020).

Organización comunitaria.

La organización comunitaria constituye el primer pilar del proceso de paz en Lerma, entendiéndose como la base para fortalecer las relaciones entre la comunidad a través de la participación, el diálogo, la movilización y la toma de decisiones en conjunto. A partir de los testimonios de algunos de sus habitantes puede afirmarse que, en este punto, fue importante el papel que desempeñaron las Juntas de Acción Comunal (JAC), los miembros de diferentes sectores de la comunidad reunidos bajo la batuta de las “Fuerzas Vivas” (inspector de policía, miembros de la JAC, operadora de Telecom, comerciantes, profesores, entre otros), que luego se convirtieron en el Comité para el Desarrollo de Lerma, así como los diferentes liderazgos en el corregimiento, como lo fue el de las mujeres.

De entrada, cuentan que “se empezó a reunir a las juntas, a enseñarles cómo se conformaba una junta, cuáles eran las funciones, qué tenía una junta, la importancia de trabajar juntos no cada uno por separado” (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Al respecto, Ricaurte Quiñones, lerreño presidente de Asocomunal (Asociación de juntas del municipio de Bolívar) sostiene que,

Las JAC de nuestro corregimiento de Lerma han jugado un papel importante en todo este proceso porque son la máxima autoridad local de cada una de las veredas. Ellas en su momento, hace tres décadas, fueron las que comenzaron a dinamizar cada una de las

reuniones en las veredas y luego acá a nivel corregimental; entonces lideraban las reuniones con un propósito, que era mirar cómo ayudar a encontrar una salida al conflicto que en ese momento se vivía, que era la Violencia. Entonces a través de las juntas es donde empiezan a reunirse, y alrededor de ellas, otras organizaciones [...] en espacios de toma de decisiones para poder empoderar y dinamizar el proceso que llevara a transformar lo que se vivía [...] a lo que hoy tenemos que es, ya lo decimos con orgullo, un proceso de paz construido desde la organización comunitaria (comunicación personal, 2020).

Lo que narra Ricaurte Quiñones es que la JAC funcionaba y aún funciona como la organización madre que integra otro tipo de juntas, como lo son la junta del acueducto, la junta parroquial o la junta para la reserva del cerro de Lerma, articulando esfuerzos para trabajar en el corregimiento (comunicación personal, 2020). En la JAC, se resalta la participación de los adultos mayores, que ha sido fundamental en la recuperación de la identidad, la historia y el sentido de pertenencia. Asimismo, ha sido clave la participación de los jóvenes y las mujeres, en los diferentes comités, como el de deporte, cultura, educación, entre otros. Se afirma, entonces, que

Esa confluencia de organización comunitaria ha generado que de alguna forma las JAC no sean solamente para la ejecución formal de programas del gobierno o para las funciones formales que el gobierno establece a través de la ley, sino que realmente estén interesadas en abordar los problemas de Lerma y del Macizo colombiano, y buscar en el marco de autonomía, alternativas a los problemas (Víctor Collazos, comunicación personal, 2020).

En esa misma línea, Walter Gaviria, líder de la iniciativa en Lerma, comenta que “como ya no nos matábamos, ya el problema no es que nos matemos cada ocho días, entonces empezamos a reunirnos, pero para pensar cómo construir la vida que queríamos”. Al preguntarle sobre esa vida que querían, él responde: “no lo sabíamos, pero para eso nos reuníamos. Eso fue muy chévere porque decíamos, bueno, como ya no nos matamos, ya no sabemos cómo vivir. Entonces empezamos esa construcción” (comunicación personal, 2020). Es así como, paralelo al proceso de las JAC, surge un proyecto más amplio que incluía a más personas de la comunidad.

Empezamos a convocar, decíamos nosotros, las Fuerzas Vivas, que también era diciendo, los que están pugnando por vivir. Entonces ahí era el inspector de policía, ahí era el presidente de la junta, ahí era la operadora de Telecom, la señora que manejaba los hogares

de bienestar familiar, los comerciantes, el gerente de la cooperativa, los profesores, todos, ya empezamos formalmente a reunirnos (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Sobre la constitución de esas Fuerzas Vivas, Luis Alberto Gómez, líder del proceso, comenta que “Walter tuvo una gran ventaja y es que él nunca vino a imponer ideas [...] él nos dijo vea, de afuera no van a venir a resolver el problema, el problema lo resolvemos es entre nosotros” (comunicación personal, 2020). De esta manera, se empezaron a reunir todos aquellos que “quisieran hacer algo por Lerma”, con el objetivo de pensarse formas de construir territorio.

Con ellos copiamos una idea de hacer un plan de desarrollo del corregimiento de Lerma, hicimos creo que 2 o 3 versiones. Ahí era eso, consignar más o menos formalmente qué era lo que queríamos construir. Desde salud, qué se quería. Cada uno, pensaba cuál era su acción en Lerma. Los profesores en educación qué van a hacer, era como la pregunta, cada una de las Fuerzas Vivas qué le aporta a la construcción de la vida que queremos. Eso era muy bonito porque nos divertíamos cantidades, echando a volar la imaginación de cómo queríamos a Lerma y de cómo hacer eso que queríamos. [...] Se denominó el Comité para el Desarrollo de Lerma. No era una organización formal, pero era lo que nos convocaba a todas las Fuerzas Vivas (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Precisamente, es en esas reuniones donde se plantea uno de los elementos más destacados en el proceso lermeño y es la prohibición de la venta de bebidas alcohólicas y el cierre de todas las cantinas en el corregimiento, como resultado de la identificación de estos sitios como foco de la violencia. De acuerdo con Luis Alberto Gómez,

El mayor número de muertes en Lerma se daban cuando la gente estaba borracha en las cantinas; hubo más de 120 muertes violentas en menos de 5 años, que eso un porcentaje alto para un pueblo tan pequeño. [...] Entonces la gente por mandato comunitario empieza a decir, “no, aquí hay que acabar las cantinas, aquí hay que acabar con el licor” (comunicación personal, 2020).

A lo largo del proceso de cierre de las cantinas, fue fundamental el papel y liderazgo de las mujeres, pues eran ellas quienes hablaban con los cantineros, procurando hacerles ver su rol en el círculo de violencia en Lerma (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Cuentan que,

Eso empezó a dar resultados, pero había cantineros que no acataban la medida. Entonces cada que había homicidios, pues las señoras, las mujeres, no los hombres, porque si iban los hombres tenían que ir armados y tenían que ir resueltos a matar o a morir. Pero en ese mundo, en esa situación tan machista, iban eran las madres, iban las viudas, porque ya prácticamente había familias donde no había hombres que reclamaran los cuerpos, entonces iban ellas, y en su desesperación, culpaban a los cantineros, los culpaban e incluso hasta, decimos allá, los amarreaban, los empujaban, les reclamaban porque habían generado un espacio donde un familiar había muerto (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Educación.

En esos procesos de reunión y discusión comunitarios, los lerreños también se dan cuenta que muchos de los adultos de la comunidad ya estaban inmersos en la violencia, por lo que era preciso un cambio de enfoque y apostarle más bien a las nuevas generaciones, con el propósito de formarlas en valores y conocimientos orientados a la convivencia pacífica y no a la venganza. De este modo, el segundo pilar del proceso en el corregimiento tiene que ver con el proceso educativo, haciendo especial énfasis en la creación del colegio Alejandro Gómez Muñoz. Explican los habitantes que, para ese momento, en Lerma existían sedes educativas de primaria, más no de bachillerato, por lo que los niños al terminar no tenían más alternativa que involucrarse en el ciclo de violencia. Es por eso que nace la idea de un colegio con bachillerato, que funcione para la transformación de la mentalidad de los jóvenes para construir vida en Lerma (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Junto con el cierre de cantinas, la consolidación del colegio mostró una disminución significativa de la violencia en Lerma, pues se pasó de aproximadamente 90 muertes en un año, a cero (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020). Es importante subrayar que, si bien el colegio fue el producto del esfuerzo de toda la comunidad, cuentan que fue Walter Gaviria quien lideró dicha tarea, dado que recientemente había terminado sus estudios universitarios en Popayán (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Walter narra que,

Vine a la Facultad de Humanidades [...] y hablé con otras personas. La forma de hablar con ellos era decirles, mire estamos en este cuento, es en el pueblo, queremos hacer un

colegio, pero no tenemos nada. Y listo, nos fuimos 4 personas (comunicación personal, 2020).

Sin embargo, eran necesarios más profesores y dotaciones, y es ahí donde se muestra lo sobresaliente del proceso, puesto que “todo el mundo empezó a trabajar en torno a la creación del colegio [...] y el trabajar por ese colegio empoderó la cuestión organizativa” (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Walter explica que,

Quando llegamos allá, nos dicen a todos a los profesores, vea a ustedes no se les va a pagar, pero ustedes no van a necesitar comida, transporte, quien les lave la ropa ni dormida. Van a comer donde fulana de tal una semana, otros van a otro, escojan una de esas 40 casas que hay deshabitadas (comunicación personal, 2020).

En ese sentido, “era la misma gente que hacía empanadas, tamales, sancochos, las fiestas se las inventaron para recoger fondos y poderles pagar algo a los profesores” (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Igualmente,

Los de primaria daban algunas clases, la auxiliar de enfermería daba clases de biología, el padre que era de una vereda, él iba y se dio cuenta del proceso, y dijo yo vengo los jueves, doy la eucaristía y me vengo con un par de religiosas y ellas dan clases de religión. Entonces ya éramos 4, más los profesores de primaria, más otro profesor que daba clase en una vereda, la esposa de él, y otros más. [...] El colegio era en todas partes, era en el pueblo, era en el restaurante de acá, era en este otro lado, en una casa desocupada, y en la casa cural era la rectoría. Estábamos dispersos, pero eso fue muy chévere porque el colegio se involucró absolutamente con toda la gente. Hubo esa comunión con la gente (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

En un comienzo, el colegio funcionó a partir de la creación de una cooperativa, siendo así el Colegio Cooperativo Agropecuario Alejandro Gómez Muñoz de Lerma: “se empezó a llamar colegio cooperativo porque dependía de la cooperativa, y agropecuario por darle un énfasis o una modalidad, y ya el nombre de Alejandro Gómez Muñoz lo tomamos para hacer homenaje a un personaje que nació allí” (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020). La institución se manejó solo por los medios de la comunidad hasta el año 1991, cuando consiguieron la

departamentalización de este, logrando así recursos de la Secretaría de Educación del Cauca, por lo que pasó a llamarse Colegio Departamental Agrícola Alejandro Gómez Muñoz. Asimismo, cuando el proceso comenzó a ganar reconocimiento, se obtuvo recursos de Naciones Unidas para construir el restaurante escolar, también por iniciativa de la comunidad.

Actividad artística.

Otro factor que contribuyó en el proceso lerreño fue la actividad artística y cultural, reconociéndola como la vía adecuada para generar conciencia sobre la etapa crítica del corregimiento, con el propósito de no repetirla. Así, a medida que se iba formando el colegio nace el tercer pilar de la propuesta de paz, que es la recuperación de la identidad a través de la danza, la música, la chirimía, el teatro y el deporte (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Se relata que,

Los estudiantes se tomaron donde eran las cantinas, se convirtieron literalmente en sitios de ensayo de teatro, de música, de danza. [...] Sin querer, logramos que la cantina, que era el sitio de interacción de los jóvenes para matarse, se convirtiera en estos sitios de actividades artísticas y lúdicas. No habíamos pensado que, si les quitábamos un bailadero, una cantina, a los jóvenes pues había que darles algo, y resultó que fueron estos sitios. Eso fue espectacular porque ya empezamos a salir a los eventos, a los concursos de los colegios... y bueno, la parte artística y cultural se difundió por todo el macizo (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

De esta manera, por medio de obras de teatro se reflejaba lo sucedido en Lerma durante la época de la violencia, y explica Luis Alberto Gómez que “ahí fue donde empezamos a conocernos como territorio. Nos daba pena decir que éramos de Lerma, pero después ya no” (comunicación personal, 2020).

En teatro se empezó a trabajar clásicos de teatros, y la gente a eso no le paró bolas. [...] Se descubrió, en los ensayos, Heberto los ponía a improvisar, y la gente improvisaba era sobre la violencia que acababa de vivir o estaba viviendo, y se trasladó eso a los libretos, entonces se empezó a construir “Lerma años sin tiempo”, y eso fue estremecedor cuando se hizo el preestreno, que se hacía público, la gente se identificaba en los personajes y la gente

terminaba llorando del horror, como en un espejo. Esa obra es como un espejo de toda la violencia, de todo lo absurdo, de la gente que se mató por nada. Y eso sirvió de mucho, porque fue como una especie de exorcismo, de sacar todo eso del alma, la venganza, el rencor (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Se empezó a trabajar también desde la creación de música y danza a partir del contexto lernero. Al comienzo, la música en las cantinas era Darío Gómez, y la gente hablaba de eso. Pero con música, hicimos una cosa hasta chistosa, porque se empezó a construir música propia. Porque había que construirle a los de danzas, que empezaron a construir coreografías propias, “la danza de la coca”, “la danza de la caña”, “las lavanderas del río Sánchez”. Entonces aparece “voces del recuerdo” retomando su música, aparecen “los fantasmas del cerro” creando también, Raúl Burbano, uno de los líderes, era un compositor, y empieza a hablar de una música que igual a todo el proceso, ya no habla de la muerte, sino que empieza a hablar de la vida y la esperanza (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

Dentro de este pilar del proceso, se resalta además la propuesta del evento anual “Vistamos a Lerma de paz”. Se trata de un evento enfocado en “recordar y hacer memoria histórica de los hechos para que no vuelvan a suceder”, siendo así “la oportunidad que nosotros tenemos cada año de encontrarnos, para hacer un análisis de cómo vamos” (Herney Ruiz, comunicación personal, 2020). Es un evento que actualmente se encuentra institucionalizado y que, igualmente, funciona para darle a conocer el proceso a la población que llega a Lerma desde otras partes del territorio colombiano.

El primer evento permitió generar una memoria histórica, hacer un recorrido y colocar como un mensaje una tumba y una cruz donde cayó cada persona, y eso se colocó en todo el pueblo. Es ahí donde Didier y el profe Luis Alberto dicen “bueno, pues si colocáramos una cruz como acostumbramos las comunidades rurales y campesinas, entonces Lerma sería un cementerio”, y los carros no podrían transitar, en muchas casas no se podría cerrar la puerta porque ahí hay que colocar la cruz, en el centro del templo habría que colocar otra cruz. [...] Entonces lo que permite es visibilizar que existieron unos hechos, y cómo esa memoria permite que ojalá la historia no se vuelva a repetir (Herney Ruiz, comunicación personal, 2020).

Como se ha mostrado, los tres pilares que fundamentan el proceso de construcción de paz en Lerma surgen desde las propuestas que la comunidad misma generó en espacios de toma de decisión informales y formales. La organización comunitaria, la educación y la actividad artística, constituyeron así tres elementos que, para los lerreños, eran vitales para la reconciliación en el territorio tras la violencia vivida durante años. Esto resulta clave en la medida que da cuenta de un conocimiento basado en la experiencia, en el contexto y en las particularidades del conflicto en el corregimiento, que les permite una construcción de la paz desde prácticas cotidianas que para muchos no son particularmente obvias, como el cerrar las cantinas o el crear un colegio. A continuación, se detallan los tres pilares articulados por la comunidad con sus respectivas prácticas y/o estrategias, así como los actores que las impulsaron.

Tabla 1. Pilares del proceso en Lerma, prácticas y actores

	Organización comunitaria	Educación	Actividad artística
Prácticas	<ul style="list-style-type: none"> - Reuniones Juntas de Acción Comunal (JAC) - Espacios de discusión - Prohibición de venta de bebidas alcohólicas - Cierre de cantinas 	<ul style="list-style-type: none"> - Creación del colegio Alejandro Gómez Muñoz 	<ul style="list-style-type: none"> - Obras de teatro, danza y música propias - Conmemoración evento “Vistamos a Lerma de Paz”
Actores	<ul style="list-style-type: none"> - Juntas de Acción Comunal (JAC) y otras juntas (acueducto, parroquial, para la reserva del cerro de Lerma) - “Fuerzas Vivas” y Comité para el Desarrollo de Lerma - Mujeres, adultos mayores, jóvenes 	<ul style="list-style-type: none"> - Walter Gaviria - Profesores - Padre y monjas - Auxiliar de enfermería - Comunidad en general 	<ul style="list-style-type: none"> - Estudiantes - Profesores - Niños y jóvenes - Comunidad en general

Fuente: Elaboración propia

En suma, esos tres pilares contribuyeron significativamente no solo a reducir el índice de muertes violentas a cero en el corregimiento, sino también, a reconstruir el tejido social: “ahí es cuando ya

empezamos a conocernos hacia afuera, no como un pueblo en donde se mataban sino un pueblo donde se construía paz” (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Estos pilares fueron concebidos y ejecutados fundamentalmente por los actores locales, funcionando así por 10 años, desde 1988 hasta 1998. De este año en adelante, afirman sus habitantes, se ha dado una especie de divorcio entre la comunidad y el colegio (Edgar Rodríguez, comunicación personal, 2020), rompiéndose en cierta medida la articulación entre ambos (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). No obstante, también se sostiene que la comunidad en general aún continúa trabajando por la paz en Lerma; además, actores del orden municipal y regional se han involucrado, reconociendo a Lerma como Territorio de Paz, en 2013 por el municipio de Bolívar, y en 2016 por el departamento del Cauca. Actualmente, la comunidad se encuentra trabajando y fortaleciendo temas como la educación para adultos, el gobierno escolar, la emisora comunitaria, y la recuperación de las noches de talento y cine.

Construcción de paz con la naturaleza: la Escuela Agroambiental Arraigo

Como se vio, el proceso organizativo en Lerma para frenar la violencia y mejorar las condiciones de vida de la comunidad se fundamentó en tres pilares. A partir de ahí, gracias a las enseñanzas y liderazgos que este dejó, varios de sus habitantes hacia finales de los años noventa, se dieron cuenta que la construcción de paz implicaba no solo la paz entre los lerreños, sino también la paz con la naturaleza, dado el acumulado histórico que presenta el territorio, caracterizado por el uso y cultivo de la hoja de coca. Herney Ruiz cuenta que, para esa época, él decía que

La paz se construía o se puede construir, pero que en esa paz tenía que haber armonía entre el ser humano con la naturaleza, entre el ser humano con la espiritualidad, y entre el ser humano con el ser humano, de lo contrario era muy difícil. Y, ¿cómo es eso? pues es que, si nosotros no respetamos nuestra tierra, pues va a ser difícil nosotros tener algo ahí porque ese es nuestro territorio, es donde vivimos (comunicación personal, 2020).

Es por eso que en Lerma desde aproximadamente el año 2000 hasta la actualidad, se viene realizando una propuesta de cultivos alternativos, como una forma de recuperar la relación entre el campesino y la tierra, que se vio deteriorada durante la violencia vivida en el corregimiento. De este modo, el proyecto nace con el objetivo, por un lado, de reivindicar el uso de la hoja de coca

de manera lícita, y por otro lado, de garantizar su seguridad alimentaria. Según Herney Ruiz, la propuesta se ha concebido en dos vías. La primera vía hace referencia a los procesos que vienen adelantando campesinos y asociaciones de campesinos en el territorio que, aunque cuentan con pocas hectáreas para cultivar, han retomado la siembra de productos como el café, la yuca, la caña y los frutales, como una manera de resistencia. La segunda vía, es más compleja, y se trata de la creación de la Escuela Agroambiental Arraigo (comunicación personal, 2020).

La Escuela Agroambiental Arraigo, en esencia, busca un desarrollo alternativo con base en la transformación de la hoja de coca. En ese sentido, consiste en la producción de coca orgánica que puede ser utilizada no solo en lo medicinal o cultural, sino también en la alimentación en forma de harina o bebida, y en la producción de abonos para otros cultivos que contribuyan a lograr una soberanía alimentaria y a recuperar las costumbres en torno a la tierra. Herney Ruiz, líder de la iniciativa, explica que

La propuesta tiene que ver con la diversificación del cultivo de la hoja de coca. En ese sentido, esta propuesta lo que siempre ha tenido es que se deben cultivar los cultivos de hoja ancestrales, y cuando hablamos de diversificar el cultivo, es hacer lo que hacían los abuelos, en pequeñas extensiones de tierra, se tiene coca orgánica, o sea cero químicos, pero no solamente eso, tiene que tener también sus maticas de café, tiene que tener las plantas medicinales, tiene que tener sus palos de frutales, en los espacios que pueda tener, aprovechar los tiempos de invierno para sembrar el maíz y el frijol, tiene que dejar espacios que son amigables con la naturaleza, que no se pueden tocar. [...] De ahí, entonces ya lo que tiene que ver con la transformación de la misma hoja de coca, esa es otra propuesta que ya lleva añitos resistiendo en el territorio (comunicación personal, 2020).

Lo ocurrido durante la bonanza cocalera y la violencia producto de esta en los ochenta, dejó como lección a los lerreños el hecho de que para sobrevivir y mantenerse en el territorio debían darle un uso alternativo a la hoja de coca, sin que esto significara abandonar los cultivos de alimentos tradicionales, como sucedió cuando el narcotráfico permeó la zona. Así nace la Escuela Agroambiental Arraigo, que comienza a funcionar como tal en el año 2004 por iniciativa de la comunidad, pero también como parte del Comité de Integración Social del Macizo Colombiano (CIMA), integrado por organizaciones campesinas de varios municipios del departamento del

Cauca y de Nariño, en donde también se han puesto en funcionamiento otras escuelas agroambientales.

El propósito de estas escuelas agroambientales, incluida la de Lerma, es generar, transmitir e intercambiar aprendizajes campesinos, específicamente sobre “las formas de cultivar la tierra sin afectar el mismo ambiente, los conocimientos que se tienen ancestrales de la tierra, de la armonía con la tierra, con las plantas, de trabajar con el sol, con las semillas” (Herney Ruiz, comunicación personal, 2020). Según Alegría y Macías (2019), las escuelas agroambientales del CIMA

Han permitido fortalecer la identidad campesina como apuesta política en la lucha del reconocimiento del campesino como sujeto de derecho, asimismo, reivindicar el saber campesino como contraste a la contaminación de las apuestas homogeneizadoras de producción, reflejadas en la Revolución Verde que, más allá de aumentar los indicadores de productividad, ha dejado una alta dependencia a insumos externos y sistemas productivos insostenibles por el pequeño productor.

Al respecto, Herney Ruiz sostiene que

Entonces, ¿qué ganamos con eso? Ganamos el aprendizaje, y ganamos que nada tiene que envidiarle técnicamente a lo que nos ofrece el mercado. Se abaratan los costos, y es fácil producir [...] Y fuera de eso, se queda el aprendizaje en todo el que participa, entonces lo puede hacer usted, y si usted aprende, aprende su familia y puede unirse con más. [...] El impacto es el enamoramiento a que, fuera de sembrar coca, tenemos que sembrar comida (comunicación personal, 2020).

Sobre la Escuela Arraigo, Herney explica además que esta representa una salida para aquellos campesinos que no se van y se quedan resistiendo en el territorio ante los procesos de fumigación y erradicación, lo cual les permite fortalecer la economía de la región, que ha tenido que competir con las dinámicas del narcotráfico (comunicación personal, 2020). De esta manera, la propuesta en Lerma ha logrado visibilizar los usos alternativos de la hoja de coca a nivel local, regional y nacional, articulándose con el CIMA a partir de ocho apuestas que son materializadas también en otras escuelas agroambientales: apuesta al desarrollo social y ambiental; al desarrollo familiar y comunitario; al desarrollo acuícola; al desarrollo forestal y rastrojero; al desarrollo agrícola; al

desarrollo pecuario; al desarrollo de la agroindustria rural; y al desarrollo de comercialización y trueque (Alegría y Macías, 2019).

En definitiva, puede afirmarse que el proceso en Lerma ha implicado también una construcción de paz con la naturaleza no-humana, pensando en la hoja de coca y su uso ancestral como centro de la paz. En un contexto de abandono estatal, la hoja de coca supone soberanía alimentaria y el impulso de su economía, es decir, provee sustento y autonomía. A partir de metodologías propias, los lerreños le han apostado entonces al fortalecimiento de la identidad campesina y a la reivindicación de su saber, logrando que el tema de la coca sea incluido en los planes de desarrollo municipales y departamentales. Actualmente, y con la ayuda del SENA, en el territorio se están estudiando otros usos alternativos de la hoja coca, gracias a un permiso emitido en 2016 por 5 años. Asimismo, el impacto de la Escuela Agroambiental y del proceso de paz lerreño ha sido tal, que ya se están dando iniciativas sobre un turismo agroecológico en el corregimiento.

Conclusiones: Las cotidianidades y la naturaleza no-humana como paz alternativa

Luego del estudio del proceso adelantado en Lerma, es posible afirmar que este se trata de un caso que permite evidenciar lo planteado en la literatura que discute sobre las iniciativas locales de paz independientes o por derecho propio, en donde se resalta lo local como un medio de emancipación desde la necesidad de escuchar las voces de “abajo”. De este modo, se ponen en un primer plano elementos que suelen ser considerados secundarios como la resistencia, la educación, la cultura, la naturaleza y el territorio. El caso de Lerma da cuenta, entonces, de lo planteado por Rojas (2004) sobre las zonas de paz, siendo ejemplo de cómo una comunidad local fue capaz de asumir su propia posición y adoptar una agenda independiente de los actores estatales, los actores internacionales y los actores armados para promover la reconciliación en sus propios términos.

Como se vio, el proceso de Lerma consistió en una construcción propia, es decir, a partir de dinámicas y metodologías propias, y fue así como desde su contexto y vivencias la comunidad decidió organizarse delineando ella misma bajo qué términos hacerlo. De ahí que la paz en Lerma puede comprenderse como lo que Naucke (2017) denominaba una “construcción de paz al revés”, esto es, una construcción de paz desde las definiciones de las comunidades locales, donde son ellas los principales actores de transformación ante un Estado que permanece relativamente ausente. Además, al entender la paz como un proceso construido por los actores locales desde sus prácticas cotidianas, como lo reflejan los tres pilares establecidos por los lerreños, cobra relevancia lo que sostienen Mac Ginty (2014) y Roberts (2011) sobre la *everyday peace* o paz cotidiana, donde son las prácticas, normas y acuerdos establecidos desde lo local los que contribuyen a reducir la violencia y a mejorar las condiciones de vida de la población, reforzando a su vez, la idea de que la paz cotidiana constituye una forma de agencia, como lo sugiere Hancock (2018).

Igualmente, es claro que el proceso en Lerma se trata de una construcción colectiva, que obedece a un tipo de conocimiento particular de la comunidad que le permite asumir la toma de decisiones con respecto a su territorio. En ese sentido, es la misma comunidad quien define la mejor vía para solucionar sus problemáticas y proveer seguridad. Ejemplo de ello fue cuando la comunidad descartó la idea de establecer un puesto de policía o militar para frenar la violencia, y optó por medidas menos ortodoxas como el cierre de las cantinas. Precisamente, eso es lo que explica

Roberts (2011) cuando menciona que en contextos de violencia a nivel local, la seguridad generalmente no está asociada a la institucionalización de corte liberal, sino que tiene que ver con la superación individual de contingencias rutinarias y cotidianas, mostrando que la seguridad se vuelve subjetiva y trasciende el monopolio legítimo de la fuerza del Estado.

En esa misma línea, es fundamental aludir a lo planteado por Courtheyn (2016) cuando demuestra que la paz no siempre se hace desde la diplomacia estatal o por la vía militar y que, en contraste, las comunidades tienen la capacidad de crear paz en sus propios términos. Vista así, la paz no se trata de una condición lograda con acuerdos formales ni de un estado ideal caracterizado por la ausencia de la violencia, sino que refiere a un proceso compuesto de prácticas cotidianas que no tiene fin. Esto se ve reflejado en lo que cuenta Walter Gavia, al explicar que

El proceso ya no depende de si se vende o no se vende cerveza, o si está Walter o tal y tal individuo, el proceso es otra cosa. Hace 20 o 30 años sí dependía de eso, porque era para sobrevivir, hoy sigue siendo una cuestión colectiva, pero ya es una construcción de la vida. Ya no es sobrevivir a la muerte o esconderse de las balas, sino es ya una construcción, que paradójicamente es más difícil (comunicación personal, 2020).

Otro aspecto importante de la experiencia en Lerma tiene que ver con que su proceso de construcción de paz supone no solo una comprensión distinta de lo que representa el territorio, sino también una relación estrecha con la naturaleza. Así, por un lado, desde lo propuesto por Courtheyn (2016; 2017b) podría afirmarse que en Lerma se construye una paz “otra” o alternativa, que define el territorio no como un lugar sujeto al control o como una entidad aislada del individuo, sino como un lugar donde se construyen relaciones entre los seres humanos y también con la naturaleza. Se trata de una territorialidad relacional entre los humanos y la naturaleza no-humana, es decir, una territorialidad que va más allá del Estado y que reconoce el territorio como un espacio de creación de colectividad, o como lo llama Courtheyn, una *alter-territorialidad*.

Por otro lado, desde Lederach (2017) podría argumentarse además que durante la época de la violencia vivida en el corregimiento se vieron afectadas las relaciones constitutivas que tenían los campesinos lermeños con la tierra, en especial con la hoja de coca, haciendo que se sintieran desarraigados. Ahí es donde tanto el proceso de autogestión comunitario como la iniciativa de la

Escuela Agroambiental Arraigo, se muestran como una forma de recuperar las relaciones con la tierra, reivindicando el uso de la hoja de coca como símbolo de la historia lerreña. De esta manera, el enfoque multiespecies propuesto por Lederach (2017) puede ser aplicado en Lerma, en tanto evidencia las formas en las que la violencia puede afectar e interrumpir múltiples vidas y relaciones, no solo las humanas.

Es por eso que esa concepción de la construcción de paz en Lerma contrasta con la visión de la paz de arriba hacia abajo o *top-down*, en donde lo local se ve únicamente como una forma de legitimar los procesos diseñados externamente y de reducir los costos de esas intervenciones de paz. Se pone en entredicho, entonces, lo planteado en la corriente de la literatura que asegura que una paz efectiva implica una combinación de principios del internacionalismo liberal y apropiación local (Donais, 2009), o que sostiene que es preferible un modelo híbrido de paz que involucre aspectos internacionales y locales (Mac Ginty, 2010; Belloni, 2012). El caso de Lerma muestra que lo local no siempre está subordinado a lo internacional o estatal, y que no es un solo un componente dentro de un proceso más grande, sino que tiene validez por derecho propio; es una alternativa a la paz liberal que plantea que el conocimiento es externo a la comunidad.

En lo que respecta a los resultados positivos que demostró el proceso organizativo adelantado en Lerma entre 1988 y 1998 a través de los tres pilares, resulta útil considerarlos a partir de las tres dimensiones que sugieren Idler et al. (2015) para analizar por qué algunos procesos tienen mayores alcances o son más exitosos que otros, revisadas en el capítulo II. La primera dimensión tiene que ver con los aspectos internos del proceso, como su grado de cohesión, de participación masiva de la comunidad y de liderazgo colectivo. Como se mostró, el proceso lerreño supuso el compromiso de la comunidad en su conjunto, desde las reuniones informales para discutir la situación crítica del corregimiento y la búsqueda de soluciones, hasta la creación de liderazgos desde las JAC, las Fuerzas Vivas, el colegio Alejandro Gómez Muñoz y las artes.

Así, sus habitantes aseguran que “cuando hay problemas, tratamos de involucrarnos todos, y decir bueno, resolvámoslo entre todos. Juntándonos, a través de las Juntas de Acción Comunal, cuando son problemas comunes y respetando la diferencia del otro” (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Asimismo, explican que

Programan mingas, jornadas de trabajo, gestionan conjuntamente ante el gobierno departamental, local y nacional, entonces es una especie de confluencia entre organización comunitaria y organización social. Ese elemento me parece muy importante en la construcción local, y de cómo va evolucionando Lerma [...] hacia plantear Territorio de Paz, pero no lo plantean por la coyuntura del momento, sino a través de todo el acumulado de la organización que han traído (Víctor Collazos, comunicación personal, 2020).

Esa organización desde la base, participativa y colectiva, es entonces uno de los elementos más sobresalientes del proceso lerreño,

Yo creo que ahí más o menos está sustentada cuál es la propuesta de paz que desde este territorio le seguimos proponiendo al Estado. Una paz con la gente, porque es que la vaina de la paz que se inventó Santos y las FARC es que ellos pensaron que la paz era no más silenciar fusiles y la paz, no, va mucho más allá de eso. [...] La paz hay que hacerla es con el pueblo. Entonces mire nosotros acá le hemos demostrado cuando Walter viene y nos incluyó al de la junta, al profesor, al presidente de la junta. [...] Y cuando usted le pregunta a la gente cómo resolver un problema, hay empoderamiento, hay necesidades de salir adelante (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020).

La segunda dimensión propuesta por Idler et al. (2015) hace referencia a la relación que se establece entre la comunidad y los actores armados en el territorio. Como se mencionó, en el corregimiento hicieron presencia grupos como el M-19 y las FARC-EP, aunque sin mayor incidencia, así como grupos paramilitares. Sin embargo, existe un episodio que vale la pena mencionar y es cuando tras 3 o 4 años del proceso comunitario, se empezaron a abrir nuevamente las cantinas por autorización de grupos armados, pasando por encima del Comité para el Desarrollo de Lerma y de la autonomía del proceso. Frente a esta situación, el Comité reaccionó y programaron una reunión con miembros del ELN que, tras escuchar sobre el proceso lerreño, frenaron la orden de abrir las cantinas (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020). Lo anterior, muestra cómo la comunidad se mantuvo firme en su proceso, llegando a dialogar con los grupos armados con el fin de que estos respetaran el mandato comunitario.

Ahora bien, la relación establecida entre la comunidad y el Estado es más compleja. Los lerreños explican que la presencia estatal en el territorio ha sido precaria, y es por eso que ellos decidieron emprender el proceso de paz por sus propios medios. Walter Gaviria cuenta que,

Nos sucedió una cosa muy curiosa, y es que nosotros no le mendigamos nunca al Estado que nos fuera a hacer cosas. Ni al Estado ni a nadie. Fue la decisión más sabia en ese momento, de no poner en manos ajenas lo que al interior del proceso había que hacerse. Decíamos en ese momento, nadie va a venir a hacernos las cosas ni a decirnos qué hacer. Eso fue valioso también para los grupos armados, que afortunadamente en algún momento lograron entender esos niveles de autonomía que quería ese proceso y lo dejaron avanzar, sin inmiscuirse, ni favorable ni en contra (comunicación personal, 2020).

La comunidad asegura que fue solo después de que el proceso organizativo ganara cierto reconocimiento a nivel regional y nacional, que los gobiernos municipal y departamental empezaron a involucrarse parcialmente en los procesos del corregimiento. Por ejemplo, tras ganar el premio Procomún en el año 1993 a la mejor experiencia de autogestión comunitaria en el país, la secretaría de educación del departamento comienza a asumir los costos del colegio. Igualmente, pese a que Lerma fue reconocido como Territorio de Paz tanto por el municipio como por el departamento, los habitantes manifiestan que “esas ordenanzas aparecen no porque los gobiernos hayan querido [...] es la iniciativa de la comunidad, una insistencia” (Luis Alberto Gómez, comunicación personal, 2020).

Nosotros decíamos, el destino histórico de Lerma tiene que construirlo la gente de Lerma. Así se equivoque en el rumbo que coja, habrá formas de corregirlo, pero tiene que asumirlo es la propia gente desde las ideas y desde las prácticas. Era como hacer las cosas desde el interior, desde las circunstancias cotidianas (Walter Gaviria, comunicación personal, 2020).

El problema, no obstante, han sido las visiones encontradas sobre lo que significa la paz y los medios para construirla, puesto que “la construcción de paz territorial que hacen las comunidades, como lo hacen en el marco de su autonomía y sus necesidades, como que no encuentra respuesta en la construcción de paz que hace el gobierno” (Víctor Collazos, comunicación personal, 2020).

Para los lerreños, su proceso entraña una propuesta de paz alternativa a la que el Estado formula, en tanto

La construcción territorial de paz local hace mucho énfasis en la convivencia y en ganar herramientas y formas propias de, desde ellos según la autonomía, buscar formas de solucionar los conflictos; y el énfasis del gobierno es que, digamos que la facilitación de la convivencia se hace como desde afuera y más con un énfasis de militarización del territorio, de ejercicio de la fuerza pública (Víctor Collazos, comunicación personal, 2020).

Por último, la tercera dimensión esbozada por Idler et al. (2015) para considerar los resultados positivos de iniciativas de construcción de paz, concierne la forma en que los actores externos, como ONGs, interactúan con la comunidad. En el caso de Lerma, si bien el proceso funcionó en un principio enteramente desde los actores locales, más adelante después de adquirir cierto reconocimiento, hubo un acompañamiento por parte de organismos internacionales como Naciones Unidas y apoyo de organizaciones como el Comité de Integración Social del Macizo Colombiano (CIMA), la Asociación Minga en Bogotá o Secours Catholique. Lo fundamental de esto, es que dicho apoyo financiero y técnico se dio sin que significara una transformación en el protagonismo de la comunidad local como principal actor de la construcción de paz, es decir, sin que representara un obstáculo o la imposición de reglas por parte de actores ajenos a la comunidad, como Alther (2006) e Idler et al. (2015) advierten que puede suceder.

Hasta aquí, se ha querido mostrar cómo el caso del Territorio de Convivencia y Paz de Lerma constituye un importante objeto de estudio desde un enfoque antropológico de la paz. A lo largo de esta última parte, han quedado en evidencia tanto las convergencias como las divergencias que presentan el proceso de construcción de paz en Lerma y los enfoques para la construcción de paz en la literatura nacional e internacional. Lo anterior, deja en claro un contraste entre la teoría y la práctica sobre los territorios de paz en Colombia, que invita a repensar la manera en que se aborda la transformación de los conflictos en el país y las vías para construir paces en conexión con las realidades y contextos de quienes experimentan de primera mano la violencia, pero también en sintonía con el cuidado de la naturaleza no-humana.

El proceso lerreño, es hoy una experiencia histórico-social y cultural donde se evidencia que en Colombia es posible la construcción de paz desde lo local, en la medida que ha propiciado el logro de resultados positivos desde sus cotidianidades. De manera proactiva y prospectiva, con el propósito de consolidar el empoderamiento comunitario hacia el desarrollo de la paz, sería importante y conveniente adentrarse más adelante en estudios que faciliten la identificación tanto de fortalezas y oportunidades, como de debilidades y amenazas, que van surgiendo en el día a día de la dinámica social actual en Lerma, de tal manera que sean los miembros de la comunidad quienes se fortalezcan como gestores auténticos de su propio desarrollo mediante la formulación de políticas, planes y proyectos. Asimismo, sería interesante explorar el camino a seguir en el proceso del territorio de paz para que este no se vea afectado negativamente ante circunstancias en que otros procesos de construcción de paz desde lo global a partir de agentes externos, accedan a requerimientos de apoyo y colaboración en un mundo globalizado.

Para finalizar, solo queda resaltar nuevamente los dos ejes desde los que se ha definido y construido una paz alternativa en Lerma: las prácticas cotidianas de la comunidad local, como se vio con los tres pilares que dieron fuerza al proceso: la organización comunitaria, la educación y la actividad artística, y la reconstrucción de las relaciones con la naturaleza no-humana, como se vio con la propuesta de la Escuela Agroambiental Arraigo. Precisamente, son esos dos ejes desde los cuales esta propuesta de investigación ha sustentado, analizado y retomado la experiencia de Lerma, con el fin de aportar a otras comunidades en su propia construcción. Esto, en la necesidad de generar un proceso interno desde las comunidades para adelantar asertivamente procesos de construcción de paz desde lo local que respondan a las necesidades de convivencia y paz en los territorios, y más aún, en un momento en donde el liderazgo del ámbito local, y no solo su inclusión retórica, parece inevitable para una paz sostenible en Colombia.

Bibliografía

- Alegría, Gustavo y Macías, William. 2019. Formación agroecológica en la experiencia de las “escuelas agroambientales” del Comité de Integración de Macizo Colombiano (CIMA). En *Agroecología. Experiencias comunitarias para la Agricultura Familiar en Colombia*, eds. Álvaro Acevedo Osorio y Nathaly Jiménez Reinales, 207-230. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios-uniminuto, Editorial Universidad del Rosario.
- Alther, Gretchen. 2006. Colombian peace communities: the role of NGOs in supporting resistance to violence and oppression. *Development in Practice* 16, no. 3-4: 278-291.
- Bautista, Sandra. 2017. Contribuciones a la fundamentación conceptual de paz territorial. *Revista Ciudad Paz-ando* 10.1: 100-110.
- Belloni, Roberto. 2012. Hybrid Peace Governance: Its Emergence and Significance. *Global Governance: A Review of Multilateralism and International Organizations* 18, no. 1: 21-38.
- Björkdahl, Annika y Höglund, Kristine. 2013. Precarious peacebuilding: Friction in global–local encounters. *Peacebuilding* 1, no. 3: 289-299.
- Bräuchler, Birgit y Naucke, Philipp. 2017. Peacebuilding and conceptualisations of the local. *Social Anthropology* 25, no. 4: 422-436.
- Burnyeat, Gwen. 2013. On a Peak in Darien: Community Peace Initiatives in Urabá, Colombia. *Journal of Human Rights Practice* 5, no. 3: 435-445.
- Burnyeat, Gwen. 2017. “Rupture” and the State: The “Radical Narrative” of the Peace Community of San José de Apartadó, Colombia. *Antípoda Revista de Antropología y Arqueología* 29: 17-40.

- Cárdenas, Yeisson. 2018. Diálogos Bioculturales entre Aves y Campesinos de Lerma-Cauca: Volando por la Paz. Tesis de pregrado, Universidad Pedagógica Nacional, Colombia.
- Carrizosa, Julio. 2018. Ambiente y paz hoy en Colombia. *Gestión y Ambiente* 21, no. 2: 155-161.
- Courtheyn, Christopher. 2016. Comunidad de Paz: Una paz “otra” en San José de Apartadó-Colombia. *Polisemia* 22: 55-72.
- Courtheyn, Christopher. 2017a. Peace geographies: Expanding from modern-liberal peace to radical trans-relational peace. *Progress in Human Geography* 42, no. 5: 741-758.
- Courtheyn, Christopher. 2017b. Territories of peace: alter-territorialities in Colombia’s San José de Apartadó Peace Community. *The Journal of Peasant Studies* 45, no. 7: 1432-1459.
- Curle, Adam. 1994. New Challenges for Citizen Peacemaking. *Medicine and War* 10, no. 2: 96–105.
- Donais, Timothy. 2009. Empowerment or imposition? Dilemmas of local ownership in post-conflict peacebuilding processes. *Peace & Change* 34, no. 1: 3-26.
- Dudouet, Véronique. 2012. Resistencia no violenta en las asimetrías de poder. En *Berghof Handbook for Conflict Transformation*, online version, eds. Beatrix Austin, Martina Fischer y Hans J. Giessmann.
- Galtung, Johan. 1976. Three approaches to Peace: Peacekeeping, Peacemaking and Peacebuilding. En *Peace War and Defense: Essays en Peace Research*, Vol. II. Copenhagen: Christian Ejlertsen.
- Hancock, Landon E. 2013. Zones of peace. En *Routledge Handbook of Peacebuilding* Routledge, ed. Roger Mac Ginty, 237-248. Abingdon: Routledge.

- Hancock, Landon E. 2018. Legitimate agents of peacebuilding: Deliberative governance in zones of peace. En *Local Peacebuilding and Legitimacy: Interactions Between National and Local Levels*, eds. Landon E. Hancock y Christopher Mitchell, 20-42. Londres: Routledge.
- Hancock, Landon E. y Mitchell, Christopher. 2018. Legitimacy, peace, and peacebuilding. En *Local Peacebuilding and Legitimacy: Interactions Between National and Local Levels*, eds. Landon E. Hancock y Christopher Mitchell, 222-236. Londres: Routledge.
- Hernández, Esperanza. 2002. La paz y la no violencia adquieren significado propio en Colombia en las iniciativas de paz que construyen las bases desde lo local. *Reflexión Política* 4, no. 8: 106-116.
- Hernández, Esperanza. 2008. La Paz imaginada por quienes la construyen: Iniciativas Civiles de Paz de Base Social identifican sus sueños de Paz. *Reflexión Política* 10, no. 19: 134-147.
- Hernández, Esperanza. 2009. Resistencias para la paz en Colombia. Experiencias indígenas, afrodescendientes y campesinas. *Revista Paz y Conflictos* 2: 117-135.
- Idler, Annette, Cécile Mouly y María Belén Garrido. 2018. Between shadow citizenship and civil resistance: Shifting local orders in a Colombian war-torn community. En *Local Peacebuilding and Legitimacy: Interactions Between National and Local Levels*, eds. Landon E. Hancock y Christopher Mitchell, 43-62. Londres: Routledge.
- Idler, Annette, María Belén Garrido y Cécile Mouly. 2015. Peace territories in Colombia: Comparing civil resistance in two war-torn communities. *Journal of Peacebuilding and Development* 10, no. 3: 1-15.
- Idler, Annette y Paladini Adell, Borja. 2015. When peace implies engaging the ‘terrorist’: Peacebuilding in Colombia through transforming political violence and terrorism. En *Researching Terrorism, Peace and Conflict Studies: Interaction, Synthesis and Opposition*, eds. Ioannis Tellidis y Harmonie Toros, 124-145. Londres: Routledge.

- Jaramillo, Sergio. 2014. La paz territorial. Oficina del Alto Comisionado para la Paz. Presidencia de la República. <<https://interaktive-demokratie.org/files/downloads/La-Paz-Territorial.pdf>> (Recuperado el 8 de octubre de 2020).
- Lederach, Angela. 2017. "The Campesino Was Born for the Campo": A Multispecies Approach to Territorial Peace in Colombia. *American Anthropologist* 119, no. 4: 589-602.
- Lederach, John Paul. 1995. Conflict Transformation in Protracted Internal Conflicts: The Case for a Comprehensive Framework. En *Protracted Internal Conflicts*, ed. Kumar Rupesinghe. Londres: MacMillan Press.
- Lederach, John Paul. 1997. *Building Peace: Sustainable Reconciliation in Divided Societies*. Washington, DC: United States Institute of Peace Press.
- Lederach, John Paul. 2007. *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Bogotá: PNUD / CRS / Justapaz / Bakeaz / Gernika Gogoratz.
- Lederach, John Paul. 2008. *La Imaginación Moral. El arte y el alma de construir la paz*. Bogotá: Editorial Norma.
- Leonardsson, Hanna y Rudd, Gustav. 2015. The 'local turn' in peacebuilding: a literature review of effective and emancipatory local peacebuilding. *Third World Quarterly* 36, no. 5: 825-839.
- Lermaesvida.org. 2018. Lerma, un rincón para la vida. <<https://sites.google.com/site/lermaesvida/Home?authuser=0>> (Recuperado el 17 de agosto de 2020).
- Mac Ginty, Roger. 2010. Hybrid Peace: The Interaction Between Top-down and Bottom-up Peace. *Security Dialogue* 41, no. 4: 391-412.

- Mac Ginty, Roger. 2014. Everyday peace: Bottom-up and local agency in conflict-affected societies. *Security Dialogue* 45: 548-564.
- Mac Ginty, Roger. 2015. Where is the local? Critical localism and peacebuilding. *Third World Quarterly* 36, no. 5: 840-856.
- Mac Ginty, Roger y Firchow, Pamina. 2016. Top-down and bottom-up narratives of peace and conflict. *Politics* 36, no. 3: 308-323.
- Mac Ginty, Roger y Polanska, Malgorzata. 2015. When the Local Meets the International: From Resilience to Global Governance. En *Global Trends 2015: Prospects for World Society*, eds. Tobias Debiel, Michèle Roth y Cornelia Ulbert, 193-208. Alemania: Development and Peace Foundation.
- Mac Ginty, Roger y Richmond, Oliver. 2013. The Local Turn in Peace Building: a critical agenda for peace. *Third World Quarterly* 34, no. 5: 763-783.
- Mahecha, Jimena. 2018. Iniciativas locales de paz: tres casos desde la resistencia civil para la reflexión. *Ciencia Política* 13, no. 26: 153-181.
- Mitchell, Christopher y Rojas, Catalina. 2012. Against the stream: Colombian zones of peace under democratic security. En *Local Peacebuilding and National Peace: Interaction Between Grassroots and Elite Processes*, eds. Christopher R. Mitchell y Landon E. Hancock, 39-67. Londres: Continuum.
- Mouly, Cécile, Annette Idler y Belén Garrido. 2015. Zones of Peace in Colombia's Borderland. *International Journal of Peace Studies* 20, no. 1: 51-63.
- Mouly, Cécile y Garrido, María Belén. 2018. No a la guerra: resistencia civil en dos comunidades periféricas de Colombia. *Desafíos* 30, no. 1: 245-277.

- Muñoz, Francisco. 2003. *La Paz Imperfecta ante un universo en conflicto*. Granada: Instituto de la paz y los conflictos.
- Naucke, Philipp. 2017. Peacebuilding upside down? How a peace community in Colombia builds peace despite the state. *Social Anthropology* 25, no. 4: 454-469.
- Paffenholz, Thania. 2014. International peacebuilding goes local: analysing Lederach's conflict transformation theory and its ambivalent encounter with 20 years of practice. *Peacebuilding* 2, no. 1: 11-27.
- Paffenholz, Thania. 2015. Unpacking the local turn in peacebuilding: a critical assessment towards an agenda for future research. *Third World Quarterly* 36, no. 5: 857-874.
- Paladini Adell, Borja. 2011. *Construcción de paz, transformación de conflictos y enfoques de sensibilidad a los contextos conflictivos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Reimann, Cordula. 2004. Assessing the State-of-the-Art in Conflict Transformation. En *Transforming Ethnopolitical Conflict*. The Berghof Handbook, eds. Alex Austin, Martina Fischer y Norbert Ropers, pp. 41-66. Berlin: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Richmong, Oliver. 2013. Failed statebuilding versus peace formation. *Cooperation and Conflict* 48, no. 3: 378-400.
- Roberts, David. 2011. Post-conflict peacebuilding, liberal irrelevance and the locus of legitimacy. *International Peacekeeping* 18, no. 4: 410-424.
- Rodríguez, Mery. 2012. Colombia: From grassroots to elites – how some local peacebuilding initiatives became national in spite of themselves. En *Local Peacebuilding and National Peace: Interaction Between Grassroots and Elite Processes*, eds. Christopher R. Mitchell y Landon E. Hancock, 69-91. Londres: Continuum.

Rojas, Catalina. 2004. The people's peace processes: Local resistance processes and the development of "zones of peace" in Colombia. *Reflexión Política* 6, no. 11: 70-87.

Rojas-Robles, Rosario. 2018. Ambiente y post-acuerdo en Colombia: la construcción de una paz integral y con la naturaleza no-humana. *Gestión y Ambiente* 21, no. 2: 183-192.

Sharp, Gene. 2014. *Cómo funciona la lucha noviolenta*. Boston: The Albert Einstein Institution.

TerriData. 2020. Ficha territorial Bolívar, Cauca. <<https://terridata.dnp.gov.co/index-app.html#/perfiles/19100>> (Recuperado el 16 de agosto de 2020).

Anexos

Anexo 1

Entrevistas realizadas en Lerma, Bolívar

<i>Entrevistados</i>	<i>Rol en el proceso</i>
Walter Gaviria	Líder de la iniciativa de paz en el territorio y orientador de la I.E Alejandro Gómez Muñoz
Ricaurte Quiñones	Líder de las Juntas de Acción Comunales (JAC) del corregimiento
Luis Alberto Gómez Muñoz	Líder y orientador de la I.E Alejandro Gómez Muñoz
Víctor Collazos	Líder lerreño
Rodrigo Gómez	Ex asesor de paz del departamento del Cauca
Herney Ruiz	Líder Escuela Agroambiental Arraigo
Edgar Rodríguez	Líder y orientador de la I.E Alejandro Gómez Muñoz